

Juan Crisóstomo

CATEQUESIS BAUTISMALES

CATEQUESIS 1

Finalidad de la catequesis

1. Me he presentado antes, con el propósito de reclamaros los frutos de lo que dije hace muy poco tiempo a vuestra caridad. Efectivamente, no hablamos únicamente para que nos oigáis, sino también para que recordéis lo dicho y nos deis prueba de ello con las obras; mejor dicho, no a nosotros, sino a Dios, que conoce lo más secreto de la mente. Y para eso se llama también Catequesis: para que, al ausentarnos nosotros, la palabra siga resonando en vuestras mentes. Y no os asombréis de que, habiendo transcurrido solamente diez días, vengamos ya a reclamaros los frutos de las semillas, porque, en verdad, incluso en un día es posible a la vez sembrar y cosechar. Efectivamente, no se nos llama a luchar equipados solamente con nuestra propia fuerza, sino también con el firme apoyo que viene de Dios. Por consiguiente, cuantos acogieron las cosas que dijimos y las han puesto en práctica con las obras, que sigan proyectados hacia lo que tienen delante¹⁸; en cambio, los que todavía no han puesto mano en este excelente ejercicio, que lo emprendan desde este momento, para que, mediante el esmero por estas cosas, puedan alejar de sí con la subsiguiente diligencia, la condena originada por su negligencia. Es posible, en efecto, es posible que incluso el que vive en el mayor descuido, si en adelante se vale de la diligencia, pueda compensar el daño del tiempo anterior. Por eso dice la escritura: Si hoy oyereis su voz, no endurezcáis vuestro corazón como en la exacerbación¹⁹. Y dice esto exhortándonos y aconsejándonos que nunca desespereemos, al contrario, que mientras estemos acá, tengamos buenas esperanzas de alcanzar lo que está delante, y de perseguir el premio al que Dios llama desde arriba²⁰.

El nombre de fieles

Hagamos, pues, esto, y examinemos cuidadosamente los nombres de este gran don, porque, de igual modo que la grandeza de una dignidad, si es ignorada, hace bastante negligentes a los que han sido honrados con ella, así también, cuando es conocida, los vuelve agradecidos y los hace más diligentes. Y por otra parte, sería vergonzoso y ridículo que quienes disfrutaban de gloria y honor tan grandes de parte de Dios, ni siquiera sepan qué quieren significar sus nombres. ¡Y qué digo de este don!

Con que pienses en el nombre común de nuestra raza, recibirás una enseñanza y una exhortación a la virtud grandiosas. Este nombre de hombre, en realidad nosotros no lo definimos según lo definen los de fuera, sino como ordenó la divina Escritura.

Efectivamente, hombre no es quien simplemente tiene manos y pies de hombre, ni sólo quien es racional, sino quien se ejercita con confianza en la piedad y la virtud. Escucha, pues, siquiera lo que dice sobre Job. Efectivamente, al decir: Había un hombre en la región de Ausitide²¹, no lo describe en los términos en que lo hacen los de fuera, ni dice sin más que tiene dos pies y uñas anchas y planas, sino que, conjuntando las señales de aquella piedad, decía: Justo, veraz, piadoso y apartado de toda maldad²², con lo cual daba a entender que éste era un hombre. Lo mismo, pues, que dice otro también: Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre²³. Ahora bien, si el nombre de hombre ofrece una tan gran exhortación a la virtud, ¿con cuánta mayor razón no la ofrecerá el de fiel?. Pues te llamas fiel por lo siguiente: porque tienes fe en Dios, y por él tienes confiada la justicia, la santificación, la limpieza del alma, la adopción filial, el reino de los cielos.

Todo te lo confió y encomendó a ti. Sin embargo, por tu parte, también le confiaste y encomendaste a él otras cosas: la limosna, las oraciones, la castidad y todas las virtudes. ¡Y qué digo la limosna! Aunque no le des más que un vaso de agua fresca, ni siquiera eso perderás²⁴, antes bien, incluso esto lo guarda con cuidado para el día aquel, y te lo devolverá muy colmadamente. En efecto, esto es realmente lo admirable, que no solamente guarda cuanto se le ha confiado, sino que lo acrecienta con las recompensas.

También a ti te mandó que, según tus fuerzas y respecto de lo que se te confió, hicieras esto: aumentar la santificación que recibiste, abrillantar más y más la justicia que procede del baño bautismal y hacer más fúlgida la gracia, como hizo Pablo, quien con sus trabajos, su celo y su diligencia, aumentó luego todos los bienes que había recibido. Y mira la atención solícita de Dios: en aquel momento, ni te dio todo ni te privó de todo, sino que te dio unas cosas y te prometió otras. ¿Y por qué motivo no te dio entonces todo? Para que tú demuestres tu confianza en Él, creyendo en lo que todavía no te da, basado únicamente en su promesa. Y una vez más, ¿por qué motivo allí no se reservó todo, sino que dio la gracia del Espíritu, la justicia y la santificación? Para aliviar tus trabajos y para hacerte concebir buenas esperanzas sobre lo futuro, basado en lo ya otorgado.

El nombre del nuevo iluminado

Y estás a punto de ser llamado nuevo iluminado por la razón siguiente: porque, si tú quieres, tienes siempre una luz nueva, y nunca se apaga. Efectivamente, a esta luz de acá, lo queramos o no lo queramos nosotros, le sucede la noche; en cambio la tiniebla no conoce aquel rayo de luz, pues la luz brilla en las tinieblas, mas las

tinieblas no la comprendieron²⁵. Así pues, el mundo no es tan resplandeciente después de alzarse el rayo solar, como brilla y refulge el alma después de recibir la gracia del Espíritu. Y aprende con mayor exactitud la naturaleza de las cosas: mientras es de noche, efectivamente, y todo está oscuro, muchas veces uno, al ver una cuerda, la toma por una serpiente, o al acercársele un amigo, huye de él creyéndolo un enemigo, o al percibir cualquier ruido, se asusta; en cambio, mientras es de día, no podría ocurrir nada semejante, al contrario, todo aparece como es. Esto mismo sucede también con nuestra alma. Efectivamente, en cuanto la gracia llega y expulsa la oscuridad de la mente, aprendemos la exacta realidad de las cosas, y los antiguos temores se nos hacen fácilmente despreciables: ya no tememos a la muerte después de haber aprendido, a lo largo de esta sagrada iniciación a los misterios, que la muerte no es muerte, sino sueño y dormición pasajeros; ni tememos ya la pobreza, la enfermedad o cualquier otra cosa de éstas, porque sabemos que estamos caminando hacia una vida mejor, intacta, incorruptible y libre de cualquier imperfección parecida.

2. Por consiguiente, no nos quedemos embobados ante las cosas mortales, ni por los placeres de la mesa ni por el lujo de los vestidos: en realidad tienes un vestido incomparable, tienes una mesa espiritual, tienes la gloria de arriba, y Cristo se hace todo para ti: mesa, vestido, casa, cabeza y raíz. Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis vestidos²⁶ ¡mira cómo se hizo vestido para ti! ¿Quieres saber cómo se hizo también mesa para ti? Quien me come -dice-, igual que yo vivo para el Padre, también él vivirá por mí²⁷.

Y que también para ti se hace casa: El que come mi carne, en mí permanece y yo en él²⁸. Y que se hace raíz, lo dice también: Yo soy la vid, vosotros los sarmientos²⁹.

Y que se hace hermano, amigo y esposo: Ya no os llamo más siervos, porque vosotros sois mis amigos³⁰.

Y Pablo, por su parte: Os he desposado a un solo mando, para presentaros a Cristo como virgen intacta³¹; y además: Para que él sea el primogénito entre muchos hermanos³². Y no solamente nos hemos convertido en hermanos suyos, sino también en hijos, pues dice: Mira, yo y los hijos que Dios me dio³³; y no sólo esto, sino también sus miembros y su cuerpo³⁴.

Efectivamente, como si no bastara lo dicho para demostrar el amor y la benevolencia de que ha hecho gala para con nosotros, añadió todavía algo mucho mejor y más íntimo que lo anterior, al llamarse a sí mismo cabeza nuestra³⁵.

Necesidad de una conducta ejemplar

Puesto que ya sabes todo esto, querido, corresponde a tu bienhechor con una conducta inmejorable, y después de reflexionar sobre la grandeza del sacrificio, embellece los miembros de tu cuerpo.

Piensa en lo que recibes en tu mano, y jamás la levantes para golpear a alguien, y no mancilles con semejante pecado³⁶ la mano enaltecida con un don tan grande. Piensa en lo que recibes en tu mano, y consérvala limpia de toda avaricia y rapiña.

Piensa que no solamente lo recibes en tu mano, sino que también te lo llevas a la boca: guarda, pues, tu lengua limpia de palabras torpes e insolentes, de blasfemia, de perjurio y de todo lo demás de análoga ralea. Realmente es pernicioso que la lengua, que está al servicio de tan tremendos misterios, enrojecida con tal sangre y convertida en espada de oro, sea transferida al servicio del ultraje, de la insolencia y de la chocarrería. Ten en gran respeto el honor con que Dios la honró, y no la rebajes a la vileza del pecado, antes bien, reflexiona una vez más que, después de la mano y de la lengua, es el corazón quien recibe ese tremendo misterio, y nunca más urdas engaños contra tu prójimo, sino guarda tu mente limpia de toda maldad, y así podrás también asegurar tus ojos y tu oído. Pues, ¿cómo no va a ser absurdo, después de aquella misteriosa voz que venía del cielo -quiero decir la de los querubines- ensuciar el oído con cantos de burdel y cascadas melodías? Y, ¿cómo no va a ser digno del último castigo mirar a las ramera con los mismos ojos con que miras los inefables y tremendos misterios, y cometes adulterio de pensamiento?. A una boda fuiste convidado, querido, no vayas a entrar vestido con ropa mugrienta, al contrario, ponte un traje adecuado para la boda. Porque, si los hombres convidados a las bodas terrenales, aunque sean los más pobres del mundo, muchas veces alquilan o se compran un vestido limpio, y así se presentan a los que les invitaron, tú, convidado a una boda espiritual y a un banquete regio, piensa qué vestido tan extraordinario sería justo que compraras. Pero hay más: ni siquiera es preciso comprarlo, sino que el mismo que te invita te lo da gratis, para que ni la pobreza puedas presentar como pretexto.

Por consiguiente, conserva el mismo vestido que recibiste, porque, si lo pierdes, en adelante no podrás ya ni alquilarlo ni comprarlo, pues tal vestido no se vende en parte alguna. ¿Oíste cómo sollozaban los que habían sido iniciados anteriormente en los misterios y cómo se golpeaban el pecho, porque entonces la conciencia los estimulaba? Mira, pues, querido, no tengas tú que padecer eso mismo. Pero, ¿cómo no vas a padecerlo, si no echas fuera la pésima costumbre del mal?

La corrección de las faltas

Por esta razón os dije recientemente, y os digo ahora y no cesaré de repetirlo: si alguno no ha rectificado los fallos de las costumbres y no ha conseguido facilidad en la virtud, que no se bautice.

Efectivamente, los pecados anteriores puede perdonarlos el baño bautismal, pero existe un temor no pequeño y un peligro no casual de que alguna vez volvamos a las andadas y el remedio se nos mude en llaga, porque, cuanto mayor fue la gracia, tanto mayor será el castigo para los que pecan después de aquello.

3. Por consiguiente, para no volver al prístino vómito³⁷, tratemos de instruirnos a nosotros mismos ya desde ahora. Pues bien, respecto de que es necesario que primero nos convirtamos y nos apartemos de los males anteriores y así nos acerquemos a la gracia, escucha lo que dicen, de una parte, Juan, y de otra, el primero de los apóstoles, a los que van a bautizarse. Aquél, efectivamente, dice: Dad fruto digno de la conversión, y no comencéis a decir dentro de vosotros mismos: Tenemos por padre a Abrahán³⁸: Este otro, por su parte, repetía a los que le preguntaban: Convertíos, y cada uno de vosotros se bautice en el nombre del Señor Jesucristo³⁹. Ahora bien, el que se convierte ni siquiera toca ya las mismas cosas de las que se ha convertido, y por esta razón se nos manda decir: “Renuncio a ti, Satanás”, para que no tornemos a él ya más.

Lo mismo, pues, que ocurre con los pintores, que suceda también ahora. Éstos, efectivamente, después de ponerse ante la tabla, de trazar blancas líneas y de esbozar las regias imágenes, antes de aplicar los colores definitivos, con toda libertad borran unas cosas y sustituyen otras, y así enmiendan los errores y cambian lo que estaba mal. Pero después que han dado el color, ya no son dueños de volver a borrar y repintar, porque esto dañaría la belleza de la imagen y sería motivo de reproche.

Haz también tú lo mismo: piensa que el alma es para ti una imagen. Por lo tanto, antes de darle el verdadero color del Espíritu, borra las malas costumbres que han prendido en ti: si tienes la costumbre de jurar, de mentir, de injuriar, de hablar obscenidades, de hacer ridiculeces o de cualquier otra obra parecida, de las que no son lícitas, arráncate esa costumbre, para que no vuelvas otra vez a ella después del bautismo. El baño del bautismo elimina los pecados: tú enmienda la costumbre, para que, una vez dados los colores y con la regia imagen ya en todo su esplendor, no tengas que borrar ya más, ni producir heridas o cicatrices en la belleza que Dios te ha dado.

Reprime, pues, tu ira, apaga tu furor, y si alguien te perjudica, si te ultraja, llóralo a él; tú no te sulfures, conduélete, no te encolerices ni digas: “¡En el alma me ha perjudicado!”. No hay nadie que sea perjudicado en el alma, a no ser que nosotros mismos nos perjudiquemos en el alma, y voy a decirte de qué forma.

¿Alguien te robó la hacienda? No te perjudicó en el alma, sino en los bienes; pero, si tú guardas rencor, te perjudicas a ti mismo en el alma, porque en realidad los bienes

robados en nada te dañaron, más bien te favorecieron; en cambio tú, si no depones tu ira, darás cuentas allá de este rencor.

¿Alguien te insultó y te ultrajó? Tampoco te perjudicó en el alma, ni siquiera en el cuerpo. ¿Tú devolviste insultos y ultrajes? Tú te perjudicaste a ti mismo en el alma, y allá tendrás que dar cuentas de las palabras que dijiste.

Y sobre todo quiero que vosotros sepáis esto: al cristiano y fiel nadie puede perjudicarle en el alma, ni el mismo diablo. Pero lo admirable no es únicamente esto: que Dios nos hizo inexpugnables frente a todas las insidias, sino también que nos hizo aptos para la práctica de la virtud, sin que nada lo impida, con tal de quererlo nosotros, aunque seamos pobres, débiles de cuerpo, marginados, sin nombre o esclavos. Efectivamente, ni pobreza, ni enfermedad, ni manquedad corporal, ni esclavitud, ni cualquier otra cosa parecida podría nunca ser impedimento para la virtud.

¡Y qué digo pobre, esclavo y sin nombre! ¡Aunque estés prisionero! Tampoco esto te será impedimento para la virtud. ¿Y cómo? Voy a decírtelo yo. ¿Uno de tus domésticos te contristó y te irritó? ¡Ahórrale tu ira! ¿Acaso para hacer esto tuviste como impedimento tus cadenas, tu pobreza o tu baja condición? ¡Y qué digo impedimento! ¡Incluso te ayudan y cooperan contigo para abajar tus humos!

¿Que ves a otro en pleno éxito? No lo envidies, porque ni siquiera aquí es impedimento la pobreza.

Por otra parte, cuando hayas de orar, hazlo con la mente sobria y despierta, que nada podrá tampoco impedirlo. Muestra en todo mansedumbre, equidad, moderación, dignidad, porque esto no necesita de ayudas externas. Y esto sobre todo es lo más grande de la virtud: que no tiene necesidad de la riqueza, ni del poder, ni de la gloria, ni de cualquier otra cosa parecida, sino únicamente del alma santificada, y no busca más.

Pero mira cómo esto mismo sucede también con la gracia. Efectivamente, aunque uno esté cojo, aunque tenga vacías las cuencas de los ojos y mutilado el cuerpo, y aunque haya caído en extrema enfermedad, nada de esto impide a la gracia venir: ésta busca únicamente al alma que la acoge con diligencia, y deja de lado todas esas cosas externas. Es cierto que, en los soldados de fuera, quienes los alistan para el ejército buscan talla corporal y músculo vigoroso, pero quien ha de servir como soldado no debe tener solamente eso, sino que además ha de ser libre, porque, si uno es esclavo, lo rechazan. En cambio el rey de los cielos no busca nada parecido, antes bien, admite en su ejército incluso esclavos, viejos e inválidos, y no se avergüenza de ello. ¿Qué puede haber de más bondadoso y de mayor provecho que esto? Porque éste busca únicamente lo que está en nuestra mano, en cambio aquellos buscan lo que no está en nuestra mano. Efectivamente, el ser esclavo o libre no está en nuestro poder; y tampoco está en nuestra mano el ser alto, bajo o viejo, el estar bien proporcionado y cuanto se quiera de parecida índole. En cambio, el ser clemente y benigno y tener las demás virtudes es cosa de nuestra voluntad. Y Dios nos exige únicamente aquello de que nosotros somos dueños. Y con muchísima razón, pues no nos llama a su gracia para su propio provecho, sino por hacernos bien a nosotros, mientras que los reyes llaman para servicio suyo. Estos, además, arrastran a una guerra material, en cambio Él a un combate espiritual. Puede ser que alguno vea la misma relación de semejanza no solo en las guerras externas, sino también en las competiciones.

Efectivamente, los que van a ser arrastrados a dar el espectáculo no bajan a la liza antes de que el heraldo los haya cogido y hecho circular a la vista de todos mientras va diciendo a voz en grito: “¿Acaso alguien acusa a éste?” Y sin embargo, allí no se trata de luchas del alma, sino de los cuerpos: ¿por qué, pues, exiges dar cuentas de la nobleza?

Pero aquí no hay nada parecido, sino todo lo contrario. Como quiera que nuestra lucha no consiste en trabarse las manos, sino en la sabiduría⁴⁰ del alma y en la virtud de la mente, nuestro juez de competición hace lo contrario de aquél: no lo coge y lo conduce alrededor mientras va gritando: “¿Acaso alguien acusa a éste?, sino que grita: “¡Aunque los hombres todos, y aunque los demonios apiñados con el diablo le acusen de las mayores y más ocultas atrocidades, yo no lo rechazo, ni abomino de él, sino que, después de arrancarlo a los acusadores y de librarlo del mal, lo conduzco a la competición!” Y no sin razón, pues allí el árbitro no ayuda a ninguno de los luchadores a lograr la victoria, sino que se mantiene en el medio; en cambio, aquí, en los combates de la piedad, el juez de competición se convierte en camarada y coadyuvador de los atletas, y junto con ellos entabla la batalla contra el diablo.

4. Pero lo admirable no es únicamente el hecho de que nos perdona los pecados, sino también que no los descubre, ni los pone en evidencia, ni a los que llegan los obliga a pregonar en medio las faltas propias, sino que manda defenderse ante Él sólo y confesarse a Él.

Ciertamente, si uno de los jueces de este mundo⁴¹ dijese a un bandolero o a un ladrón de tumbas, apresados, que con sólo declarar sus fechorías quedarían libres del castigo, acogerían la propuesta con toda diligencia y por el deseo de salvarse despreciarían todo sentimiento de vergüenza. Aquí, sin embargo, no hay nada de esto, al contrario, Dios perdona los pecados y no obliga a exponerlos en presencia de algunos, sino que busca solamente una cosa: que quien disfruta del perdón aprenda la grandeza del don.

¿Cómo, pues, no va a ser absurdo que en las cosas en que nos hace el bien Él se contente únicamente con nuestro testimonio, y nosotros en cambio, cuando se trata de rendirle culto a Él, busquemos otros testigos y lo hagamos por ostentación? Por consiguiente, admiremos su benevolencia y mostremos abiertamente lo nuestro, y lo primero de todo refrenemos el ímpetu de nuestra lengua para no estar hablando constantemente, ya que en las muchas palabras no falta el pecado⁴².

Si tienes, pues, algo útil que decir, abre tus labios; pero si en nada es necesario, cállate, porque es lo mejor. ¿Eres artesano? Canta salmos mientras estás sentado. ¿Que no quieres salmodiar con la boca? Hazlo con la mente: el salmo es un gran compañero de conversación. Y con ello no tomarás sobre ti nada pesado, antes bien, podrás estar sentado en tu taller como en un monasterio, pues no es la comodidad de los lugares, sino la probidad de las costumbres, la que proporcionará la tranquilidad.

Lo cierto al menos es que Pablo ejerció su oficio en el taller y no sufrió daño alguno en su propia virtud⁴³. Por consiguiente no digas: “¿Cómo podré yo ejercer la sabiduría⁴⁴, pues soy artesano y pobre?” ¡Por esta razón sobre todo podrás ejercerla! Para nosotros, en orden a la piedad, es más conveniente la pobreza que la riqueza y el trabajo que la ociosidad, del mismo modo que la riqueza se torna impedimento para los que no andan con cuidado. Efectivamente, cuando sea preciso abandonar la ira, apagar la envidia, refrenar la cólera; cuando sea menester demostrar la oración, la honradez, la mansedumbre, la benevolencia y el amor, ¿en qué punto podría ser obstáculo la pobreza? Y es que, realmente, no es posible realizar todo eso repartiendo dinero, sino demostrando una voluntad recta. La limosna es la que más necesita de bienes, pero también ella resplandece todavía más con la pobreza, pues la que echó los dos óbolos⁴⁵ era la más pobre de todos, pero a todos sobrepasó. Por consiguiente, no consideremos la riqueza como algo grande, ni pensemos que el oro es mejor que el barro, porque el valor de la materia no depende de la naturaleza, sino de nuestra opinión.

Efectivamente, para quien lo examine con rigor, el hierro es mucho más necesario que el oro, pues éste no aporta ventaja alguna para la vida, y en cambio aquél, por servir para incontables oficios, nos ha proporcionado la mayor parte de lo necesario.

¿Y por qué comparar solamente el oro y el hierro? Estas mismas piedras son mucho más necesarias que las piedras preciosas pues de éstas nada útil podría salir, en cambio con aquellas se han levantado casas, murallas y ciudades.

Y tú muéstrame cual podría ser la ganancia proveniente de estas perlas, o más bien, qué daño no podría derivarse, porque incluso para que tú luzcas un solo aljófar, innumerables pobres sufren la angustia del hambre: por tanto, ¿qué disculpa obtendrás?, ¿qué perdón?

El verdadero adorno de la mujer

¿Quieres adornar tu rostro? Que no sea con perlas, sino con modestia y decoro, y así el marido verá un semblante más placentero. Efectivamente, aquel adorno suele hacer caer en sospechas de celos, en enemigas, en contiendas y en rivalidades; ahora bien, nada más desagradable que un rostro sospechoso. En cambio, el adorno de la limosna y de la modestia destierra toda mala sospecha y se atraerá al cónyuge con mayor vehemencia que cualquier otro vínculo. En realidad la naturaleza de la belleza no hace tan hermoso al semblante como la disposición anímica del que lo contempla, y a su vez, nada suele crear esta disposición como la modestia y el decoro.

Tanto es así que, si una mujer es hermosa, pero su marido le tiene inquina, a él le parecerá la más fea de todas; en cambio otra, si ocurre que no es de buen ver, pero gusta a su marido, a él le parecerá la más hermosa de todas, y es que los juicios se basan, no en la naturaleza de las cosas vistas, sino en la disposición anímica de los que miran. Embellece, pues tu semblante con la modestia, el decoro, la limosna, la benignidad, el amor, la amistad para con el marido, la equidad, la mansedumbre, la

resignación: éstos son los colores de la virtud; gracias a ellos, te atraerás como íntimos a los ángeles, no a los hombres; gracias a ellos tienes a Dios mismo como panegirista, y cuando Dios se dé por satisfecho, también al marido te lo aplacará por completo. Efectivamente, si la sabiduría de un hombre ilumina su rostro, mucho más la virtud de una mujer ilumina su semblante⁴⁶. Pero si tú piensas que este adorno es algo grande, dime: ¿Qué provecho sacarás de estas perlas aquel día? ¿Y qué necesidad tenemos de hablar de aquel día, si todo eso lo podemos demostrar por el presente? Es el caso, pues, que cuando los supuestamente culpables de insolencia contra el emperador eran arrastrados hasta el tribunal y corrían peligro de la máxima pena, entonces sus madres y sus mujeres se desprendían de los collares, del oro, de las perlas, de todo adorno y de las doradas vestimentas; se ponían un vestido sencillo y vulgar, se encenizaban y se echaban a rodar por el suelo ante las puertas del tribunal, y así intentaban ablandar a los jueces. Pues bien, si en los tribunales de acá el oro, las perlas y el vestido suntuoso pueden convertirse en asechanza y traición, y en cambio la equidad, la mansedumbre, la ceniza, las lágrimas y los vestidos vulgares se ganan mejor al juez, con mucha mayor razón ocurrirá esto mismo en aquel incorruptible y tremendo juicio.

Porque, dime, ¿qué razón vas a exponer, qué disculpa, cuando el Señor te acuse por estas perlas y saque a la vista⁴⁷ a los pobres acabados por el hambre? Por esto decía Pablo: Sin trenzas en el pelo, sin oro, sin perlas ni trajes suntuosos⁴⁸. De aquí, en efecto, podría seguirse la asechanza: podríamos disfrutar continuamente de ello, pero, con la muerte nos llegará la separación total.

En cambio, de la virtud se sigue toda seguridad y ninguna mudanza ni defección, al contrario, aquí nos hace aún más seguros, y allá nos acompaña. ¿Quieres adquirir perlas y no ser nunca despojado de esta riqueza? Arráncate todo adorno y deposítalo en las manos de Cristo por medio de los pobres; Él te guardará toda la riqueza para cuando haya resucitado a tu cuerpo con gran claridad, y entonces te otorgará una mejor riqueza y un adorno mayor, tanto al menos cuanto éste de ahora es vulgar y despreciable. Piensa, pues, a quién quieres agradar y por quiénes te has envuelto en estos adornos: ¿para que, al verte, se maravillen el cordelero, el fundidor de bronce y el mercachifle? ¿Y no te avergüenzas luego ni te sonrojas de mostrarte a ellos y de hacer todo por los mismos a los que ni siquiera consideras dignos de tu saludo?

La renuncia a Satanás

¿Cómo, pues, te burlarás de esta fantasía? Si recuerdas aquella palabra que pronunciaste al ser iniciada en los misterios: “Renuncio a ti, Satanás, a tu pompa y a tu culto”: tu manía por adornarte con perlas es, efectivamente, pompa satánica. Recibiste oro, en efecto, mas no para encadenar tu cuerpo, sino para liberar y alimentar a los pobres. Di, pues, continuamente: “Renuncio a ti, Satanás”: nada más seguro que esta palabra, si la demostramos por medio de las obras.

5. Esta palabra la considero digna de que la aprendáis también vosotros, los que estáis a punto de ser iniciados en los misterios, porque esta palabra es un pacto con el Señor. Y de igual modo que nosotros, al comprar esclavos⁴⁹, antes que nada preguntamos a los mismos que nos son vendidos si quieren ser esclavos nuestros, así también procede Cristo: cuando va a tomarte a su servicio, primero pregunta si quieres abandonar a aquel amo inhumano y cruel, y te acepta el pacto: su señorío, en efecto, no es forzado.

Y mira la bondad de Dios: nosotros, antes de pagar el precio, preguntamos a los que son vendidos y, cuando ya nos hemos informado de que sí quieren, entonces abonamos el precio; Cristo en cambio no obra así, al contrario, pagó ya el precio por nosotros: su preciosa sangre: Por precio fuisteis comprados⁵⁰, dice efectivamente. Y sin embargo, ni aun así fuerza a los que no quieren servirle, antes bien, dice: “Si no te sientes agradecido ni quieres tampoco por tu propia iniciativa y voluntariamente inscribirte en mi dominio, yo no te obligaré ni te forzaré”.

Por otra parte, nosotros no elegiríamos comprar esclavos malos, y si alguna vez lo elegimos, los compramos por una mala elección y pagamos el precio correspondiente. Cristo en cambio, a pesar de comprar unos siervos ingratos e inicuos, pagó el precio de un esclavo de primera calidad, más aún, un precio mucho mayor, tan mayor que ni la palabra ni el pensamiento pueden mostrar su grandeza, pues, en efecto, Él no nos compró dando el cielo, la tierra y el mar, sino pagando de lo que es más precioso que todas estas cosas: su propia sangre. Y después de todo esto, no nos exige testigos ni documento escrito, sino que se da por contento con sólo tu voz, e incluso si dices mentalmente: “Renuncio a ti, Satanás”, y a tu pompa”, todo lo acepta.

Digamos, pues, esto: “Renuncio a ti, Satanás”, como quienes han de dar aquel día razón y cuenta de esta palabra, y guardémosla para que entonces podamos devolver sano y salvo este depósito.

Ahora bien, pompa satánica son los teatros, los hipódromos y todo pecado, y los horóscopos⁵¹, augurios y presagios. ¿Y qué son, pues, los presagios? -dice. Muchas veces algunos, al salir de casa, ven un hombre ojituerto o cojo, y lo toman como un presagio. Esto es pompa satánica, ya que el encontrarse con un hombre no hace que el día sea malo, sino el vivir en pecado. Por consiguiente, cuando salgas, guárdate de una sola cosa: que el pecado tope contigo, porque éste es el que nos hace caer, y sin él, en nada podrá dañarnos el diablo. ¿Qué estás diciendo? Ves a un hombre, y lo toman como un presagio, ¿y no ves la trampa diabólica: cómo te excita a la guerra contra alguien que ningún mal te ha hecho, cómo te vuelve enemigo de tu hermano, sin causa justa alguna? Y sin embargo, Dios mandó amar incluso a los enemigos⁵²; tú en cambio, aun sin tener de qué acusarlo, ¿aborreces al que en nada te ha perjudicado, y no piensas la risa que das, ni cuán grande es la vergüenza, más aún, el peligro? ¿Te digo otro presagio más ridículo todavía? Me avergüenza y me sonroja decirlo, pero me veo

obligado a ello por vuestra salvación. Si uno se encuentra, dice, con una virgen, el día será un fracaso, pero, si se topa con una ramera, el día será favorable, provechoso y repleto de negocios.

¿Os ocultáis, os golpeáis la frente y de vergüenza bajáis la vista hacia el suelo? ¡Pero no ahora, al decir yo estas palabras, sino al ponerlas vosotros por obra! Mira, pues, cómo también aquí el diablo ocultó el engaño, para hacernos aborrecer a la que es casta y en cambio saludar y amar a la disoluta: puesto que oyó a Cristo decir: El que fija su mirada en una mujer para desearla, ya adulteró en su corazón⁵³, y vio a muchos sobreponerse a la incontinenencia, cuando quiso hacerles recaer en el pecado por otro camino, gracias a este presagio los convenció para que fijasen complacidos su atención en las ramera.

¿Y qué podría decirse de los que se sirven de hechizos y amuletos, y de los que se atan en torno a la cabeza y los pies monedas de bronce de Alejandro el Macedonio? ¿Son éstas, dime, nuestras esperanzas: que después de la cruz y de la muerte del Señor, tengamos en la imagen de un rey griego la esperanza de la salvación?

¿No sabes cuántas cosas llevó felizmente a cabo la cruz? Abolió la muerte, extinguió el pecado, hizo inútil el infierno, destruyó el poder del diablo, ¿y no es de fiar para la salud del cuerpo? Hizo revivir a toda la tierra habitada, ¿y tú no confías en ella? Entonces, ¿de qué serías digno tú? -dime. Te rodeas no sólo de amuletos, sino también de hechizos, cuando introduces en tu casa a viejas borrachas y alocadas, ¿y no te avergüenzas ni te sonrojas de perder el seso por esto, después de tan gran sabiduría? Y lo que es más grave que el mismo error: cuando nosotros amonestamos sobre esto y tratamos de persuadirles, ellos creen disculparse diciendo: “La mujer que hace el hechizo es cristiana y no pronuncia otra cosa que el nombre de Dios”.

Pues precisamente por eso la odio y aborrezco tanto, porque se vale del nombre de Dios para la insolencia, porque dice ser cristiana, pero ostenta las obras de los gentiles. Por lo demás, también los demonios pronunciaban el nombre de Dios, pero seguían siendo demonios, y así decían a Cristo: Sabemos quién eres, el Santo de Dios⁵⁴, y sin embargo, Él los increpó y los expulsó.

Por todo ello os exhortó a purificaros de este engaño y a tener como báculo⁵⁵ esta palabra; y así como ninguno de vosotros querría bajar a la plaza sin sandalias o sin vestido, así tampoco bajes nunca a la plaza sin esta palabra, antes bien, cuando estés a punto de cruzar el portón del atrio, pronuncia primero esta palabra: “¡Renuncio a ti, Satanás, y a tu pompa y a tu culto, y me junto contigo, oh Cristo!”. Y nunca salgas sin esta palabra: ella será para ti báculo, armadura y torre inexpugnable. Y junto con esta palabra, traza también la cruz en tu frente, porque de esa manera, no sólo un hombre que te sale al encuentro no podrá dañarte en nada, pero es que ni el mismo diablo siquiera, pues por todas partes te ve aparecer con estas armas. Y en esto edúcate a ti mismo ya desde ahora, para que, cuando recibas el sello, seas un soldado

bien preparado y, después de erigir un trofeo⁵⁶ contra el diablo, recibas la corona de la justicia, la que ojalá todos nosotros podamos alcanzar, por la gracia y la bondad de nuestro Señor Jesucristo.

CATEQUESIS 2

A la espera del gran don del bautismo

1. ¡Cuán deseable y cuán amable es para nosotros el coro de los nuevos hermanos! Porque yo os llamo ya hermanos antes del alumbramiento, y antes del parto saludo ya mi parentesco con vosotros.

Sé efectivamente, sé con toda claridad a qué honor tan grande y a qué magistratura vais a ser elevados. Ahora bien, a los que van a asumir una magistratura es costumbre que todos los honren incluso antes de ejercerla, por asegurarse de antemano para el futuro, mediante este homenaje, su benevolencia. Esto mismo hago yo también ahora, porque no vais a ser elevados a una magistratura sin más, sino al mismo reino, más aún, tampoco a un reino simplemente, sino al mismo reino de los cielos.

Por esta razón os pido y os suplico que os acordéis de mí cuando lleguéis a ese reino, y lo que decía José al copero mayor: Acuérdate de mí cuando te vaya bien⁵⁸, esto mismo os digo yo a vosotros ahora: “Acordaos de mí cuando os vaya bien”.

No os pido, como aquél, la recompensa de unos sueños, porque yo no vine a interpretaros unos sueños, sino para exponeros detalladamente las cosas del cielo y ser portador de la buena noticia de aquellos bienes, tales que ni ojo vio, ni oído oyó, ni subieron a corazón de hombre, esto es, lo que Dios preparó para los que le aman⁵⁹.

Cierto es que José decía al copero aquel: Al cabo de tres días, él te restablecerá en tu puesto de copero mayor⁶⁰. Yo no digo: “Al cabo de tres días, seréis promovidos al cargo de coperos del tirano”, sino: “Al cabo de treinta días⁶¹, no el Faraón, sino el rey de los cielos os restablecerá en la patria de arriba, en la Jerusalén libre, en la ciudad celeste”.

Y cierto es que aquél decía: Y darás la copa al Faraón en su mano⁶², yo en cambio no digo: “Daréis la copa al rey en su mano, sino: El rey en persona os dará en vuestra mano la copa tremenda y llena de gran poder y más preciosa que toda⁶³ creatura”. Los ya iniciados conocen la fuerza de esta copa, pero también vosotros la conoceréis dentro de poco.

Acordaos, pues, cuando lleguéis a aquel reino, cuando recibáis la vestidura regia, cuando vistáis la púrpura tinta en la sangre del Señor, cuando os ciñáis la diadema que por todas partes irradia resplandores más intensos que los rayos del sol. Tal es, en efecto, la dote del esposo, sin duda mayor que nuestro merecimiento, pero digna de su bondad.

Peligro de retrasar el bautismo hasta el final de la vida

Por esta razón, ya desde ahora y a causa de aquellas sagradas alcobas nupciales, yo os felicito, y no solamente os felicito, sino que también alabo vuestro buen sentido, porque no os habéis acercado a la iluminación como los más perezosos de los hombres, en las últimas boqueadas⁶⁴, sino que ya desde ahora, como siervos sensatos, preparados para obedecer con la mejor voluntad al Señor, habéis puesto el cuello de vuestra alma, con tanta mansedumbre como celo, bajo la gamella de Cristo, y recibisteis el yugo suave y tomasteis la carga ligera⁶⁵.

Efectivamente, aunque la gracia es igual para vosotros que para los iniciados al final de sus vidas, sin embargo, ni el propósito ni la preparación de las cosas son lo mismo. Ellos, en efecto, la reciben en su lecho; vosotros, en el regazo de la Iglesia, la madre común de todos nosotros; ellos, quejándose y llorando; vosotros, alegres y gozosos; ellos, gimiendo; vosotros, dando gracias; ellos, en fin, amodorrados por mucha fiebre; vosotros en cambio, rebosantes de deleite espiritual.

De ahí que todo esté aquí en consonancia con el don, mientras que allí todo es contrario al don: el llanto y el lamento de los que se inician es abundante; en derredor están los hijos llorando, la mujer arañándose la cara, los amigos entristecidos, los criados llenos de lágrimas y, en fin, toda la casa con aspecto de un día invernal y lóbrego. Y si logras destapar el corazón mismo del yacente, lo hallarás el más sombrío de todos.

Efectivamente, igual que los vientos que, al lanzarse con gran ímpetu unos contra otros, dividen el mar en muchas partes, así también los pensamientos de los males entonces dominantes, al abatirse sobre el alma del enfermo, dividen su mente en múltiples preocupaciones: cuando mira a los hijos, piensa en su orfandad; cuando pone los ojos en la mujer, considera su viudez; cuando ve a los siervos, sopesa la desolación de la casa entera; cuando vuelve la atención sobre sí mismo, trae a la memoria su vida

presente y, al verse a punto ya de separarse, lo envuelve una densa nube de postración. Tal es el alma del que va a ser iniciado.

Luego, en medio mismo del tumulto y de la confusión, entra el sacerdote, más temible que la propia fiebre y más cruel que la muerte a los ojos de los parientes del enfermo, pues éstos consideran que la entrada del presbítero es mayor causa de desesperación que la voz misma del médico que da por perdida la vida del enfermo, y lo que es fundamento de la vida eterna ellos lo consideran señal de muerte.

Pero todavía no he añadido el colofón de los males. Muchas veces, en efecto, el alma abandonó el cuerpo y se fue, mientras los parientes armaban gran barullo preparándose⁶⁶. Con todo, a muchos tampoco les aprovechó la presencia del alma. Efectivamente, cuando no reconoce a los parientes, ni oye la voz, ni puede responder las palabras aquellas mediante las cuales se establecerá el feliz pacto con el común Señor de todos nosotros, antes bien, cuando el que va a ser iluminado yace como un leño inútil o como una piedra, sin diferenciarse en nada de un cadáver, ¿cuál puede ser el provecho de la iniciación en tales condiciones de inestabilidad?

2. El que está efectivamente a punto de llegarse a estos sagrados y tremendos misterios necesita velar y andar despierto, purificarse de toda preocupación mundana, llenarse de mucha templanza y de mucho celo, desterrar de la mente todo pensamiento ajeno a los misterios y dejar por todas partes limpia la casa, como si estuviera a punto de acoger al rey en persona.

Tal es la preparación de vuestra mente, tales los pensamientos que debéis tener, tal el propósito del alma. Por consiguiente, la digna recompensa de esta óptima determinación espérala de Dios, que en las retribuciones vence a cuantos le obsequian con su obediencia. Ahora bien, puesto que es necesario que los consiervos contribuyan con lo que es suyo, también nosotros contribuiremos con lo que es nuestro, aunque, ¡si ni siquiera esto es nuestro, que es también del Señor! Pues dice: ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorias, como si no hubieras recibido?⁶⁷.

Yo hubiera querido, lo primero de todo, deciros lo siguiente: por qué realmente nuestros padres, dejando correr todo el año, legislaron que éste era el momento oportuno para que los hijos de la Iglesia fueran iniciados en los misterios, y por qué razón, después de nuestra enseñanza, os descalzan y os desnudan y luego, descalzos y desnudos, cubiertos únicamente con la tunicilla, os hacen pasar a las voces de los exorcistas. En realidad ellos no nos determinaron sin más y a ciegas esta forma de actuar y este tiempo, sino que ambas cosas tienen un sentido misterioso e inefable.

Los varios nombres del bautismo

También hubiera querido explicaros este sentido, pero veo que ahora el discurso nos empuja hacia otro punto más necesario. Necesario es, efectivamente, decir qué es en fin de cuentas el bautismo, por qué razón ha entrado en nuestra vida y qué bienes nos reserva. Pero, si queréis, dialoguemos primeramente sobre la denominación de esta misteriosa purificación. No tiene un nombre único, en efecto, sino muchos y

variados. Esta purificación se llama baño de regeneración, pues dice: Nos salvó por el baño de la regeneración y de la renovación del Espíritu Santo⁶⁸.

Se llama también iluminación, y esto mismo le llamó también Pablo: Traed a la memoria los días pasados, en los cuales, después de haber sido iluminados, sufristeis gran combate de aflicciones⁶⁹; y de nuevo: Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron el don celestial y recayeron, sean otra vez renovados para conversión⁷⁰.

Se llama también bautismo: Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis vestidos⁷¹.

Se llama sepultura: Porque fuisteis sepultados juntamente con Él -dice- por el bautismo, para muerte⁷².

Se llama circuncisión: En el cual también fuisteis circuncidados con una circuncisión no hecha con manos, en el despojamiento del cuerpo de los pecados de la carne⁷³.

Se llama cruz: Porque nuestro viejo hombre fue crucificado con Él, para que el cuerpo del pecado sea deshecho⁷⁴.

El bautismo como baño de regeneración

Se podría seguir enumerando otros muchos nombres, sin embargo, para no consumir todo el tiempo en las denominaciones del don, ¡jea!, volvamos a la primera denominación y, en cuanto hayamos explicado su significado, pondremos fin al discurso. Entre tanto, reasumamos nuestra enseñanza desde un poco más arriba.

Existe el baño común a todos los hombres, el de los establecimientos de baños, que suele limpiar la suciedad del cuerpo. Pero está también el baño judío, más digno que aquél, pero muy inferior al de la gracia, pues éste limpia también la suciedad corporal, pero no sólo la corporal, sino también la que afecta a la conciencia débil.

Efectivamente, hay muchas cosas que no son impuras por naturaleza, sino que se vuelven impuras por efecto de la debilidad de la conciencia. Y lo mismo que tratándose de niños, ni las máscaras ni las demás paparrasollas son de por sí espantosas, sino que a los niños les parecen espantosas por causa de su propia debilidad natural, así también tratándose de lo que os dije; por ejemplo, tocar cadáveres: por naturaleza no es algo impuro, pero, si le ocurre a una conciencia débil, entonces vuelve impuro al que los toca.

Ahora bien, que no sea algo impuro por naturaleza, lo dejó bien claro el mismo legislador⁷⁵, Moisés, que llevó consigo intacto el cadáver de José y, sin embargo, permaneció puro. Por la misma razón Pablo, dialogando con nosotros acerca de esta impureza debida, no a la naturaleza, sino a la debilidad de la conciencia, decía también algo así: De suyo nada hay impuro, de no ser para quien piensa que algo es impuro⁷⁶. ¿Estás viendo cómo la impureza no se origina de la naturaleza de la cosa, sino de la debilidad del pensamiento? Y de nuevo: Todo es puro, ciertamente, pero malo es para el hombre comer con escándalo⁷⁷, ¿Ves cómo no es el comer, sino el comer con escándalo, la causa de la impureza?

3. Semejante mancha la limpiaba el baño judío. El baño de la gracia, en cambio, limpia, no ya ésta, sino la verdadera impureza, la que deposita la gran suciedad, no sólo en el cuerpo, sino sobre todo en el alma; en efecto, no purifica a los que han tocado los cadáveres, sino a los que han tocado las obras muertas.

Aunque uno sea un afeminado, un fornicario o un idólatra; aunque haya cometido cualquier clase de mal y esté en posesión de toda maldad humana, en cuanto baja a la piscina de las aguas, sale del divino manantial más puro que los rayos del sol.

Y para que no pienses que lo dicho es mera jactancia, escucha a Pablo cuando habla del poder de este baño: No os engañéis, que ni los idólatras, ni los fornicarios, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los invertidos, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los robadores heredarán el reino de Dios⁷⁸. “¿Y qué tiene esto que ver -dice- con lo dicho? ¡Pon de manifiesto lo que estamos buscando, a saber, si todo eso lo limpia la fuerza del baño bautismal!”.

Pues bien, escucha lo que sigue: Y esto mismo erais algunos: pero ya estáis lavados, pero ya estáis santificados, pero ya estáis justificados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios⁷⁹. Nosotros os prometíamos mostraros que los que se acercan al baño bautismal quedan limpios de toda fornicación⁸⁰, pero el discurso ha demostrado mucho más: no solamente limpios, sino también santos y justos, pues no dijo solamente: estáis lavados, sino también: estáis santificados y estáis justificados. ¿Qué puede haber de más extraordinario que esto, que sin trabajos, sin sudores y sin éxitos nazca la justicia? ¡Pues tal es la bondad del don divino, que sin sudores hace justos!

Efectivamente, si una carta del emperador, por breve que sea el texto, no sólo deja libres a los responsables de innúmeras acusaciones, sino que también encumbra a la máxima dignidad a otros, ¡con cuánta mayor razón el Espíritu de Dios, que además lo puede todo, nos agradecerá con una gran justicia y nos colmará de una gran confianza!

Y lo mismo que una centella, al caer en medio del inmenso mar, inmediatamente se apaga y desaparece anegada por la masa de las aguas, así también toda maldad humana, cuando cae en la piscina de las divinas aguas, se anega y desaparece más rápida y más fácilmente que aquella centella.

“¿Y por qué razón -dice- si el baño bautismal perdona todos nuestros pecados, no se le llama baño del perdón de los pecados, ni baño de la purificación, sino baño de la regeneración?”. Porque no nos perdona sin más los pecados, ni simplemente nos purifica de las faltas, sino que lo hace de tal manera, como si de nuevo fuésemos engendrados.

Y efectivamente, de nuevo nos crea y nos forma, pero, no plasmándonos otra vez con barro, sino formándonos con otro elemento: la naturaleza de las aguas; y es que no se limita a fregar el vaso, sino que vuelve a refundirlo por entero. De hecho, los objetos que se friegan, por más cuidadosamente que se restriegue, siempre retienen huellas de la cualidad y guardan restos de la mancha; en cambio, los objetos que se meten en el horno de fundición y se renuevan por medio del fuego se desprenden de toda mancha y, cuando salen de la fragua, emiten el mismo resplandor que los totalmente nuevos.

Por consiguiente, lo mismo que un hombre toma una estatua de oro, sucia por obra del tiempo, del humo, del polvo y del orín, y la funde, y luego nos la devuelve limpiísima y esplendorosa, así también Dios: tomó nuestra naturaleza enrobinada por el orín del pecado, ennegrecida por el mucho humo de las faltas y perdida la belleza que de Él recibiera al principio, y otra vez la fundió: metiéndonos en el agua como en un horno de fundición, envía la gracia del Espíritu en vez del fuego, y luego nos saca de allí totalmente rehechos y renovados con gran resplandor, como para desafiar en adelante a los mismos rayos del sol; deshizo al hombre viejo, pero construyó otro nuevo, más esplendoroso que el primero.

4. Ya el profeta, aludiendo veladamente a esta nuestra destrucción y a esta misteriosa purificación, decía antiguamente: Como jarro de alfarero los desmenuzarás⁸¹. Efectivamente, que la frase se refiere a los fieles, nos lo muestran claramente los versos anteriores: Tú eres mi hijo, yo te engendré hoy; pídemme, y te daré las gentes por heredad tuya; y por posesión tuya, los confines de la tierra⁸². ¿Ves cómo hizo mención de la Iglesia de los gentiles y cómo dijo que el reino de Cristo se extiende por todas partes? Y luego vuelve a decir: Los apacentarás con vara de hierro: no abrumadora, sino fuerte; como jarro de alfarero los desmenuzarás⁸³. Aquí tienes un modo más misterioso de entender el baño bautismal, porque no dijo simplemente “jarro de loza”, sino “jarro de alfarero”.

Pero fijaos bien: los jarros de loza, una vez desmenuzados, no admitirían arreglo, por causa de la dureza que les dio una vez por todas el fuego; en cambio, los jarros de alfarero no son de tierra cocida, sino de arcilla, de ahí que, incluso si se quiebran, fácilmente puedan volver a su forma anterior⁸⁴ mediante la maestría del artesano.

Así pues, cuando el Señor habla de una calamidad irremediable, no dice “jarro de alfarero”, sino “jarro de loza”. Por lo menos, cuando quería enseñar al profeta y a los judíos que habían entregado la ciudad a una calamidad irremediable, mandó coger un ánfora de tierra cocida y desmenuzarla delante de todo el pueblo, y decir: Así perecerá también la ciudad, y será desmenuzada⁸⁵. En cambio, cuando quiere ofrecerles buenas esperanzas, conduce al profeta a una alfarería y allí, no le muestra un jarro de loza, sino que le muestra un jarro de arcilla que se le cae de las manos al alfarero, y razona diciendo: Si este alfarero ha recogido el jarro caído y de nuevo lo ha restaurado, ¿no podré yo mucho mejor enderezaros a vosotros que habéis caído?⁸⁶.

Por consiguiente, a Dios le es posible no sólo restaurar a los que somos de arcilla por medio del baño de la regeneración, sino también, mediante una perfecta penitencia, devolver a su prístino estado a los que, a pesar de haber recibido la fuerza del Espíritu, han recaído.

La lucha de los catecúmenos contra el demonio

Pero no es ésta la ocasión de que escuchéis los discursos acerca de la penitencia, mejor dicho, ¡ojalá nunca tengáis ocasión de dar en la necesidad de esos remedios, al contrario, ojalá permanezcáis siempre firmes en la guarda integral de la belleza y del esplendor que ahora estáis a punto de recibir! Pues bien, para que podáis permanecer siempre así, ¡ea!, dialoguemos un poquito con vosotros acerca del plan de vida. Efectivamente, en esta palestra las caídas no son peligrosas para los atletas, ya que la lucha es contra gente de casa y todo ejercicio se realiza a expensas de los cuerpos de los entrenadores. Pero, cuando llega el momento de las competiciones, cuando se abre el estadio y el público está sentado arriba y el juez de competición aparece, a partir de ese instante es preciso: o bien acobardarse y caer, para retirarse llenos de vergüenza, o bien emplearse a fondo y alcanzar las coronas y los premios.

Así ocurre también con vosotros: estos treinta días se asemejan a una palestra con sus ejercicios y entrenamientos. Aprendamos ya desde ahora a vencer a aquel malvado demonio, porque, después del bautismo, deberemos desnudarnos para entrar en liza contra él. Y contra él deberemos dirigir los golpes de nuestro puño, y contra él luchar.

Por consiguiente, aprendamos ya desde ahora sus llaves, de dónde procede su maldad y por qué medios puede fácilmente perjudicarnos, para que, cuando lleguen las competiciones, no nos extrañemos ni nos alborotemos al ver la novedad de su agonística, sino que, habiendo aprendido todas sus estratagemas a la vez que nos ejercitamos nosotros mismos, emprendamos con toda confianza la lucha contra él.

El peligro de la lengua

Pues bien, él está acostumbrado a intentar dañarnos por todos los medios, pero sobre todo a través de la lengua y de la boca, porque no hay para él instrumento más

apropiado para engañarnos y perdernos que una lengua intemperante y una boca sin puertas. De aquí nacen nuestras numerosas caídas, de aquí nuestros graves motivos de acusación.

Y cuán fácil sea resbalar con la lengua, alguien lo declaró cuando decía: Muchos cayeron a filo de espada, mas no tantos como los caídos por obra de la lengua⁸⁷, y la gravedad de la caída la revelaba el mismo diciendo otra vez: Mejor es resbalar del pavimento que resbalar de la lengua⁸⁸; y lo que dice viene a ser esto mismo: “Mejor es caer y magullarse el cuerpo que proferir una palabra tal que pueda perder nuestra alma”. Pero no solamente habla de caídas, sino que además nos exhorta a que andemos con gran cuidado para no ser derribados, cuando dice así: Haz a tu boca una puerta y cerrojos⁸⁹, no para que realmente preparemos puertas y cerrojos, sino para que, con gran seguridad, cerremos a la lengua el paso a las palabras inconvenientes.

Y en otra parte, mostrando que junto con nuestro cuidado, y antes de nuestro cuidado, necesitamos del impulso de lo alto, para que podamos retener a esta fiera dentro, el profeta, con las manos levantadas hacia Dios, volvía a decir: La elevación de mis manos sea como sacrificio vespertino. Pon, Señor, una guardia a mi boca y una puerta de protección a mis labios⁹⁰. Y el mismo que había exhortado anteriormente vuelve a decir: ¿Quién pondrá una guardia a mi boca, y a mis labios sello de prudencia?⁹¹.

¿Estás viendo cómo todos temen estas caídas, se lamentan, aconsejan y ruegan que su lengua disfrute de buena guardia? Y si tal es la ruina que nos acarrea este órgano, ¿por qué -dice- lo puso Dios en nosotros ya desde el comienzo? Porque también tiene una gran utilidad y, si andamos con cuidado, únicamente nos trae utilidad y ningún perjuicio. Escucha, pues, lo que afirma el mismo que dijo lo de antes: En poder de la lengua están la vida y la muerte⁹². Y Cristo viene a declarar lo mismo cuando dice: Por tus palabras serás condenado, y por tus palabras serás justificado⁹³. Efectivamente, la lengua está situada en el centro de uno y otro uso: el dueño eres tú.

Lo mismo ocurre con la espada que yace en el medio: si la utilizas contra los enemigos, tendrás en ella un instrumento de salvación, pero, si asestas el golpe contra ti mismo, la causante de tu herida no será la naturaleza del hierro, sino tu propia transgresión de la ley.

Pensemos lo mismo respecto de la lengua: es una espada que yace en medio, por tanto agúzala para acusarte de tus pecados, no asestes el golpe contra un hermano. Por esta razón Dios la circundó con doble muro: con la valla de los dientes y la cerca de los labios, para que no profiera con facilidad y atolondradamente las palabras

inconvenientes. Refrénala dentro. ¿Que no lo soporta? Entonces dale una lección utilizando los dientes, como si entregaras su cuerpo a estos verdugos, y haz que la muerdan, porque mejor es que sea mordida por los dientes ahora, mientras peca, que entonces, cuando ande achicharrada buscando una gota de agua⁹⁴, no consiga el alivio.

En todo esto, pues, y en mucho más, suele pecar, cuando insulta, blasfema, profiere palabras torpes, calumnia, jura y perjura.

Los peligros del juramento

5. Sin embargo, para no hundir vuestra mente en la confusión, si os digo hoy de golpe todo, os propongo entre tanto una sola ley: la que manda evitar los juramentos, y de antemano os digo y aviso esto: si no evitáis los juramentos -no digo solamente los perjurios, sino los mismos juramentos hechos por causa justa-, si no los evitáis, digo, no dialogaremos más con vosotros sobre otro tema.

Efectivamente, sería absurdo que, mientras los maestros de las letras no dan a los niños una segunda noción hasta que ven la precedente bien fija en sus memorias, nosotros, por el contrario, a pesar de no haber podido inculcaros con exactitud las nociones precedentes, nos adelantaremos a imbuiros otras nuevas: esto no sería otra cosa que sacar agua en herrada agujereada.

Por tanto, si no queréis que callemos, poned muchísimo cuidado en el asunto.

Grave es, en efecto, este pecado, y muy grave. Y es muy grave, porque no parece ser grave, y por eso lo temo: porque nadie lo teme; y por eso es una enfermedad incurable: porque ni siquiera parece ser enfermedad, antes bien, como el simple platicar no es motivo de acusación, así tampoco esto parece ser motivo de acusación, al contrario, se tiene la osadía de cometer con la mayor confianza esta transgresión de la ley. Y si alguien intenta una acusación, inmediatamente se siguen la risa y gran escarnio, pero no contra los acusados por causa de los juramentos, sino contra los que quieren remediar la enfermedad.

Por esta razón amplió yo mi discurso sobre este asunto, porque quiero arrancar una raíz profunda y acabar con un mal crónico: no digo los perjurios solamente, sino también los mismos juramentos hechos según ley.

“¡Pero el tal -dice- es un hombre honrado, que ejerce el sacerdocio y que vive con mucha templanza y piedad!” ¡No me hables de este hombre honrado, templado, piadoso y que ejerce el sacerdocio! Pon, si quieres, que éste sea Pablo, o Pedro, o incluso un ángel bajado del cielo: ¡ni aun así presto atención al valor de las personas! Efectivamente, la ley sobre los juramentos yo no la leo como ley servil, sino como ley regia; ahora bien, cuando se leen documentos de un rey, enmudece toda dignidad de los siervos.

Pues bien, si tú puedes decir que Cristo mandó jurar, o que Cristo no lo castiga cuando se hace, muéstralo y quedaré persuadido; pero, si pone tanto empeño en impedirlo y tanto se preocupa por este asunto que al que jura lo equipara al Maligno (Pues lo que pasa de esto -del sí y del no, dice-, del diablo procede⁹⁵), ¿por qué

me mientas al tal y al cual? De hecho Dios no te dará su voto basándose en la negligencia de tus consiervos, sino en el mandato de sus leyes: Él lo mandó, así que era necesario obedecer, y no presentar al tal como pretexto, ni mezclarse en males ajenos.

Aunque el gran David cometió un grave pecado⁹⁶, ¿acaso por esa razón, dime, no va a ser para nosotros peligroso el pecar? Por lo mismo es necesario, pues, ponerse en guardia contra esa idea y emular solamente las buenas acciones de los santos, y si en alguna parte se dan negligencia y transgresión de la ley, obligación es huir de ellas con suma diligencia.

Efectivamente, el contenido de nuestro discurso no se refiere a nuestros consiervos, sino al Señor, y a Él daremos cuentas de todo lo vivido.

Preparémonos, pues, para aquel tribunal, ya que, por infinitamente admirable y grande que sea el que viola esta ley, pagará cabalmente la pena debida por la transgresión, pues Dios no hace acepción de personas⁹⁷.

Cómo evitar los juramentos

¿Cómo, pues, y de qué manera es posible evitar este pecado? Porque, en verdad, no solamente es necesario mostrar que la acusación es grave, sino también aconsejar sobre cómo poder librarnos de ella.

¿Tienes mujer, criados, hijos, un amigo, un pariente, un vecino? Ordénales a todos ellos estar en guardia sobre esto. ¿Que la costumbre es cosa difícil, que cuesta arrancarla, que no es fácil guardarse de ella, y muchas veces nos empuja sin quererlo ni saberlo nosotros? Pues bien, cuanto más conoces la fuerza de la costumbre, tanto mayor empeño pon en ser liberado de la mala costumbre y en convertirte a la otra, a la más provechosa.

Efectivamente, lo mismo que aquélla muchas veces fue capaz de hacerte caer, a pesar de tu diligencia, de tu cautela, de tu cuidado y preocupación, así también ahora, si te conviertes a la buena costumbre, la de no jurar, nunca podrás caer en el pecado de juramento, ni sin querer ni por negligencia, porque cosa grande es realmente la costumbre y tiene la fuerza de la naturaleza.

Por consiguiente, para no andar penando continuamente, pasémonos a esta costumbre, y a cada uno de los que conviven y se relacionan contigo pídeles esta gracia: que te aconsejen y exhorten a evitar los juramentos, y si te sorprenden haciéndolos, que te acusen.

De hecho, la vigilancia ejercida por ellos sobre ti es también para ellos consejo y exhortación a obrar rectamente. En efecto, el que acusa a otro de juramento no caerá él mismo tan fácilmente en este abismo, pues abismo nada común es la frecuencia en el jurar, no sólo cuando se hace por cosas mínimas, sino también cuando se hace por las mayores. Ahora bien, nosotros, lo mismo cuando compramos legumbres y regateamos por dos óbolos que cuando nos enfadamos con los criados y los amenazamos, en toda ocasión apelamos a Dios como testigo, y sin embargo, a un

hombre libre y con un cargo de poca monta tú no te hubieras atrevido a llamarle a la plaza como testigo de tales cosas, y si acaso te atreves a hacerlo, se te castigará por tu insolencia: en cambio, ¡al rey de los cielos, al Señor de los ángeles, tú lo arrastras a dar testimonio cuando discutes sobre cosas venales, sobre dinero o sobre minucias! Y, ¿cómo esto va a ser tolerable? ¿Por qué medios, pues, podremos vernos libres de esta mala costumbre? Poniendo en derredor nuestro las guardias que dije, fijándonos a nosotros mismos un plazo para la enmienda e imponiéndonos una multa si, pasado el plazo, hubiéremos fracasado en el empeño.

Ahora bien, ¿cuánto tiempo nos bastará para esto? Yo no creo que los muy sobrios, despiertos y que velan por su propia salvación necesiten más de diez días para quedar completamente libres de la mala costumbre de los juramentos. Pero si al cabo de esos diez días se nos viera seguir jurando, impongámonos a nosotros mismos una pena, incluso fijemos el castigo y la multa máximos por nuestra transgresión. ¿Cuál será, pues, la condena? Esto no os lo determino yo todavía, sino que os dejo a vosotros mismos el ser dueños de la sentencia.

Administremos así nuestros asuntos, y no sólo los referidos a los juramentos, sino también los que atañen a los demás fallos: si nos fijamos a nosotros mismos un plazo, con gravísimas penas en el caso de reincidencia, partiremos puros hacia nuestro Señor, quedaremos libres del fuego infernal y con toda confianza nos mantendremos en pie delante del tribunal de Cristo. Ojalá podamos conseguirlo todos, por la gracia y la bondad de nuestro Señor Jesucristo,

CATEQUESIS 3

Necesidad de no jurar nunca

1. ¿Verdaderamente habéis desterrado de vuestras bocas la mala costumbre de los juramentos?

Porque yo no me he olvidado, ni de lo que yo mismo dialogué con vosotros, ni de lo que vosotros me prometisteis acerca de este tema. En efecto, yo disertaba, y vosotros prometíais, si no de palabra, cierto, sí al menos con vuestros elogios de lo dicho.

Ahora bien, esta promesa es mejor que la hecha de palabra, pues muchas veces el que promete de palabra asiente con la lengua, pero no con la voluntad; en cambio, el que aprueba lo que se ha dicho realiza el asentimiento desde su alma.

¿En verdad, pues, habéis limpiado vuestra lengua de aquella grave mancha? ¿Entonces habéis desterrado la suciedad de vuestra sagrada alma?

Yo supongo que la habéis limpiado, porque estáis a punto de recibir a un gran rey, y de saborear la abundante enseñanza espiritual de padres bastante entendidos.

Por otra parte, el plazo es suficiente, y el término prefijado para la enmienda se acerca ya al final, y vosotros sois dóciles y obedientes, pues dice el Apóstol: Obedeced y someteos a vuestros dirigentes⁹⁹, y vosotros le hacéis caso en todo. Basándome en todo esto, creo que el éxito es total. Sin embargo, yo no quería suponerlo ni creerlo, sino saberlo con toda claridad, para, en tal caso, entregarme con más ardor a discursos más místicos, descargado ya de la preocupación por los juramentos: os hubiera introducido en el santuario mismo y os hubiera mostrado al Santo de los Santos con todo lo que allí se contiene: no una vasija de oro con maná¹⁰⁰, sino el cuerpo del Señor, el pan del cielo; os hubiera mostrado, no un arca de madera con las tablas de la ley, sino la carne irreprochable y santa que contiene al legislador en persona; os hubiera mostrado en su interior, no una oveja irreprochable degollada, sino al cordero de Dios sacrificado, mística víctima que hace temblar a los mismos ángeles cuando la miran; os hubiera mostrado, no a Aarón entrando con vestimenta de oro¹⁰¹, sino al Unigénito que

entra, que tiene la primicia de nuestra naturaleza¹⁰² y que manifiesta a su Padre la grandeza de su éxito: Porque no entró Cristo -dice- en su santuario hecho de mano, sino en el mismo cielo, para presentarse ahora en la presencia de Dios¹⁰³.

Hay allí un velo, no tal cual lo tenía el templo judío, sino mucho más terrible. Escucha, pues, qué clase de velo es éste, para que aprendas cómo era aquel Santo de los Santos, y cómo es éste: Puesto que tenemos -dice- mucha confianza para entrar en el santuario por la sangre de Jesús, por el camino nuevo y vivo que Él inauguró para nosotros a través del velo, esto es, de su propia carne¹⁰⁴.

¿Ves cómo este velo es más terrible que aquél? En todo esto quería iniciaros hoy.

2. Pero, ¿qué va a ser de mí? La inquietud por los juramentos no me abandona, y me consume el alma.

Y sé bien que muchos condenarán por exagerado lo que acabo de decir, al escuchar que consume mi alma, pues ellos creen que es un pecado leve: pero justo por eso yo me lamento más. Los otros pecados, efectivamente, son graves, pero también se piensa que son graves, como ocurre con el homicidio y el adulterio: son graves y se cree que son graves; en cambio, el juramento es grave, ciertamente, pero no se cree que sea grave. Por eso me lamento y tengo miedo de este pecado. Esto, en efecto, esto es lo propio de la estratagema del diablo: introducir encubierto el pecado y, como si mezclara veneno con el alimento habitual, se las ingenia para ocultar el juramento entre los preconceptos¹⁰⁵ de los hombres.

Entonces, ¿qué? ¿Vamos a gastar para el juramento toda la enseñanza y todo el tiempo?. De ninguna manera, sobre todo porque supongo a algunos de vosotros ya corregidos. Efectivamente, lo mismo que cuando salió el sembrador no toda la simiente cayó entre los espinos, ni toda entre las piedras, sino que mucha también fue a parar a la buena tierra¹⁰⁶, así también ahora es imposible que, después de tanta enseñanza, no haya entre tal muchedumbre nadie que pueda mostrar el fruto.

Así pues, ya que se han corregido muchos, aunque no todos, repartamos también nosotros el discurso. Era, en efecto, necesario que los no corregidos tampoco escuchasen por entero las palabras misteriosas; sin embargo, en atención a los más diligentes, complaceremos a los más negligentes, para que no se vean defraudados, pues mucho mejor es complacer a éstos en atención a aquellos, que perjudicar a los más diligentes por causa de los negligentes.

El tiempo del bautismo

3. Ahora bien, quiero que recordéis la promesa que os hice en la plática anterior, pero que no he cumplido porque el discurso nos empujó hacia puntos más necesarios.

¿Qué promesa, pues, era aquélla?. Intentaba yo deciros por qué razón nuestros padres, dejando correr todo el año, determinaron que éste era el tiempo oportuno para iniciar a vuestras almas en los misterios. Y decía que la observancia de este tiempo no está dada sin más y al azar. Efectivamente, la gracia es siempre la misma, y en nada la estorba el tiempo, ya que es divina; sin embargo, también la observancia del tiempo tiene algo de misterioso¹⁰⁷.

Pues bien, ¿por qué los padres legislaron que esta fiesta fuese ahora? Ahora nuestro rey ganó la guerra contra los bárbaros: bárbaros, y más crueles que los bárbaros son, efectivamente, todos los demonios. Ahora destruyó el pecado; ahora aniquiló la muerte y sometió al diablo e hizo prisioneros. Por lo tanto, en el presente día recordamos aquellos triunfos. Por esto los padres legislaron que los regios dones se distribuyesen ahora, ya que ésta es una ley de triunfo; así obran también los emperadores paganos: nuestros días de triunfo los honran con múltiples festejos.

Pero el carácter de ese honor está lleno de deshonor, porque, ¿qué clase de honor son los teatros y lo que en los teatros se hace y se dice? ¿Acaso no está todo rebosando vergüenza y gran ridículo?

Este otro honor, en cambio, es digno de la munificencia del que honra. Por eso legislaron que fuese ahora, por valerse de este tiempo para hacerte recordar la victoria del Señor, para que en las fiestas de la victoria haya algunos que lleven los vestidos resplandecientes y entren en la estima del rey. Pero no solamente por esto, sino, además, para que también durante este tiempo te unas al Señor.

Bautismo y cruz

Él fue -dice- crucificado en el madero¹⁰⁸: crucificate tú mediante el bautismo, pues cruz -dice- es el bautismo, y muerte, pero muerte del pecado y cruz del hombre viejo¹⁰⁹.

4. Escucha, pues, lo que dice Pablo, cómo declara ambas cosas acerca del bautismo, a saber: que es muerte del pecado y cruz: ¿O ignoráis que todos cuantos fuisteis bautizados en Cristo, fuisteis bautizados en su muerte?¹¹⁰. Y de nuevo: Nuestro viejo hombre fue crucificado junto con Él, para que sea anulado el cuerpo del pecado¹¹¹.

Sin duda, para que, al escuchar “muerte” y al oír “cruz”, no tengas miedo, añadió que la cruz es muerte del pecado.

¿Ves de qué manera el bautismo es cruz? Pues sabe que Cristo también llamó bautismo a la cruz, dándote y tomando en cambio el nombre del bautismo.

Tu bautismo lo llamó cruz. “Mi cruz -dice- la llamo bautismo” ¿Y dónde dice esto? Un bautismo tengo, para ser bautizado, que vosotros no conocéis¹¹².

¿Y de dónde sacamos la evidencia de que está hablando de la cruz? Se le acercaron los hijos de Zebedeo, o mejor, la madre de los hijos de Zebedeo, que dijo: Di que estos dos hijos míos se sienten, el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda en tu reino¹¹³. Es la petición de una madre, aunque desatinada. ¿Y qué responde Cristo? ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber, y ser bautizados con el mismo bautismo con que yo soy bautizado?¹¹⁴. ¿Estás viendo cómo llamó bautismo a la cruz? ¿De dónde resulta esa evidencia? ¿Podéis -dice- beber el cáliz que yo he de beber? Llama cáliz a su pasión, y por eso dice: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz¹¹⁵.

¿Ves cómo llamó bautismo a la cruz y cáliz a la pasión? Ahora bien, los llamó así, no porque Él mismo se purificara (¿cómo iba a hacerlo, efectivamente, el que no hizo pecado, ni hubo engaño en su boca¹¹⁶?) sino porque la sangre que de allí corría purificaba al universo entero.

Y por esta razón dice también Pablo: Si fuimos plantados juntamente con Él, a la semejanza de su muerte, por medio del bautismo¹¹⁷... No dijo: en la muerte, sino: a la semejanza de su muerte: muerte es aquélla, efectivamente, y muerte es ésta pero no de lo mismo: la una, del cuerpo; la otra, del pecado. De ahí la semejanza de la muerte.

Sepultura y resurrección de Cristo

5. Entonces, ¿qué? ¿Solamente morimos con el Señor, y solamente en las cosas tristes nos unimos a Él? Ante todo: ni siquiera eso es triste, el tener parte en la muerte del Señor. Sin embargo, espera un poco y verás que también tienes parte con Él en las cosas provechosas: Si efectivamente morimos con Él -dice-, creemos que también viviremos con Él¹¹⁸.

Sí, en el bautismo y al mismo tiempo están juntas sepultura y resurrección: deja abajo al hombre viejo, y toma el nuevo y resucita, como Cristo resucitó por la gloria del Padre¹¹⁹. ¿Estás viendo cómo nuevamente habla de la resurrección? Mas, ¿por qué razón nuestra resurrección, nuestra sepultura y nuestra muerte se dan al mismo tiempo (a la vez, efectivamente, somos sepultados y resucitamos), y en cambio la del Señor se retardaba tanto? Resucitó, en efecto, al cabo de los tres días. ¿Por qué, pues, nuestra resurrección es instantánea, y en cambio la del Señor más lenta?. Sí, lo fue, y muy a propósito, para que aprendas que la lentitud no se debe a la debilidad, pues el

que en breve instante pudo resucitar al criado¹²⁰ con mayor razón podía resucitarse a sí mismo.

Entonces, ¿por qué motivo la lentitud? ¿Por qué razón la sepultura de tres días? Porque, al prolongarse la muerte y gracias a esa lentitud, la prueba de la resurrección resulta inconcusa¹²¹. Efectivamente, cuando incluso ahora, después de semejante prueba, hay hombres que dicen que padeció en apariencia, si no hubiera habido tan acusada lentitud, ¿qué no hubieran dicho éstos? Porque el diablo no quería conspirar solamente contra el relato de la resurrección, sino también contra la fe en la muerte, pues sabía, y sabía claramente, que la muerte del Salvador era común remedio del universo, y se apresuraba a arrancarla de la fe de los hombres, para eliminar la salvación.

Por esta razón el Señor se retarda en su resurrección, y los judíos se acercan diciendo: Danos soldados para que podamos guardar el sepulcro¹²².

¡Qué desvergüenza! ¿Cuándo viste, oh judío, un muerto bajo custodia? Porque, si el crucificado era un muerto común y mero hombre, ¿por qué tomas tan extraña y paradójica medida? ¿Por qué tienes miedo y tiembles y reúnes centinelas? Por lo demás, Dios ni siquiera esto impidió, al contrario, dejó que le custodiasen, y así el pecador quedaría atrapado en las obras de sus propias manos. Aquellos, efectivamente, decían: Danos soldados, para que no le hurten sus discípulos y digan que resucitó¹²³.

Sucedió, sin embargo, lo contrario: tomaron soldados, efectivamente, para que, al resucitar Él, no dijese que los discípulos le habían hurtado y que no había resucitado, y lo que habían conseguido por intriga contra la resurrección se les volvió en favor de la resurrección, y a los mismos conspiradores Cristo los hizo testigos de su resurrección, para así truncar la excusa que alegaran el día aquel.

El significado del exorcismo

6. La razón, pues, de que los padres mandaran realizar en este tiempo la iniciación a los misterios os la expuse de manera suficiente (yo al menos lo creo) a través de lo que llevo dicho. Quiero, sin embargo, saldar con vosotros otra deuda -si es que no os cansáis ya de escuchar- y deciros por qué razón de aquí os enviamos desnudos y descalzos a las voces de los exorcistas. Y en verdad, también aquí aparece otra vez el mismo motivo, a saber, que el rey ganó la guerra e hizo prisioneros: y tal es la indumentaria de los prisioneros.

Escucha, pues, qué dice Dios a los judíos: De la manera que anduvo mi siervo Isaías, desnudo y descalzo, así caminarán hacia la cautividad los hijos de Israel, desnudos y descalzos¹²⁴. Pues bien, porque quiere recordarte la anterior tiranía

del diablo, se vale de la indumentaria para llevarte a ti al recuerdo de tu anterior origen vil.

Por esta razón estáis de pie, no solamente desnudos y descalzos, sino también con las palmas de las manos abiertas hacia arriba: para que también confeséis la ulterior soberanía de Dios, a la que ahora os estáis acercando.

Despojos y botín de guerra sois todos vosotros. Y de estos despojos hace mención Isaías mucho antes del cumplimiento de los hechos, al anunciar de antemano así: Él mismo repartirá despojos del fuerte¹²⁵; y luego: Vino a proclamar libertad a los cautivos¹²⁶, y con él, David, profetizando esta cautividad, decía: Subiste a lo alto, cautivaste la cautividad¹²⁷.

Pero no te amusties, al oír “cautividad”, pues nada hay de mayor dicha que esta cautividad. En efecto, la cautividad de los hombres lleva de la libertad a la esclavitud; ésta, en cambio, hace pasar de la esclavitud a la libertad; la de los hombres priva de la tierra patria y lleva a la extraña; en cambio, esta cautividad expulsa de la tierra extraña y lleva a la patria, la Jerusalén de arriba; la cautividad de los hombres priva de la madre; ésta, en cambio, te conduce a la madre común de todos nosotros; aquélla, en fin, separa de parientes y de conciudadanos, mientras que ésta lleva hacia los ciudadanos de arriba. Dice, en efecto: Sois conciudadanos de los santos¹²⁸. Esta es, pues, la razón de la indumentaria.

7. Mas, ¿por qué motivo las voces, terribles y estremecedoras voces, de los exorcistas te hacen recordar al común Señor, el castigo, la venganza, la gehena? Por causa de la desvergüenza de los demonios. Y en efecto, el catecúmeno es una oveja sin marcar, un albergue solitario, una posada sin puertas, abierta simplemente a todos, guarida de bandoleros, madriguera de fieras y morada de demonios. Pues bien, ya que plugo al rey, por su inmensa bondad, que este albergue solitario y sin puertas, esta guarida de bandoleros, se convirtiese en palacio real, por esta razón nos mandó preparar al albergue a nosotros, los que enseñamos, y a los otros, los exorcistas. Y nosotros, los que enseñamos, consolidamos con nuestra enseñanza las paredes ruinosas, pues dice: Todo el que me oye estas palabras, y las practica, será comparado a un hombre prudente que edificó su propia casa sobre la peña¹²⁹.

Vamos echando los cimientos bien sólidos, hasta que se presente el rey. Si en alguna parte vemos algo de suciedad o de barro, lo quitamos, porque tal es la costumbre del pecado: hedionda y sucia.

Escucha, pues, cómo describe David su naturaleza: Como carga pesada se han agravado sobre mí. Hedieron y se pudrieron mis llagas, por causa de mi locura¹³⁰.

Nosotros quitamos la hediondez y ponemos el perfume espiritual, y los exorcistas, por su lado, con aquellas terribles voces, van mirando alrededor, no sea que en alguna parte aparezca una fiera, una serpiente, una víbora o un escorpión; y es que, después de escuchar aquella temible voz, la fiera, por dañina que sea, no puede ocultarse hundiéndose o deslizándose, antes, bien, se levanta y escapa, aunque no quiera.

Nueva exhortación contra los juramentos

8. Quería decir también otra cosa, que justamente no había prometido decir. Pero era necesario aclarar por qué razón nosotros nos llamamos fieles y, en cambio, los no iniciados catecúmenos. Y en efecto es realmente vergonzoso y ridículo que quien recibe una dignidad no sepa siquiera el nombre de tal dignidad.

Pero, ¿qué me está pasando? ¡Otra vez se me ha presentado la preocupación por los juramentos, que me acusa de lentitud y arrastra hacia ella mi discurso! Por esta razón dejemos para el próximo día lo que estábamos tratando y volvamos ahora a la exhortación sobre los juramentos.

¡Cosa terrible el juramento, querido! Terrible y dañina: remedio fatal, veneno intolerable, herida oculta, llaga invisible, pastizal totalmente sombreado y que lleva el miasma hasta el alma, dardo satánico, flecha encendida, alfanje de doble filo, espada aguzada, yerro inexcusable, delito sin posible defensa, abismo profundo, precipicio escarpado, trampa poderosa, red extendida, atadura indisoluble, nudo corredizo sin posible escape¹³¹.

Pues bien, ¿os basta lo dicho para que creáis que el juramento es algo terrible y más peligroso que todos los pecados?

Fiaos de mí, os lo ruego, fiaos. Pero si alguno no cree, desde ahora mismo ofrezco la demostración: ningún pecado posee lo que precisamente tiene este pecado.

Efectivamente, si no transgredimos los demás mandamientos, estamos libres de castigo; pero el juramento, tanto si lo guardamos como si lo violamos, muchas veces somos castigados por igual.

¿Quizá no habéis comprendido lo dicho? Pues bien, entonces es necesario repetirlo más claro. Muchas veces alguien juró realizar una acción inicua, y cayó dentro de un nudo corredizo indisoluble: en adelante le era necesario guardar el juramento y transgredir la ley, o bien no guardar el juramento y ser condenado bajo acusación de perjurio.

Así, por uno y otro lado el precipicio se hizo profundo: por uno y otro lado, la muerte inexorable, tanto si guardaba el mandamiento como si no lo guardaba. Por consiguiente, ¿hay algo más fatal que esto, lo mismo cuando se cumple que cuando no se cumple?

El juramento de Herodes

9. Y para que aprendáis que esto es así y que muchos se hicieron acreedores muchas veces al castigo, no sólo violando el juramento, sino también guardando el juramento voy a relataros algo parecido.

Herodes estaba una vez festejando su cumpleaños y celebraba el día de su nacimiento¹³². Como quería hacer espléndido aquel día, invitó a la hija de la reina a que bailase para él, sin percatarse de que así deshonraba más bien aquel día. Y en efecto, cuando lo que necesitaba era dar gracias al Dios bondadoso por haberle creado de la nada, por haberle dado un alma, por haberle introducido en este augusto espectáculo de la creación, por haberle hecho espectador de esta hermosísima y maravillosa creación; cuando era necesario, digo, que honrase el día con himnos y acciones de gracias al Señor, él, sin embargo, lo honró con el deshonor.

Efectivamente, ¿hay algo más deshonroso que el baile? Y ese día bailó la hija de Herodías. ¡Escuchad, hombres y mujeres, todos cuantos con tales bailes y tales cantares honráis lo mejor de vosotros mismos! No son pequeños estos males, aunque parezcan ser indiferentes. Por eso precisamente son males grandes: porque parecen ser indiferentes y por ello tampoco se benefician de especial precaución.

Efectivamente, la enfermedad grande y que se cuida desaparece; en cambio la que parece pequeña, al ser descuidada por esto mismo, se hace grande. ¿Qué estás diciendo? ¿Alguien se atreve a meter el baile en la casa de un fiel y no teme que un rayo de lo alto caiga y todo lo abrase?

Esto lo digo también a las mujeres, para que hagan entrar en razón a sus maridos y los aparten de semejante diversión. Aquel día, la hija de la reina entró y bailó. ¡Dios bendito! ¡Hacia qué gran templanza hiño que se volviera nuestra vida! Escuchad, fieles, a qué esposo os estáis acercando: al que adornó con pudor, templanza y recato vuestra vida, muy degradada antes de esto: lo que entonces la reina no se avergonzó de hacer, ahora no querría soportarlo una simple criadita.

Bailó, pues, aquélla, y después del baile cometió otro pecado más grave: persuadió al mentecato aquel a que le prometiera con juramento darle lo que ella pidiese.

¿Estáis viendo cómo el juramento hace también mentecatos? ¡Juró él, sin más, darle justamente lo que pidiese! Pues bien, ¿qué hubiera pasado si ella hubiera pedido su cabeza? ¿Y qué, si hubiese pedido el reino entero? Solamente que él de nada de esto era consciente: el diablo se había presentado junto a él con un fuerte lazo y, en cuanto el rey acabó el juramento, puso el lazo y extendió la red por todas las partes, y entonces sugirió aquella petición que haría inevitable la presa: Dame -dice- sobre una bandeja la cabeza de Juan el Bautista¹³³.

¡Desvergonzada la petición! ¡Insensata y fatal la donación! ¡Culpable de ambas, el juramento! ¿Qué se debía, pues, hacer? Recordad lo que yo os decía: que somos igualmente castigados, tanto si guardamos el juramento, como si lo violamos. ¿Era necesario dar la cabeza del profeta? ¡En tal caso el castigo habría sido insoportable!. ¿No darla, entonces? ¡Sobrevendría la acusación de perjurio!.

¿Ves cómo el precipicio se abre a uno y otro lado? Dame -dice- aquí, sobre una bandeja, la cabeza de Juan el Bautista. ¡Oh petición maldita! ¡Y sin embargo logró persuadir, y con ello creía acallar aquella sagrada lengua que, por el contrario, aún ahora sigue gritando! En efecto, cada día, pero sobre todo en cada iglesia, a través del Evangelio escucháis a Juan advertir a gritos: ¡No te es lícito tener la mujer de tu hermano!¹³⁴.

Cortó la cabeza, pero no cortó la voz. Acalló la lengua, pero no acalló la reprobación.

10. Ya veis lo que hace el juramento: corta cabezas de profetas. Viste el cebo: teme tu pérdida. Viste la red: no caigas en ella.

Sólo que, en adelante, será necesario andar con talento para evitar que el corte se haga más profundo: en adelante, será necesario detener la mano y el hierro ensangrentado, y reducir a silencio el discurso referente a las heridas del perjurio. Sí, recordad esto y nunca pecaréis: tanto si guardáis el juramento como si no lo guardáis, seréis igualmente castigados.

¿Dónde están ahora los que decían: “¿Y si juro por un justo?”. Porque, ¿cómo puede esto ser justo, si hay transgresión de la ley? ¿Cómo justo, si Dios lo prohíbe pero tú lo haces?

En adelante, empero, soportad que nosotros os vendemos las heridas, porque incluso el vendaje tiene su tanto de doloroso. Efectivamente, grave es el castigo, tanto del perjurio como del juramento guardado, ya antes de nuestra enseñanza: pero será mucho más grave después de nuestra enseñanza.

Dice, en efecto: Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; mas ahora no tienen excusa de su pecado¹³⁵.

También es posible decir esto refiriéndolo a vosotros: en adelante, no tendréis disculpa alguna si erráis. Lo cierto es que ahora el bautismo, aunque encuentre perjurio, juramento legal, fornicación, adulterio o cualquier otra maldad, lo limpia y lo purifica todo con el máximo rigor. ¡Ojalá en lo porvenir también vosotros conservéis esta limpieza, libres ya de toda mancha, y nosotros podamos participar de alguna confianza por vuestras oraciones! En adelante, efectivamente, os está permitido rogar también por vuestros maestros, porque, de hecho, dentro de muy poco vais a aparecer ante nosotros desde el cielo, resplandeciendo con mayor luminosidad que las mismas estrellas.

¡Ojalá, pues, todos nosotros participemos, por vuestras oraciones, de segura confianza delante del tribunal de Cristo.

CATEQUESIS 4

El bautismo como desposorio

1. Hoy es el último día de la Catequesis, por eso yo, el último de todos, he llegado también al último día, pero al final llego con el anuncio de que el esposo vendrá dentro de dos días. ¡Pero levantaos, encended vuestras lámparas y recibid con luz esplendente al rey de los cielos¹³⁷! Levantaos y velad, porque el esposo no llega a vosotros durante el día, sino a media noche.

Y en efecto, ésta es la costumbre del cortejo nupcial: que las esposas sean entregadas a los esposos de anohecida. Pero no os hagáis sin más los sordos al escuchar la voz de que llega el esposo, porque es una voz realmente grande y está llena de bondad: no mandó que la naturaleza de los hombres fuese hacia Él, sino que Él personalmente se vino junto a nosotros, y es que, efectivamente, la ley de las nupcias es ésta: que el esposo venga a la esposa, aunque él sea riquísimo y ella en cambio pobre y despreciada.

Sin embargo, nada tiene de extraño que esto se dé entre los hombres. Efectivamente, si en cuestión de mérito la diferencia puede ser mucha, la diferencia de naturaleza, en cambio, es nula: por rico que sea el esposo y por indigente y pobre que sea la esposa, ambos son, con todo, de la misma naturaleza.

Pero, tratándose de Cristo y de la Iglesia, la maravilla está en que Él, a pesar de ser Dios y tener aquella dichosa y purísima substancia (¡y sabéis cuánto dista de los hombres!), se dignó bajar a nuestra naturaleza y, dejando su casa paterna, corrió hacia la esposa, no con un mero desplazamiento, sino por la economía de la encarnación.

Conocedor, pues, de esto y maravillado del exceso de solicitud y de estima, el mismo bienaventurado Pablo a grandes voces decía: Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer: éste misterio es grande, mas yo lo digo con respecto a Cristo y a la Iglesia¹³⁸.

El vestido de la esposa

2. ¿Y qué tiene de admirable el que haya venido a la esposa, cuando ni siquiera se negó a dar su vida por ella? Y sin embargo, ningún esposo pone su vida por su esposa, y es que nadie, ningún enamorado, por loco que esté, se inflama tanto en el amor de su amada, como Dios se desvive por la salvación de nuestras almas: “Aunque tenga que

ser escupido -dice-, ser apaleado y subir a la misma cruz, no me negaré a ser crucificado, con tal de acoger a la esposa”. Ahora bien, todo esto lo sufrió y lo soportó sin que contara para nada la admiración de su belleza: en efecto, antes de esto¹³⁹, nada era más feo y repulsivo que ella. Escucha, pues, cómo describe Pablo su disformidad y su fealdad: Porque también nosotros éramos en otro tiempo necios, rebeldes, extraviados, esclavos de pasiones y placeres diversos, aborrecibles y odiándonos los unos a los otros¹⁴⁰. Unos a otros nos odiábamos (¡tal era la exageración de nuestra maldad!), pero Dios no nos odió a nosotros, que mutuamente nos odiábamos, al contrario, salvó a esos mismos que vivían en tanta fealdad y en tanta disformidad del alma.

Cuando vino y encontró a la que iba a ser conducida como esposa desnuda y fea, la envolvió con un manto puro, cuyo resplandor y cuya gloria, ni palabra ni mente alguna podrá representar. ¡Qué estoy diciendo! ¡Él mismo es el manto con que nos cubrió: Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis vestidos!¹⁴¹. David, que vio mucho antes este vestido con ojos proféticos, decía a voz en grito: Está la reina a tu derecha¹⁴². Ser reina la pobre y rechazada, y ponerse de pie junto al rey, todo fue uno, y el profeta presenta a la Iglesia y a Cristo como un esposo con su esposa de pie en el sagrado pórtico: Con vestido recamado en oro envuelta, adornada con variedad.

Mira, también te señaló el vestido. Luego, para que al oír “de oro” no vengas a dar en las cosas sensibles, de nuevo levanta él tu mente y la conduce hacia la contemplación de las cosas inteligibles, cuando añade lo siguiente: Toda la gloria de la hija del rey está dentro¹⁴³. ¿Quieres también ver su calzado? Tampoco éste está cosido con material sensible, ni se compone de cuero común, sino de Evangelio y de paz, pues dice: Y calzad vuestros pies con el aparejo del Evangelio y de la paz¹⁴⁴.

¿Quieres que te muestre también el semblante mismo de la esposa, fulgurante y de una belleza inconcebible, y la gran muchedumbre de ángeles y arcángeles que la rodean?

Entonces agarrémonos de la mano de Pablo, el conductor por excelencia de la esposa, el cual podrá introducirnos hasta ella abriéndose paso entre la multitud. ¿Qué nos dice, pues, éste? Maridos, amad a vuestras mujeres como también Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella, con el fin de santificarla purificándola en el baño del agua con su palabra¹⁴⁵. ¿Viste la pureza y esplendor de su cuerpo? ¿Viste su perfecta sazón, más refulgente que los mismos rayos del sol? Luego añade: Para que sea santa e irreprochable, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante¹⁴⁶, ¿Viste la flor misma de la

juventud, la cumbre misma de la edad? ¿Quieres aprender también su nombre? Fiel se llama, y santa, pues dice: Pablo, apóstol de Cristo Jesús, a los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Éfeso¹⁴⁷.

El significado del nombre de fiel

3. Sin embargo, al oír el nombre de la esposa, me acordé de una antigua deuda, y es que os tenía prometido explicaros por qué nos llamamos fieles¹⁴⁸.

¿Por qué razón, pues, nos lo llamamos? A nosotros los fieles se nos han confiado cosas que los ojos de nuestro cuerpo no pueden ver: tan grandes y terribles son, y exceden a nuestra naturaleza. Efectivamente, ni un razonamiento humano podrá hallarlas y ni una palabra humana podrá explicarlas; sin embargo, la sola enseñanza de la fe sabe bien todo eso. Por lo mismo Dios nos hizo dos tipos de ojos: los de la carne y los de la fe. Cuando entres en la sagrada iniciación, los ojos de la carne verán el agua, en cambio los de la fe mirarán al espíritu; aquellos contemplarán el cuerpo inmerso, éstos, en cambio, al hombre viejo sepultado¹⁴⁹; aquellos, la carne lavada, éstos, el alma purificada; aquellos verán el cuerpo que sale de las aguas, y éstos al hombre nuevo¹⁵⁰ y radiante que sube de esta purificación.

Y aquellos verán que el sacerdote impone desde arriba su mano derecha tocando la cabeza; éstos, en cambio, contemplarán al gran sumo sacerdote que desde los cielos extiende su invisible mano derecha y toca la cabeza: en realidad no es un hombre el que entonces bautiza, sino el Hijo unigénito de Dios en persona.

Y lo que aconteció en la carne del Señor, esto mismo acontece también en la nuestra. Efectivamente, lo mismo que, en apariencia, Juan tenía aquélla agarrada por la cabeza, pero era el Dios Verbo quien realmente la bajaba a la corriente del Jordán y la bautizaba, y era la voz del Padre la que desde arriba decía: Éste es mi Hijo amado¹⁵¹, así también obraba el Espíritu Santo con su venida. Y lo mismo acontece también en tu carne, pues el bautismo se hace en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Y por esta razón Juan decía, al enseñarnos que no nos bautiza un hombre, sino Dios: Detrás de mí llega el que es más poderoso que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de su sandalia: Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego¹⁵². Y también por la misma razón el sacerdote, al bautizar, no dice: “Yo bautizo a Fulano”, sino: Fulano es bautizado en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, dando así a entender que no es él quien bautiza, sino el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, cuyos nombres se invocan.

Y por idéntica razón también nuestra exposición de hoy se llama fe y no os permitimos pronunciar ninguna otra cosa antes de que digáis: “Creo”. Esta palabra es un cimiento inmovible sobre el que se asienta una edificación inaccesible a las sacudidas¹⁵³. Por eso Pablo dice también: Porque es necesario que quien se acerca a Dios crea que existe¹⁵⁴. Y también por esta razón tú, al acercarte a Dios, primero crees, y luego proclamas esta palabra, porque, si no es ésta, ninguna otra podrás decir, ni siquiera pensar. Y por dejar de lado aquella generación inefable y sin testigos, te presentaré a las claras esta generación de aquí abajo, de la que muchos fueron testigos, y por la prueba misma de los hechos te confirmaré la verdad de que, sin la fe, no es posible aceptar ni siquiera ésta. El que es infinito, el que todo lo abarca y domina, vino al útero de una virgen. ¿Cómo, dime, de qué manera? Demostrarlo no es posible, pero, si acudes a la fe, ella te satisfará del todo: las cosas que sobrepasan la debilidad de nuestro razonamiento, menester es, en efecto, confiarlas a la enseñanza de la fe.

El modo de esta generación, ni el mismo Mateo que la escribió lo sabe. Dijo, efectivamente, que María se halló haber concebido del Espíritu Santo¹⁵⁵, pero, de qué modo, no lo enseñó. Tampoco Gabriel lo sabe, pues también él se limitó a decir lo siguiente: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra¹⁵⁶, pero el cómo y de qué manera, ni él mismo lo sabe.

4. Con todo, el discurso sobre la fe lo dejaremos para el maestro, y en otro momento oportuno nos será también posible hablarlos, cuando estén presentes muchos de los no iniciados; pero lo que ahora necesitáis escuchar vosotros solos y que no podemos decir si ellos están mezclados con vosotros, esto es necesario que os lo diga hoy¹⁵⁷.

Renuncia a Satanás y adhesión a Cristo

¿De qué se trata, pues? Mañana, viernes, y a la hora nona, será necesario exigiros que pronunciéis ciertas palabras y que establezcáis pactos con el Señor. Ahora bien, no os he recordado este día y esta hora sin más, sino porque es posible sacar de ello alguna enseñanza del misterio. Y en efecto, el viernes, a la hora nona, entró el bandido en el paraíso, y se deshizo la oscuridad que había durado desde la hora séptima hasta la nona¹⁵⁸, y tanto la luz sensible como la inteligible fue ofrecida entonces como sacrificio por el universo: entonces, efectivamente, dice Cristo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu¹⁵⁹.

Entonces este sol sensible, cuando vio al sol de justicia resplandecer desde la cruz, apartó sus rayos. Por tanto, cuando tú también estés a punto de ser introducido en la hora nona, acuérdate también de la grandeza de los resultados y calcula estos dones en ti mismo y en adelante no estarás ya sobre la tierra, sino que te realzarás y con tu alma tocarás los mismos cielos. Naturalmente, es preciso que entonces todos vosotros en común, al ser introducidos (y en efecto, observa también esto: que todo se os da en común a todos vosotros para que ni el rico mire por encima del hombro al pobre, ni el pobre piense que tiene algo inferior al rico, pues en Cristo Jesús no hay varón, ni hembra, ni escita, ni bárbaro, ni judío, ni griego¹⁶⁰, ya que se ha eliminado toda desigualdad, no sólo de edad y de naturaleza, sino también de honor: un solo honor, un solo don, un solo vínculo de fraternidad entre vosotros: la misma gracia), es preciso, digo, que al ser introducidos, todos vosotros en común dobléis la rodilla y no permanezcáis derechos, y con las manos tendidas hacia el cielo, deis gracias a Dios por este don.

Las sagradas leyes mandan estar de rodillas, de modo que incluso a través del gesto se pueda confesar la soberanía. Efectivamente, el doblar la rodilla es propio de los que confiesan su esclavitud; escucha, si no, lo que dice Pablo: Ante Él se doblará toda rodilla: de los seres del cielo, de la tierra y de bajo la tierra¹⁶¹. Pues bien, los que inician en los misterios mandan que, al doblar las rodillas, se digan estas palabras: “¡Renuncio a ti, Satanás!”

5. Las lágrimas se me han saltado ahora mismo, y tengo confusa la mente y sollozo con amargura. ¿Por qué razón me he acordado de aquel sagrado día en que a mí se me juzgó digno de proferir esta venturosa frase, por la cual fui conducido a la terrible y santa iniciación de los misterios? ¿Por qué me acordé de la limpieza de entonces y de todos los pecados que desde aquel día hasta hoy fui acumulando?

Pues bien, lo mismo que toda mujer que de la riqueza cae en la más extrema pobreza, cuando ve a otras jóvenes casarse, ser entregadas a maridos ricos, disfrutar de gran estima y acompañarse de servidumbre y ostentación, ella sufre dolor y gran aflicción, no porque envidie los bienes ajenos, sino porque en los éxitos de las demás percibe con más exactitud las propias calamidades, así también yo ahora estoy pasando por algo semejante. Sin embargo, para no ensombrecer todavía más mi discurso, si lo que hago es contaros mis propios males, ¡jea!, volvamos de nuevo a vosotros.

6. “¡Renuncio a ti, Satanás!” ¿Qué ha sucedido? ¿No es extraño y paradójico? Tú, el miedoso y tembleque, ¿te has sublevado contra el tirano? ¿Desprecias su crueldad? ¿De dónde te vino ese atrevimiento? “¡Tengo un arma poderosa!”, dice, ¿Qué clase de arma? ¿Qué aliados? Dime. “Me adhiero a ti, Cristo, dice. Por eso tengo osadía para sublevarme, porque tengo un poderoso refugio. Éste me dio superioridad sobre el diablo: a mí, que ante él temblaba de miedo. Y por esta razón renuncio, no sólo a él, sino también a toda su pompa.

Ahora bien, pompa del diablo es toda forma de pecado: los espectáculos de iniquidad, los hipódromos, las reuniones que rebosan de risa y palabras torpes; pompa del diablo son los auspicios y vaticinios, los agüeros y los horóscopos, los presagios, los

amuletos y los hechizos. La cruz tiene el poder de un admirable amuleto y del más grande hechizo; dichosa el alma que pronuncia el nombre de Jesucristo crucificado: invoca a éste, y toda enfermedad huirá y toda asechanza satánica te cederá el terreno.

Acuérdate, pues, de estas palabras: ellas son los pactos hechos con el esposo. Efectivamente, lo mismo que en las bodas es necesario cumplimentar los documentos referentes a los regalos nupciales y a la dote, así también ocurre ahora antes de las nupcias. Te encontró desnuda, pobre y fea, y no pasó de largo: únicamente necesita de tu consentimiento. Así, pues, tú, en vez de la dote, ofrece estas palabras, que Cristo las tendrá por riqueza inmensa, con tal que tú las cumplas en todo: su riqueza es, efectivamente, la salvación de nuestras almas. Escucha cómo lo dice Pablo: Porque rico es para con todos los que le invocan¹⁶².

La unción con la señal de la cruz

7. Después de estas palabras, después de la renuncia al diablo y después de la adhesión a Cristo, como convertidos ya en familiares suyos y que nada tienen ya de común con el diablo, manda él que inmediatamente sean marcados con el sello. Y te señala con la cruz sobre la frente. Efectivamente, puesto que lo propio es que la fiera aquella, al escuchar tus palabras, se enfurezca más todavía (¡tal es su desvergüenza!) y quiera saltar sobre tu misma cara, al grabar con el crisma en tu rostro la cruz, se calma todo su furor. En adelante no se atreverá ya a mirar de frente a un semblante así, al contrario, en cuanto vea los rayos que de allí emanan, se alejará con los ojos deslumbrados.

Ahora bien, la cruz se marca usando el crisma, y este crisma es a la vez aceite y perfume: perfume para la esposa, aceite para el atleta. Y repito: no es un hombre, sino Dios mismo quien te unge valiéndose de la mano del sacerdote; que es así, escúchalo de Pablo, que dice: Y el que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió, es Dios¹⁶³. Ahora bien, en cuanto esta unción haya ungido todos tus miembros, podrás someter sin miedo alguno a la serpiente, y nada malo te pasará.

La inmersión en el agua

8. Pues bien, después de esta unción, sólo queda ya bajar a la piscina de las santas aguas. Entonces el sacerdote, despojándote del vestido, él mismo te introduce en la corriente. ¿Por qué desnudo? Te hace recordar tu primera desnudez, cuando estabas en el paraíso y no te avergonzabas, pues dice: Adán y Eva estaban desnudos, y no se avergonzaban¹⁶⁴, hasta que tomaron el manto del pecado, todo él impregnado de vergüenza. Tú, empero, no te avergüences ni siquiera entonces, pues la piscina es mucho mejor que el paraíso: no está allí la serpiente, sino que allí está Cristo que te inicia en los misterios llevándote a la regeneración por el agua y el Espíritu.

Tampoco hay allí árboles deliciosos a la vista, pero allí están los carismas espirituales. No está allí el árbol de la ciencia del bien y del mal¹⁶⁵, ni la ley ni los mandamientos, pero sí la gracia y los dones: Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros, pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia¹⁶⁶.

9. Mas, ya que escuchasteis con tanto placer lo que os he dicho, voy a pedir os a cambio una sola cosa, la misma que os pedí al principio. Cuando bajéis a la piscina de aquellas aguas, acordaos de mi indignidad¹⁶⁷. Esto mismo os pedí recientemente, cuando os recordé a José, que decía al copero mayor: Acuérdate de mí cuando te vaya bien¹⁶⁸. También yo os dije al principio: “Acordaos de mí cuando os vaya bien”. Pero ahora no digo: “Acordaos de mí cuando os vaya bien”, sino: “Acordaos de mí, puesto que os ha ido bien”.

También aquel decía: Acuérdate, porque yo no hice nada malo¹⁶⁹; yo en cambio digo: “Acordaos de mí, porque hice muchos y graves males”. Todos vosotros ahora tenéis una gran confianza con el Rey: a vosotros os enviamos como comunes legados en favor de la naturaleza de los hombres. No le lleváis como ofrenda una corona de oro, sino una corona de fe: os recibirá con gran benevolencia. Pedid, pues, por la común madre de todos, para que sea incommovible e inmune a las sacudidas; también por el sumo sacerdote, gracias a cuyas manos y voz alcanzáis estos bienes. Regatead mucho con Él en favor de los sacerdotes que comparten nuestra sede, y en favor de todo el género humano, de modo que nos perdone, no las deudas de riquezas, sino las de los pecados. Que sean comunes los éxitos: mucha es vuestra confianza con el Señor, y Él os acogerá con un beso.

El beso santo

10. Mas ya que hemos mencionado el beso, quiero también hablaros ahora sobre él. Siempre que estamos a punto de acercarnos a la sagrada mesa, se nos manda besarnos mutuamente y acogernos con el santo saludo.

¿Por qué razón? Puesto que estamos separados por los cuerpos, en aquella ocasión entrelazamos nuestras almas unas con otras mediante el beso, de modo que nuestra reunión sea tal cual lo era aquella de los apóstoles, cuando el corazón y el alma de los fieles eran uno solo¹⁷⁰. Así, efectivamente, es preciso que nos lleguemos a los sagrados misterios: estrechamente unidos los unos con los otros. Escucha lo que dice Cristo: Si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, marcha, reconcíliate primero con tu hermano y entonces ven y ofrece

tu presente.¹⁷¹ No dijo: “Primero ofrece”, sino: “Reconcíliate primero, y entonces ofrece”. Por esto mismo nosotros también, con el don delante, primero nos reconciliamos mutuamente, y entonces nos acercamos al sacrificio. Pero hay además otra razón misteriosa de este beso.

El Espíritu Santo nos hizo templos de Cristo¹⁷², y así, al besarnos mutuamente en la boca, besamos con ternura los umbrales del templo. Que nadie, pues, haga esto con perversa conciencia, con mente engañosa, porque el beso es santo, pues dice: Saludaos mutuamente con el santo beso¹⁷³.

Con todo esto presente en la memoria, guardemos en todo momento la adhesión, la renuncia y la confianza con que ahora nos ha agraciado el Señor, y conservémosla sin mancha y pura, para que podamos salir con gran gloria al encuentro del Rey de los cielos y nos consideren dignos de ser arrebatados en la nube y aparecer merecedores del reino de los cielos.

CATEQUESIS 5

El bautismo como matrimonio espiritual

1. Tiempo de gozo y de alegría espiritual es el presente, pues ved llegados los por nosotros tan deseados y queridos días de las nupcias espirituales. Porque nadie podría decirse que yerra quien llama nupcias a lo que ahora acontece, y no sólo nupcias, sino también leva admirable y sorprendente. Y no vaya alguien a pensar que lo dicho sea contradictorio; escuche más bien al maestro del universo, al bienaventurado Pablo, que se sirve de ambas imágenes cuando en cierto momento dice: Os he desposado a un solo marido, para presentaros a Cristo como virgen intacta¹⁷⁵; Y en otro, como si estuviera armando a soldados que van a partir para la guerra, les dice también: Revestíos la armadura de Dios, para que podéis resistir a las insidias del diablo¹⁷⁶.

2. Realmente¹⁷⁷ hay alegría hoy en el cielo y en la tierra, porque, si tan grande es el contento que se da por un solo pecador que se convierte¹⁷⁸, ¡por tamaña muchedumbre que a una se ríe de los lazos del diablo y a una se apresura a inscribirse en el rebaño de Cristo, cuánto mayor no será la alegría que habrá entre los ángeles y los arcángeles, entre todas las potestades de arriba y entre todas las creaturas de la tierra!

3. Pues bien, tratemos de hablaros como a una esposa que está a punto de ser introducida en el tálamo, y a la vez que os vamos mostrando la enorme riqueza del esposo y la indecible bondad de que hace gala para con ella, le mostraremos a ella también de qué males la han librado y de qué bienes va a disfrutar. Y si os parece, examinemos en primer lugar lo referente a ella, y veamos en qué situación está, y cómo se halla dispuesta cuando el esposo se le acerca. Porque de esta manera será como mejor se mostrará la infinita bondad del común soberano de todas las cosas. Efectivamente, no la acogió por estar enamorado de su buena estampa, de su belleza o de la lozanía de su cuerpo, al contrario, aunque disforme, fea, indigna, sucia

a más no poder y, por así decirlo, poco menos que revolcándose en el lodazal de sus pecados, así fue cómo la hizo entrar en la alcoba nupcial.

4. Sin embargo, al escuchar de mí estas palabras, que nadie caiga en una crasa interpretación material, pues nuestro discurso versa sobre el alma y sobre su salvación. Y es que ni siquiera el bienaventurado Pablo, aquella alma cuya altura toca el cielo, cuando decía: Os he desposado a un solo marido, para presentaros a Cristo como virgen intacta¹⁷⁹, no quería darnos a entender otra cosa sino que había unido, como virgen intacta a Cristo, las almas que se acercan a la piedad.

5. Por consiguiente, puesto que sabemos muy bien esto, aprendamos con toda claridad cuál fue la anterior fealdad del alma, para que admiremos la bondad del Señor. Efectivamente, ¿qué mayor disformidad podía haber que la de esta alma que, abandonando su propia dignidad y olvidándose de su noble nacimiento de arriba, hace alarde de su culto a los ídolos de piedra y madera, a los animales irracionales y a objetos aun más indignos, y por efecto del grasiento vapor de la sangre sucia y del humo¹⁸⁰, sigue acrecentando su fealdad? Porque de ahí nace luego el abigarrado enjambre de los placeres, las orgías, las borracheras, los desenfrenos¹⁸¹: de todas las desvergonzadas conductas que son la alegría de los demonios a los que sirven.

6. Pero el Señor en su bondad, al ver al alma en semejante estado y, por así decirlo, abismada en el fondo mismo del mal, sin tener en cuenta su fealdad, ni el exceso de su miseria, ni la enormidad de sus males, la acogió desnuda y desheredada, mostrando así el exceso de su propia bondad. Y tal disposición la pone de manifiesto cuando por medio del profeta, dice: Escucha, hija, mira e inclina tu oído: olvida tu pueblo y la casa de tu padre, y el rey se prenderá de tu belleza¹⁸².

7. Ya ves cómo muestra su peculiar bondad desde los mismos comienzos, pues se digna llamar hija a la que así se había rebelado y se había entregado a los impuros demonios. Y no sólo esto, sino que tampoco pide cuentas de las faltas cometidas, ni exige satisfacción, antes bien, únicamente la anima y exhorta a aplicar el oído y a aceptar la exhortación y el aviso, y la ordena que se olvide de lo ya hecho.

8. ¿Has visto la inefable bondad? ¿Ves la exageración de su solicitud? Porque el santo David decía aquello entonces como hablando a todo el universo, que se hallaba en mala situación, pero ahora es el momento oportuno de que también nosotros, dirigiéndonos a los que desean el yugo de Cristo y acuden corriendo a esta leva espiritual, gritemos esto mismo y digamos a cada uno de los aquí presentes, cambiando un poquito el dicho del profeta: “Olvidaos, vosotros, los nuevos soldados de Cristo, de todo lo anterior: dad al olvido las malas costumbres. Escuchad y aplicad el oído, y haced caso de este óptimo aviso”.

9. Escucha, hija -dice-, y mira, e inclina tu oído: olvida tu pueblo y la casa de tu padre. Ya ves que el profeta dirigió a todo el universo la misma exhortación que hoy dirigimos, también nosotros, a vuestra caridad, pues, al decir: Olvida tu pueblo, quiso dar a entender la idolatría, el error y el culto a los demonios; y la casa -dice- de

tu padre: esto es, olvida tu anterior comportamiento que te condujo a esta disformidad. Olvídate de todo ello, y arroja de tu mente todo preconceito de esa índole. Porque, con sólo que hagas esto y renuncies a tu pueblo y a la casa de tu padre, es decir, a la vieja levadura y a la maldad en que habías consumido y destruido la lozanía de tu alma junto con la del cuerpo, el rey se prenderá de tu belleza.

10. ¿Estás viendo, querido, que se trata del alma? Efectivamente, la fealdad natural del cuerpo nunca podría cambiarse en belleza, pues el Señor dispuso que lo natural fuese inamovible e inmutable. En cambio, por lo que hace al alma, esa mutación es factible, incluso muy fácil. ¿Cómo y por qué? Porque en todo depende de la libre elección, y no de la naturaleza¹⁸³, y por eso es posible que incluso el alma más disforme y sumamente fea, si con todas sus fuerzas quiere cambiar, vuelva a alcanzar la cima de la belleza y ser de nuevo hermosa y bella, lo mismo que, si se abandona, puede hundirse otra vez en la fealdad más extrema¹⁸⁴. Así pues, el rey se prenderá de tu belleza, si olvidas lo anterior: tu pueblo -dice- y la casa de tu padre.

El gran misterio del matrimonio

11. ¿Ves la bondad del Señor? Por tanto, no en vano ni a bulto comencé mi discurso llamando matrimonio espiritual a este acontecimiento. Y es que, efectivamente, en el matrimonio carnal es imposible que la doncella se una al marido si no es olvidándose antes de sus padres y de quienes la han criado, y transfiriendo su entera voluntad al esposo que va a unirse con ella¹⁸⁵. Por eso también el bienaventurado Pablo, al topar con este tema, llamó al asunto misterio. Efectivamente, después de haber dicho: Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne, tras considerar la grandeza del hecho, exclamó estupefacto: ¡Gran misterio es éste!¹⁸⁶.

12. Y en efecto, grande es, en verdad. Porque, ¿qué entendimiento humano podrá comprender la naturaleza de este hecho, cuando se piensa, efectivamente, que la joven, amamantada y guardada en su aposento y objeto de tanta solicitud por parte de sus padres, cuando llega la hora del casamiento, de golpe y en un solo instante se olvida de los dolores maternos en su alumbramiento, de todos los demás cuidados, de su vida en común, del lazo del amor y de todo, en fin, y toda su voluntad la transfiere a aquel a quien ella nunca viera antes de esa misma anocheada¹⁸⁷, y se produce un cambio de la situación tan considerable que, en adelante, él es todo para ella y le considera padre, madre, esposo y cuanto se quiera, y no tiene el menor recuerdo de quienes la criaron durante tantos años, y en cambio es tan fuerte la unión que, en adelante, ya no son dos, sino uno solo?

13. Previendo esto mismo con su mirada profética, decía el primer hombre: Ésta se llamará mujer, porque del varón ha sido tomada. Por eso el hombre dejará a su padre y a su madre y se juntará a su mujer, y los dos serán una sola carne¹⁸⁸. Lo mismo podría decirse también del varón: también él se olvida de los que le engendraron y de la casa paterna, y se une y se pega a la que en ese mismo anocheecer se casa con él. Y la divina Escritura, para mostrarnos el rigor de la convivencia, no dice: Se unirá a la mujer, sino: Se juntará¹⁸⁹ a su mujer. Y no se contenta con esto, sino que añade: Y serán los dos una sola carne. Por eso Cristo, al aducir este testimonio, decía: De modo que ya no son dos, sino una sola carne¹⁹⁰. ¡Tan intensa -dice- se hace la unión y la conjunción, que los dos son una sola carne! ¿Qué entendimiento, dime, podrá imaginar esto, qué pensamiento comprender lo acontecido? ¿Acaso no decía bien aquel bienaventurado maestro del universo que esto es un misterio? Y tampoco dijo simplemente “un misterio”, sino: ¡Gran misterio es éste!

14. Por consiguiente, si en el campo de las realidades sensibles el matrimonio es un misterio, y un gran misterio, ¿qué podría decirse que fuera digno de este matrimonio espiritual? Por lo demás, mira exactamente como, por ser todo esto de índole espiritual, los hechos ocurren al revés que en las realidades sensibles. Efectivamente, en el matrimonio carnal, a nadie se le ocurriría aceptar el tomar una mujer sin antes haberse afanado en indagar sobre su belleza y la lozanía de su cuerpo, y no sólo eso, sino también, y antes que nada, sobre el buen estado de su fortuna.

15. Aquí, en cambio, nada de eso. ¿Por qué? Porque lo que se realiza es de índole espiritual, y nuestro esposo se apresura a salvar nuestras almas empujado por su bondad. Efectivamente, aunque uno sea disforme y horriblemente feo, aunque sea pobre de solemnidad y de bajo nacimiento, aunque sea un esclavo, un desecho y un tarado corporal, y aunque uno ande abrumado con fardos de pecados, Él no para mientes, en sutilezas, ni indaga, ni pide cuentas. Es un don gratuito, es generosidad, es gracia soberana, y de nosotros solamente pide una cosa: el olvido del pasado y la buena disposición en lo por venir.

El contrato y los regalos del matrimonio espiritual

16. ¿Ves qué exceso de gracia? ¿Ves a qué esposo se unen los que obedecen a la llamada? Pero veamos también, si os parece, los comienzos de este matrimonio espiritual. De igual manera que en los matrimonios carnales se concluye un contrato de dote y se hace entrega de regalos, aportando unos el esposo y otros la que se va a casar, naturalmente era preciso que también aquí se diera algo parecido. Efectivamente, el pensamiento de las realidades corporales hay que trasladarlo a las más divinas y espirituales.

Por consiguiente, ¿cuáles son aquí los contratos dotales? ¿Y qué otra cosa pueden ser, si no son la obediencia y los pactos que van a concluirse con el esposo? ¿Y qué regalos son justamente los que aporta el esposo antes de la boda? Escucha al bienaventurado Pablo, que nos lo enseña y dice así: Maridos, amad a vuestras mujeres como también Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella, con el fin de santificarla purificándola en el baño del agua con su palabra, para prepararse una Iglesia radiante de gloria, sin mancha ni arruga ni nada parecido¹⁹¹.

17. ¿Ves la grandeza de los regalos? ¿Ves el indecible exceso de amor? ¡Cómo también Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella! Nadie hubiera aceptado jamás tal cosa, ¡derramar su sangre por la que va a unirse a él! Y, sin embargo, el bondadoso Señor, imitando su propia bondad, aceptó tamaña y descomunal proeza por causa del mimo con que envuelve a su esposa, para santificarla por medio de su propia sangre y poner ante sí radiante de gloria a la Iglesia, purificada con el baño del bautismo. Por eso derramó su sangre y sufrió la cruz, para otorgarnos por ese medio la gracia de la santificación, purificarnos mediante el baño de la regeneración y poner ante sí radiante de gloria y sin mancha ni arruga, ni nada parecido, a los que antes eran objeto de desprecio y no podían tener la más mínima confianza.

18. ¿Estás viendo cómo, al decir: Con el fin de purificarla y prepararse una Iglesia radiante de gloria, sin mancha ni arruga, nos hizo saber la impureza en que se hallaba antes? Si reflexionáis, pues, sobre todo esto, vosotros, los nuevos soldados de Cristo, no os fijéis en el tamaño de vuestros propios males, ni tengáis en cuenta el exceso de vuestros pecados; mejor aun, aunque logréis calcularlo con exactitud, no por eso vaciléis, al contrario: sabedores como sois de la munificencia del Señor, del exceso de su gracia y de la grandeza de su don, todos cuantos habéis sido considerados dignos de recibir aquí el derecho de ciudadanía, acercaos con la mayor buena voluntad y, renunciando a todo lo pasado, empeñad sin reservas vuestra mente en demostrar vuestro cambio.

La profesión de fe en la Trinidad

19. Y ya que conocéis bien vuestra disposición y vuestro estado al acercarse a vosotros el Señor sin pedir os cuentas de vuestras fechorías y sin hacer averiguaciones de vuestros pecados, contribuid también vosotros personalmente confirmando vuestra confesión de fe en Él, no tan sólo con la lengua, sino también con la mente. Porque -dice- con el corazón se cree para lograr la justicia, en cambio con la boca se confiesa la fe para conseguir la salvación¹⁹². Efectivamente, es necesario que el pensamiento esté sólidamente arraigado en la piedad de la fe, y que la lengua proclame por medio de la confesión de fe la firmeza del pensamiento.

20. Por consiguiente, ya que el fundamento de la piedad es la fe, ¡ea!, dialoguemos juntos un poco sobre ella, para que, una vez puesto el cimiento inquebrantable, podamos luego levantar con seguridad todo el edificio. Es, pues, obligatorio que los que se alistan en esta particular milicia, la espiritual, crean en el Dios del universo, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, causa de todas las cosas, el

inefable, el incomprensible, el que no puede ser explicado con la palabra ni con la mente, el que creó todas las cosas por amor al hombre y por bondad.

21. Y también en nuestro Señor Jesucristo, su único Hijo, en todo semejante e igual al Padre, con una semejanza de total identidad con Él, consubstancial, pero manifestado en su propia persona¹⁹³, que de Él procede de manera misteriosa, anterior a los tiempos y creador de los siglos todos, pero que en los últimos tiempos y por causa de nuestra salvación tomó la forma de esclavo, se hizo hombre, convivió con la naturaleza humana, fue crucificado y resucitó al tercer día.

22. Porque es necesario que tengáis estas verdades clavadas en vuestra mente, para no ser juguete de los engaños diabólicos, antes bien, en caso de que los hijos de Arrio¹⁹⁴ quieran ponerlos la zancadilla, vosotros sepáis con toda claridad que debéis taparos los oídos para todo cuanto ellos os digan y a la vez responderles con toda libertad mostrándoles que el Hijo es igual al Padre según la substancia. Él mismo, efectivamente, es quien ha dicho: Igual que el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere¹⁹⁵, y en todo está mostrando que tiene el mismo poder que el Padre.

Y si desde otro lado Sabelio¹⁹⁶ quiere corromper las sanas creencias, amuralla también contra él tus oídos, querido, y enséñale que la substancia del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo es una, ciertamente, pero que las personas son tres. En efecto, ni el Padre podría ser llamado Hijo, ni el Hijo Padre, ni el Espíritu Santo otra cosa que esto mismo, y sin embargo, cada uno, permaneciendo en su propia persona, posee el mismo poder.

23. Porque es necesario que en vuestra mente se clave lo siguiente: que el Espíritu Santo es de la misma dignidad, como Cristo decía también a sus discípulos: Id, haced discípulos de todas las naciones, y bautizadlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo¹⁹⁷.

24. ¿Ves qué cabal profesión de fe? ¿Ves qué doctrina, sin ambigüedad alguna? Que nadie te turbe en adelante introduciendo en los dogmas de la Iglesia averiguaciones de sus propios razonamientos y queriendo enturbiar las rectas y sanas creencias. Rehúye más bien la compañía de tales gentes, como el veneno de las drogas.

Efectivamente, peores que éste son aquellos, pues el veneno detiene su daño en el cuerpo, y en cambio aquellos echan a perder la misma salvación del alma. Por eso ya de entrada y desde el principio conviene que rehuyáis las conversaciones de esa índole con ellos, sobre todo hasta que, andando el tiempo y bien equipados ya con armas espirituales, cuales son los testimonios sacados de la divina Escritura, podáis vosotros amordazar su lengua desvergonzada.

El yugo de Cristo, manso y humilde de corazón

25. Y es que, sobre los dogmas de la Iglesia, queremos que mostréis esa misma exactitud, y que los tengáis bien fijos en vuestras mentes. Ahora bien, como quiera que quienes hacen gala de una fe así conviene que resplandezcan también por la conducta en las obras, se hace necesario enseñar también sobre esto a los que van a ser considerados dignos del regio don, y así sabréis que no hay pecado tan grande que pueda vencer a la generosidad del Señor.

Al contrario, ya puede uno ser un lujurioso, un adúltero, un afeminado, un invertido, un prostituido, un ladrón, un avaro, un borracho o un idólatra: el poder del don y la bondad del Señor son tan grandes, que pueden hacer desaparecer todo eso y volver más resplandeciente que los rayos del sol al que muestra un mínimo de buena voluntad.

26. Considerando, pues, el don superexcelso de la bondad divina, id preparándoos ya, no sólo para absteneros del mal, sino también para la práctica de las buenas obras, pues a ello os exhorta también el profeta cuando dice: Apártate del mal y haz el bien¹⁹⁸. Y el mismo Cristo, a su vez, dirigiéndose a toda la humana naturaleza, decía: Acercaos a mí todos los que estáis cansados y abrumados, que yo os aliviaré; cargad con mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis alivio para vuestras almas¹⁹⁹.

27. ¿Visteis mayor sobreabundancia de bondad? ¿Veis la generosidad de la llamada? Acercaos a mí -dice- todos los que estáis cansados y abrumados: ¡Amorosa la llamada! ¡Inefable la bondad! Acercaos a mí todos: no solamente los que mandan, sino también los mandados; no solamente los libres sino también los esclavos; no solamente los hombres, sino también las mujeres; no solamente los jóvenes, sino también los ancianos; no solamente los de cuerpo sano, sino también los lisiados y tullidos, todos -dice- acercaos. Tales son, efectivamente, los dones del Señor: no conoce diferencia entre esclavo y libre, ni entre rico y pobre, sino que toda esta desigualdad está desechada: Acercaos -dice- todos los que estáis cansados y abrumados.

28. Mira a quienes llama: a los que se han agotado por completo en las iniquidades, a los que están abrumados por los pecados, a los que ni siquiera pueden ya levantar la cabeza, a los que están muertos de vergüenza, a los que más privados están de confianza para hablar²⁰⁰. ¿Y por qué los llama? No para pedirles cuentas, ni para establecer un tribunal. Entonces, ¿para qué? Para hacerles descansar de su fatiga, para quitarles su pesada carga. Y es que, ¿podría darse algo más pesado que el pecado? Éste, efectivamente, por más que tantas veces nosotros no lo sintamos o queramos ocultarlo al común de las gentes, es el que despierta contra nosotros al juez incorruptible que es nuestra conciencia, y ella, en perenne alerta, va haciendo que nuestro dolor sea continuo, como un verdugo que desgarrar y ahoga a la mente, mostrando así la enormidad del pecado. “A los que están, pues, abrumados por el pecado -dice- y como doblegados por una carga, a éstos los aliviaré agraciándoles

con el perdón de sus pecados. Únicamente, ¡acercaos a mí!”. ¿Quién será tan de piedra, quién tan empecinado que no obedezca a una llamada tan bondadosa?

29. Luego, para enseñarnos también de qué modo alivia, añadía: Cargad con mi yugo sobre vosotros. “Entrad -dice- bajo mi yugo. Pero no os asustéis al oír yugo, porque este yugo ni roza el cuello ni hace abajar la cabeza, al contrario, enseña a pensar en las cosas de arriba y forma en la verdadera filosofía”²⁰¹. Cargad con mi yugo sobre vosotros, y aprended: “Únicamente, entrad bajo el yugo y aprended. Aprended, es decir: aplicad el oído, para poder aprender de mí”. “Efectivamente, no voy a exigir a vosotros nada pesado: vosotros, mis esclavos, imitadme a mí, vuestro amo; vosotros, que sois tierra y polvo, emuladme a mí, hacedor del cielo y de la tierra, creador vuestro: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.

La imitación de Cristo

30. ¿Ves la condescendencia del Señor? ¿Ves su inconcebible bondad? No nos ha exigido algo pesado y odioso. Efectivamente, no dijo: “Aprended de mí que obré prodigios, que resucité muertos, que hice milagros”: todo esto era propio únicamente de su poder. Entonces, ¿qué? Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis alivio para vuestras almas. ¿Ves cuán grandes son el provecho y la utilidad de este yugo?

Por tanto, el que haya sido considerado digno de entrar bajo este yugo y es capaz de aprender del Señor a ser manso y humilde de corazón obtendrá para su alma todo el alivio. Éste es, efectivamente, el punto capital de nuestra salvación: quien es poseedor de esta virtud, aunque esté unido al cuerpo, podrá rivalizar con los poderes incorpóreos y no tener ya nada en común con lo presente.

31. En efecto, el que imita la mansedumbre del Señor no se irritará ni se soliviantará contra su prójimo. Y si alguien la emprende a golpes con él, dirá: Si he hablado mal, muestra en qué está la falta, pero, si he hablado bien, ¿por qué me pegas?²⁰². Y si alguien le moteja de endemoniado, responde: ¡Yo no tengo demonio!²⁰³, y nada de cuanto se aduzca logrará hincar el diente en él. Este hombre desdeñará toda gloria de la vida presente, y nada de lo visible le cautivará: en adelante poseerá, efectivamente, otros ojos. El que se ha hecho humilde de corazón jamás podrá envidiar los bienes del prójimo. Un hombre así no robará, ni será avaro, ni ansiará riquezas, al contrario, incluso dejará lo que tiene y pondrá de manifiesto su gran compasión para con su semejante. Tampoco arruinará el matrimonio ajeno. Y es que quien entra bajo el yugo de Cristo y aprende a ser manso y humilde de corazón pondrá de manifiesto en cada circunstancia toda virtud e irá siguiendo las huellas del Señor.

32. Entremos, pues, bajo este provechoso yugo y echémonos encima esta ligera carga, y así podremos también hallar descanso. El que entra bajo este yugo debe olvidarse por completo de su antigua conducta y mostrar rigurosa vigilancia de los ojos, porque, dice: El que fija su mirada en una mujer para desearla, ya adulteró con

ella en su corazón²⁰⁴. Por eso es necesario imponer seguridad a las sensaciones visuales no sea que a través de ellas trepe la muerte. Pero no sólo de los ojos, que también de la lengua es preciso mostrar mucha vigilancia, pues muchos -dice- cayeron a filo de espada, mas no tantos como los caídos por obra de la lengua²⁰⁵. Preciso es también refrenar las demás pasiones que se van engendrando, asentar la mente en la calma y desterrar la cólera, la ira, el rencor, la enemistad, la envidia, los deseos aberrantes, toda clase de libertinaje y todas las obras de la carne, que son, dice,²⁰⁶: adulterio, fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, enemistad, discordia, envidias, borracheras, orgías.

33. Es, pues, necesario²⁰⁷ eliminar todo esto y empeñarse en conseguir el fruto del Espíritu: amor, alegría, paz, entereza de ánimo, agrado, honradez, bondad, mansedumbre, templanza²⁰⁸. Si así purificamos nuestra mente, haciéndonos eco de las enseñanzas de la piedad²⁰⁹, ya desde ahora podremos ponernos totalmente a punto y así hacernos dignos de recibir el don en toda su grandeza y de guardar los bienes que nos han dado.

El verdadero adorno de la mujer

34. Que nadie en adelante se me inquiete por los adornos externos, ni por la fastuosidad de los vestidos, sino que todo el cuidado se trasmute al embellecimiento del alma, de modo que su belleza resulte más radiante. ¡Fuera de mi vista los trajes de seda, las borlas²¹⁰, los collares de oro! Porque el mismo maestro del universo, buen conocedor de la blandura del natural femenino y de su lábil voluntad, no vaciló en dar órdenes también sobre estas cosas. ¿Qué digo: que no rehusó enseñarnos sobre estas cosas? Al aconsejar sobre los atavíos²¹¹, dice a voz en grito: Sin trenzas en el pelo, sin oro, sin perlas ni trajes suntuosos, como si más o menos quisiera enseñarnos esto: “Mujer, ¿quieres acicalarte para ser requebrada de cuantos te miren?²¹² Yo voy a incitar, no ya a los hombres, tus congéneres, sino al mismo Señor del universo, para que te alabe y te aclame.

35. Y ya que el Apóstol desechó el atavío ese que se compone de trenzas, de oro, de perlas y de trajes suntuosos, veamos ahora qué clase de adorno le atribuye. Efectivamente, ese adorno que se compone de oro y de vestidos, aunque logre algún tanto encantar a la que se los pone, con el tiempo se desgasta. ¿Digo que se desgasta? ¡Incluso antes de que el tiempo lo desgaste excita la mirada de los envidiosos e invita a los malhechores a robarlo! En cambio, el adorno que el Apóstol le atribuye no se puede robar, ni se desgasta, ni falta: permanece con nosotros acá y es compañero de viaje allá, y nos proporciona una gran confianza²¹³.

36. Pero es preciso escuchar las palabras mismas del Apóstol. ¿Qué dice, pues? Sino como conviene a mujeres que se profesan piadosas: con buenas obras²¹⁴. “Pórtate - dice- de manera digna de tu profesión: adórnate con las buenas obras. Que la práctica del bien sea imitación de tu profesión: profesas la piedad para con Dios, practica lo que le agrada: las buenas obras”. Pero, ¿qué significa: con buenas obras? Quiere decir el conjunto integral de la virtud: el desdén por los bienes presentes, el deseo de los futuros, el desprecio de las riquezas, la abundancia generosa para con los pobres, la modestia, la mansedumbre, la filosofía²¹⁵, el sosiego y la paz del alma, y el rechazo de cualquier arrebató de pasión por la gloria de la vida presente, manteniendo en cambio la mirada tensa hacia arriba, estando continuamente preocupado por las cosas de allá y anhelando la gloria de allá.

37. Mas, como quiera que ahora estoy dirigiéndome sobre todo a las mujeres, quiero además hacerles a ellas alguna otra recomendación, de modo que, junto con otras cosas, puedan abstenerse también de la nociva costumbre de enjalbegarse la cara y de usar postizos como si la creación fuera defectuosa, para no ultrajar al Creador. Pues, ¿qué haces, mujer? ¿Es que, efectivamente, a fuerza de cosméticos y de coloretes puedes añadir algo a tu belleza natural o cambiar tu fealdad natural? Por esos medios no añadirás nada a aquélla, y en cambio destruirás la belleza de tu alma, porque este desmedido esmero es testimonio de la molicie interior. Sobre todo, por ese medio, vas acrecentando enormemente el fuego contra ti misma, pues excitas las miradas de los jóvenes, te llevas los ojos de los licenciosos y creas perfectos adúlteros, con lo que te haces responsable de la ruina de todos ellos.

38. Por tanto, lo conveniente y provechoso es abstenerse por completo de eso. Pero, si se niegan las que son presa de esa mala costumbre, que por lo menos se abstengan cuando se llegan a la casa de oración. Pues, dime, ¿por qué te arreglas así cuando vienes a la iglesia? ¡No será porque sea esa la belleza que busca el que tú vienes a adorar y a quien vas a confesar tus pecados!

La belleza que Él busca es la interior, la práctica de las buenas obras: la limosna, la templanza, la compunción, la fe rigurosa. En cambio tú, dejando todo esto, te propones hacer caer a muchos desidiosos, incluso en la iglesia. ¿Y cuántos rayos no merece esto? ¡Estás atracando en el puerto, y tú misma te propones un naufragio! ¡Acudes al médico para curar tus llagas, y vuelves con ellas agrandadas! ¿Qué perdón

tendrás en adelante? Pero si antes hubo algunas con tanta desidia respecto de su propia salvación, que por lo menos ahora se dejen convencer y se aparten de esa ruina, porque, si el Apóstol²¹⁶ prohibió el uso de vestidos suntuosos, con mucha mayor razón el de cosméticos y coloretes.

Contra los agüeros, sortilegios y espectáculos

39. Además de esto, yo exhorto a hombres y mujeres a que rehúyan totalmente los agüeros y los sortilegios. Sandez de griegos y de quienes todavía son presa del error es, efectivamente, el estar en vilo por el graznido de un cuervo, por el ruido del ratón o por el crujido de una viga; el acoger con placer los encuentros con gentes de torpe vida y en cambio rehuir los de personas piadosas y dignas, por considerarlas causa de innumerables males²¹⁷. ¡Mira cuántas son las artimañas del diablo! Porque no sólo quiere que estemos privados de la virtud y que nos inclinemos a la maldad, sino que busca también inculcarnos odio y hacernos dar la espalda a los que siguen la virtud. Y aún más: no sólo quiere que busquemos lo perverso, sino que se empeña en urgirnos a familiarizarnos con ello, disponiéndonos para que el placer acompañe a nuestro encuentro.

40. No penséis que esto es de poca o de ninguna importancia, al contrario, es bastante para hundir vuestras almas y llevarlas hasta el fondo mismo de la maldad. Ésta es, efectivamente, la insidiosa intención del perverso demonio: hacer caer, valiéndose incluso de las cosas pequeñas. Pero vosotros, los nuevos soldados de Cristo, hombres y mujeres -pues este ejército de Cristo no conoce distinción de sexo-, tronchando ya desde ahora toda costumbre de semejante índole, en la idea de que vais a recibir al Rey del universo, purificad vuestras mentes de tal manera que ni la más mínima suciedad venga a ensombrecer vuestros pensamientos.

41. Si, por otra parte, alguien tiene algún enemigo, que se reconcilie con él, pensando en qué bienes va a recibir de parte del Señor, aun estando él mismo inmerso en tantos y tan grandes pecados, y perdone al prójimo los agravios que de él haya recibido. Pues dice la Escritura: Que nadie entre vosotros trame males contra el prójimo en su corazón²¹⁸. Por tanto, si alguien tiene pagarés con intereses acumulados, que los haga trizas, pues dice: Un contrato injusto, rásgalo²¹⁹.

42. Y antes que nada, acostumbrad a vuestra lengua a conservarse limpia de juramentos: no hablo ya de los perjurios, sino incluso de los juramentos que se hacen sin tan ni son, inútilmente y para daño de los que juran. Dice, efectivamente: Se mandó: No juréis en falso. Pero yo os digo que no juréis en absoluto²²⁰. Escuchaste

bien: No juréis en absoluto, así que, en adelante, no te empeñes en discutir las leyes que vienen del Señor, al contrario, obedece a quien da las órdenes, y en todo momento purifica tu mente.

43. No hagas caso alguno ya de las carreras de caballos ni del inicuo espectáculo de los teatros, pues también eso enardece la lascivia; ni tampoco del inhumano placer de las luchas con fieras. Pues, dime, ¿qué placer hay en ver a tu semejante, que comparte tu misma naturaleza, despedazado por las fieras salvajes? ¿Y no tiemblas de espanto y de miedo a que un rayo caiga de lo alto y abraza tu cabeza? Tú eres, efectivamente, quien, por así decirlo, aguzas los dientes de la fiera: por tu parte, al menos con tus gritos, también tú cometes el crimen, no con las manos, pero sí con la lengua.

Respeto al nombre cristiano

44. Os lo suplico: ¡No seáis tan despreocupados al decidir sobre vuestra propia salvación!.

Piensa en tu dignidad, y siente respeto. Porque, si por una dignidad humana uno se siente orgulloso y muchas veces se abstiene de realizar algún acto para no ultrajar dicha dignidad, tú que estás a punto de obtener tamaña dignidad, ¿no debes presentarte ya respetándote a ti mismo? En realidad, tu dignidad es tal, que te acompaña a lo largo del siglo presente y te sigue en el viaje a la vida futura. ¿Y qué dignidad es esa? En adelante oirás llamarte cristiano, por la bondad amorosa de Dios, y fiel²²¹. Mira que no es una sola dignidad, sino dos: dentro de muy poco, vas a revestirte de Cristo, y conviene que obres y decidas todo pensando que Él está contigo en todas partes.

45. ¿O es que no ves a los dirigentes políticos, cómo se afanan en cuanto se han calado un traje con las insignias imperiales? Y por ello quieren que se les rindan mayores honores, y disfrutan de escolta. Por consiguiente, si estos hombres quieren ser respetados por el hecho de llevar la insignia prendida sobre el vestido, con mucha mayor razón tu que estás a punto de revestir a Cristo mismo, pues dice: Pondré mi morada entre vosotros y caminaré con vosotros, y seré vuestro Dios²²².

46. Rehuid, pues, todos estos perversos atractivos del diablo, y nada preferáis a vuestra entrada en la Iglesia. Y junto con la abstinencia de alimentos y abstención del mal, haya en vosotros un gran celo por la virtud. Y repartamos todo el tiempo del día entre oraciones y acción de gracias, de una parte, y en lecturas y compunción del alma, de otra, y que todo nuestro empeño sea no tener más conversación que sobre las realidades espirituales. Mucho rigor de disciplina necesitamos para no quedar atrapados por los lazos del Maligno, pues, si hemos de rendir cuentas por una palabra ociosa, con cuánta mayor razón por las chácharas intempestivas, por las conversaciones terrenales.

47. Por consiguiente, si tal es vuestra inquietud y os preocupáis por la salud de vuestras almas, no sólo inclinaréis a Dios hacia una mayor benevolencia, sino que

vosotros mismos disfrutaréis de una confianza más cumplida, y nosotros seguiremos con gran ánimo la tarea de enseñar, conscientes de que estas semillas espirituales las vamos dejando caer en oídos bien dispuestos y en terreno enjundioso y feraz. ¡Ojalá también vosotros seáis considerados dignos del abundante don que viene de Dios, y nosotros podamos alcanzar su amorosa bondad, por la gracia y las misericordias de su Hijo unigénito,

CATEQUESIS 6

La extraordinaria generosidad de Dios

1. Pues bien, conversemos un poquito nuevamente con los que se han inscrito en la propiedad de Cristo, y mostrémosles tanto el poder de las armas que están a punto de recibir como la inefable bondad que en favor del género humano muestra el Dios amador de los hombres, y así podrán acercarse con gran fe y plena seguridad, y gozar con más abundancia de su generosidad. Pues considera, querido, el exceso de su bondad ya desde los mismos comienzos. Efectivamente, si juzga dignos de don tan grande a los que aún no han trabajado, ni han mostrado nobleza alguna, y si perdona las faltas cometidas en todo tiempo; si vosotros, bien dispuestos después de tanta generosidad, queréis contribuir con lo que está en vuestras manos, ¿de qué recompensa no es de razón que seáis considerados dignos por parte de ese Dios de bondad?

2. Ciertamente, en los asuntos humanos, jamás se pudo ver algo parecido, al contrario, muchos, después de numerosos trabajos y de sufrimientos soportados con la esperanza de las recompensas, regresan a casa tantas veces con las manos vacías, bien porque aquellos de quienes se esperaba la recompensa se han vuelto ingratos para con los que han padecido tantas fatigas, bien incluso, muchas veces, porque fueron arrebatados prematuramente de en medio y no pudieron cumplir su propósito. En cambio, respecto de nuestro Señor, no sólo no es posible sospechar nada por el estilo, sino que incluso antes de comenzar nosotros los trabajos y de mostrar nuestra colaboración, ya se adelanta Él a dar pruebas de su propia generosidad, con el fin de inducirnos, a fuerza de beneficios, a tener cuidado de nuestra propia salvación.

La bondad de Dios para con el hombre

3. Así es, pues, cómo desde el más remoto comienzo²²⁵ Dios continuó colmando de bienes al género humano. Efectivamente, apenas formó al hombre, ya le hizo habitar en el paraíso y le obsequió con aquella vida libre de fatigas, a la vez que le permitió disfrutar de todo cuanto había en el paraíso, con la excepción de un solo

árbol. Pero él, por intemperancia²²⁶ y engañado por la mujer, pisoteó el mandato que se le había dado y atentó contra honor tan grande.

4. Sin embargo, mira también aquí la grandeza de la bondad divina para con el hombre. Efectivamente, lo justo hubiera sido que a quien tan ingrato era respecto de los beneficios con que él se había anticipado a colmarle, lo considerase indigno de todo perdón y lo dejara fuera de su Providencia. Pues bien, no sólo no hizo esto, sino que, igual que un padre tiernamente amoroso y que tiene un hijo rebelde, movido por la natural ternura de su amor, no le abrumba con los reproches que su falta merece, ni tampoco le perdona del todo, sino que le reprende moderadamente para que no vaya a dar en mayor maldad, así también Dios en su bondad: cuando el hombre mostró abiertamente su desobediencia, ciertamente lo expulsó de aquel género de vida, pero, reprimiendo para en adelante su arrogancia, para evitar que cayese en rebeldía mayor, lo condenó al trabajo y al sufrimiento, poco menos que diciéndole:

5. “La gran relajación y la sobrada licencia te indujeron a tan grave desobediencia y te hicieron olvidar mis mandamientos, y el no tener nada que hacer te predispuso para pensar cosas que sobrepasan tu propia naturaleza, ya que la ociosidad enseña toda maldad²²⁷. Por eso te condeno al trabajo y al sufrimiento, para que, mientras labras la tierra, estés constantemente recordando, no sólo tu desobediencia, sino también la miseria de tu propia naturaleza. Efectivamente, ya que soñaste fantásticas grandezas y no quisiste permanecer en tus propios límites, quiero que vuelvas de nuevo a la tierra de la que fuiste sacado, porque tierra eres -dice- y a la tierra volverás²²⁸”.

6. Y para intensificarle el dolor y hacerle sentir vivamente su caída, no le domicilió lejos, sino cerca del paraíso. Pero le cerró el paso de entrada en él, para que, viendo cada día de qué bienes fue desposeído por su propia negligencia, se aprovechara de la continua advertencia y en adelante fuera más firme en la guarda de los mandamientos recibidos. Efectivamente, mientras estamos disfrutando de los bienes, no nos damos cuenta, como deberíamos, del beneficio que se nos hace, pero, en cuanto nos vemos privados de ellos, entonces, por el nuevo hecho de la pérdida, lo sentimos mucho más y sufrimos por ello mayor dolor. Es justamente, lo que entonces sucedió al primer hombre.

7. Sin embargo, para que conozcas, no solamente la maquinación del malvado demonio, sino también la sabiduría y habilidad de nuestro Señor, considera de una parte qué es lo que el diablo quiso hacer al hombre por medio de su engaño, y de otra, qué bondad le demostró su Señor y protector. Efectivamente, aquel perverso demonio, envidioso de su estancia en el paraíso, con la esperanza de una mayor promesa le despojó incluso de lo que tenía en mano, ya que, tras empujarle a imaginarse ser igual a Dios, le condujo al castigo de la muerte. Tales son, efectivamente, sus cebos, y no sólo nos arrebató los bienes que tenemos en mano, sino que además intenta empujarnos hacia un precipicio aún mayor. En cambio, el Dios de

bondad ni siquiera en tales condiciones se desentendió del género humano, sino que, mostrando al diablo lo inútil de su empresa y al hombre las pruebas de lo mucho que de él se cuida, le hizo a éste, mediante la muerte, donación de la inmortalidad. Míralo bien: aquél lo expulsó del paraíso; en cambio el Señor lo introdujo en el cielo: la ganancia supera al castigo.

8. Sin embargo, como os decía al comienzo -y por ello también me vi arrastrado a decir lo anterior-, si al que fue un desagradecido respecto de tan grandes beneficios, Dios le juzgó una vez más, digno de tan gran bondad como la suya, si vosotros los soldados de Cristo, os aplicáis con empeño a ser agradecidos por estos inefables dones recibidos y estáis en vela continua para guardarlos, ¿cuán grande no será, dime, la recompensa que de Él conseguiréis después de guardarlos? Él es, efectivamente, quien tiene dicho: Al que tiene se le dará, y le sobrarán²²⁹. Y es que quien se hace digno de lo que ya se le ha dado, justo es que disfrute también de bienes mayores.

Los ojos de la fe

9. Por consiguiente, cuantos habéis sido considerados dignos de ser inscritos en este celestial libro aportad una fe generosa y una razón firme. Efectivamente, lo que aquí acontece necesita de la fe y de los ojos del alma, para no atender sólo a lo que se ve, sino, partiendo de esto, imaginarse lo que no se ve. Porque tales son los ojos de la fe, ya que, de la misma manera que los ojos del cuerpo únicamente pueden ver lo que cae bajo el sentido, así también los ojos de la fe, pero, al contrario que aquellos, no ven nada en absoluto de lo visible, sino que ven lo invisible como si lo tuvieran ante ellos. Y es que la fe es esto: adherirse a lo que no se ve, como si estuviéramos viéndolo, pues dice: Fe es fundamento de lo que se espera, prueba de realidades que no se ven²³⁰.

10. ¿Qué significa entonces lo que estoy diciendo, y por qué tengo dicho: no aplicar la mente a lo que se ve sin poseer ojos espirituales? Pues para que, al ver la piscina del agua y la mano del sacerdote²³¹ posada sobre tu cabeza, no pienses que aquélla es simplemente agua y que únicamente la mano del gran sacerdote se posa sobre tu cabeza. ¿No tenía yo razón al decir que necesitamos de los ojos de la fe en orden a creer lo que no vemos, sin la menor sospecha de materialidad?²³².

11. En realidad, el bautismo es sepultura y resurrección: Efectivamente, el hombre viejo es sepultado junto con el pecado, y resucita el nuevo, renovado a imagen de su creador²³³. Nos desnudamos y nos vestimos: nos desnudamos del viejo traje, ensuciado por la muchedumbre de nuestros pecados, pero nos vestimos el nuevo, limpio de toda mancha. Pero, ¿qué estoy diciendo? Nos revestimos de Cristo

mismo: Porque -dice- todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estéis vestidos²³⁴.

Finalidad y simbolismo del exorcismo

12. Mas, como quiera que ya está a la puerta el momento en que vais a gozar de tan grandes dones, ¡jea! en la medida de lo posible os enseñaremos las causas de cada uno de los actos, para que podáis saberlas y os retiréis de aquí dueños de una certidumbre mayor. Es, pues, necesario que sepáis por qué motivo, después de la instrucción cotidiana, os enviamos a las voces de los que os exorcizan. Esto, efectivamente, no ocurre porque sí y al azar, sino que, puesto que vais a recibir de huésped al Rey celestial, por esa razón, después de nuestra amonestación, os reciben los que están designados para esto, y como quien prepara la casa para un rey que está para llegar, así ellos purifican vuestra mente mediante aquellas terribles voces con que destierran de ella toda maquinación del Maligno y la tornan digna de la presencia del Rey.

Efectivamente, es imposible que un demonio, por feroz y cruel que sea, no se aparte a toda prisa de vosotros después de aquellas terribles voces y de la invocación del común Señor de todas las cosas. Por otra parte, junto con esto, el acto mismo deposita en el alma una gran piedad y la conduce a una copiosa compunción.

13. Y lo admirable y paradójico es que aquí se elimina toda desigualdad y toda diferencia de honores: efectivamente, si ocurre que uno se halla investido de una dignidad mundana o envuelto por el halo de la riqueza, o se ufana de su cuna o de la gloria de su vida presente, también éste queda en las mismas condiciones que el mendigo y el andrajoso, y- como tantas veces- que el ciego y el cojo, y no se enfada por ello, pues sabe que en lo espiritual todo eso está eliminado y que sólo se busca la buena disposición del alma.

14. ¡Así de grande es el provecho que producen aquellas terribles y admirables voces e invocaciones! En cambio, el gesto de llevar descalzos los pies y de extender las manos significa algo distinto. De igual manera que los que sufren la cautividad de acá muestran también por sus gestos la tristeza del infortunio que los atenaza, así también éstos, cautivos del diablo: puesto que están a punto de ser liberados de la tiranía de éste y de entrar bajo el yugo beneficioso, comienzan por recordarse a sí mismos, por ese gesto, su anterior condición, para así poder saber de quién son liberados, pero también hacia quién se apresuran, y tener en esto mismo la base para un mayor agradecimiento y una mejor disposición.

Los padrinos del bautismo

15. ¿Queréis que además dirijamos la palabra a los que responden de vosotros, para que ellos también puedan saber de qué recompensas se hacen dignos si demuestran gran preocupación por vosotros, y qué condena se les seguirá si os descuidan?²³⁵. Considera, querido, a los que salen fiadores de alguien en asuntos de

dinero: ellos están sujetos a un peligro mayor que el mismo que ha de rendir cuentas y recibe el dinero. Efectivamente, si el que toma el préstamo se muestra bien dispuesto, aligera la carga de su fiador, pero, si en cambio resulta ingrato ¡vaya catástrofe que le prepara! Por eso cierto sabio exhorta diciendo también: Si has dado fianza, tente por deudor²³⁶.

Por consiguiente, si los que salen fiadores de alguien en asuntos de dinero ellos mismos se hacen responsables de la integridad de la suma, con mayor razón los que salen fiadores de alguien en asuntos espirituales y en el compromiso de la virtud deben dar prueba de una gran vigilancia y exhortar, aconsejar, enmendar y mostrar cariño de padres.

16. Y no vayan a pensar que lo que se hace es casual, sino sepan con toda exactitud que entrarán a la parte de la buena fama si por medio de sus personales advertencias los van llevando de la mano hacia el camino de la virtud, pero que, si son descuidados, sobre ellos caerá muy grave condena. Por esta razón, efectivamente, es también costumbre llamar a los tales padres espirituales: para que por los hechos mismos aprendan qué gran cariño deben mostrarles al instruirlos en lo espiritual. En efecto, si bueno es ir encaminando al celo de la virtud a los que nada tienen que ver con nosotros, con mucha mayor razón debemos cumplir el mandato respecto de aquel que acogemos en calidad de hijo espiritual. También vosotros, los fiadores, habéis aprendido así que no es pequeño el peligro que pende sobre vosotros si sois negligentes.

Sentido de la renuncia a Satanás

17. Pero vengamos ya a dialogar con vosotros acerca de los misterios mismos y de los pactos que van a ser concluidos entre vosotros y el Señor. Efectivamente, como en los negocios de esta vida, cuando uno quiere confiar a alguien sus asuntos es necesario que se estipulen documentos entre el que otorga la confianza y el que la recibe, de la misma manera también aquí, puesto que estáis a punto de que se os confíe de parte del Señor del universo, no unas realidades perecederas ni corruptibles ni caducas, sino espirituales y celestiales. Por esto, efectivamente, se llama fe también, puesto que nada tiene de visible y en cambio todo puede ser escrutado con los ojos del espíritu. Realmente se hace necesario que intervenga la conclusión de pactos, no en papel y con tinta, sino en Dios mediante el Espíritu, porque, efectivamente, las palabras que pronunciáis aquí se van registrando en el cielo, y los pactos que vais apalabrando permanecen imborrables en el Señor.

18. Ahora bien, vuelvo a considerar aquí el gesto de la cautividad: después de introducirlos los sacerdotes, os mandan que oréis de rodillas y con las manos tendidas hacia el cielo, y así, mediante ese gesto, os recordaréis a vosotros mismos de quién sois liberados y a quién os vais a consagrar. Luego el sacerdote va pasando junto a cada uno de vosotros y os pide vuestros pactos y vuestras confesiones²³⁷, y os dispone para pronunciar aquellas terribles y espantosas palabras: “¡Renuncio a ti, Satanás!”.

19. Ahora me vienen ganas de llorar y de gemir con fuerza, pues me acuerdo del día en que yo mismo fui también considerado digno de pronunciar esta palabra, y al calcular el peso de los pecados que he ido acumulando desde entonces hasta ahora, se me confunde la mente y mi razón siente la mordedura de ver cuánta vergüenza he derramado sobre mí por mi negligencia después de aquello. Por eso también os exhorto a todos vosotros a que demostréis para conmigo un poco de generosidad y, puesto que vais a encontraros con el Rey -Él os recibirá, efectivamente, con gran efusión, os revestirá la túnica regia y os deparará cuantos y cuales dones queráis, con tal que busquemos solamente lo espiritual- pedid una gracia también para nosotros: que no nos pida cuentas de nuestros pecados, antes bien, que nos dé su perdón y en adelante nos haga dignos de su auxilio. Mas no dudo de que lo haréis, pues amáis tiernamente a vuestros maestros.

20. Pero bueno, atengámonos al hilo de nuestro discurso. Entonces, pues, el sacerdote os dispondrá para que digáis: "¡Renuncio a ti, Satanás, a tus pompas, a tu culto y a tus obras!".

¡Pocas palabras, pero de una fuerza enorme! Efectivamente, los ángeles que os asisten y las potestades invisibles, gozosos por vuestra conversión, recogen las palabras que salen de vuestra lengua y las suben al común Señor de todas las cosas, y entonces las escriben en los libros celestiales.

21. ¿Ves cómo son los documentos de los pactos? Efectivamente, después de renunciar al Maligno y a todo lo que interesa al Maligno, de nuevo el sacerdote os manda decir: "¡Y me adhiero²³⁸ a ti, Cristo!" ¿Viste mayor exceso de bondad? Aunque de ti no ha recibido más que las palabras te confía un tesoro tan grande de realidades y se olvida de toda ingratitud anterior y no te recuerda tu pasado, antes bien, se contenta con estas breves palabras.

Unción y bautismo de los catecúmenos

22. Luego, después de este pacto, de esta renuncia y de esta incorporación²³⁹, puesto que confesaste su soberanía y mediante las palabras de tu lengua te incorporaste a Cristo, ahora, como a un soldado y como a uno alistado para el estadio espiritual, el sacerdote te unge la frente con el crisma espiritual y te estampa el sello mientras dice: "Fulano es ungido en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo"

23. Sabe, en efecto, que desde ahora el enemigo está loco furioso, rechina los dientes y anda rondando como león rugiente²⁴⁰, al ver a los que antes se hallaban bajo su tiranía rebelados en masa y no sólo desertando de él, sino pasándose a Cristo y demostrando su incorporación a Él, y por eso el sacerdote les unge sobre la frente y les estampa el sello, para que aquél desvíe su mirada. Efectivamente, aquél no se atreve a mirar de frente si ve el resplandor que irradia de allí y que le deslumbra los ojos. Y es que, desde ese momento, se entabla una lucha y una oposición del uno contra

el otro, y por esa razón, como atletas de Cristo, os introduce en el sentido espiritual por medio de la unción.

24. Luego, después de esto y cuando ya es de noche, el sacerdote os hace desnudar por completo y, como quien va a introducirlos en el mismo cielo por medio de lo que se está realizando, dispone que todo vuestro cuerpo sea ungido con aquel aceite espiritual, de tal modo que todos vuestros miembros queden robustecidos y se hagan invulnerables a las flechas que dispara el enemigo.

25. Así pues, tras esta unción, os hace bajar a las aguas sagradas y al mismo tiempo entierra al hombre viejo y resucita al nuevo, renovado a imagen del que lo creó. Entonces justamente, por medio de las palabras y de la mano del sacerdote, sobreviene la presencia del Espíritu Santo²⁴¹, y en lugar del anterior, surge otro hombre limpio de toda mancha de pecado, desnudo del antiguo vestido del pecado y revestido con el traje regio.

26. Y para que también de aquí aprendas que la substancia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo es una sola, la administración del bautismo se hace de la siguiente manera. Mientras el sacerdote pronuncia las palabras: “Fulano es bautizado en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”, por tres veces le sumerge y le saca la cabeza, y así, mediante este misterioso rito, le dispone a recibir el descenso del Espíritu Santo sobre él. Y es que, en realidad, no es el sacerdote sólo quien le toca la cabeza, sino también la diestra de Cristo. Y esto se demuestra también por las propias palabras del que bautiza, porque no dice: “Yo bautizo a Fulano”, sino: “Fulano es bautizado”, con lo cual demuestra que él es únicamente ministro de la gracia y que se limita a prestar su propia mano, ya que para esto ha sido ordenado de parte del Espíritu Santo.

Ahora bien, quien realiza todo es el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo: la indivisible Trinidad. Por consiguiente, la fe en ésta nos agracia con el perdón de los pecados, y esta confesión es la que nos hace el regalo de la adopción filial.

27. Y en cuanto a los actos que siguen, se bastan para enseñarnos de quiénes fueron liberados y qué bienes han alcanzado los que se consideró dignos de esta misteriosa iniciación. Efectivamente, apenas emergen de aquellas sagradas aguas, todos los presentes los abrazan, los saludan, los besan, los felicitan y comparten su alegría, porque los que antes eran esclavos y cautivos, de repente son libres e hijos, y son convidados a la mesa del Rey. Efectivamente, tan pronto como salen de allí, se los conduce a la mesa terrorífica²⁴² que rebosa de bienes, y gustan el cuerpo y la sangre del Señor, y se convierten en morada del Espíritu Santo, y caminan como quienes se han revestido de Cristo mismo, pues en todas partes se muestran como ángeles terrestres y deslumbran a los mismos rayos del sol.

Exhortación final

28. Todo esto no os lo he anticipado en vano y sin razón en mi enseñanza a vuestra caridad²⁴³, sino más bien para que, antes de gustarlo, en alas de la esperanza vayáis catando el inmenso goce, adquiráis un espíritu digno de lo que está sucediendo y, como exhortó el bienaventurado Pablo, penséis en las cosas de arriba²⁴⁴ y trasladéis vuestra reflexión de la tierra al cielo, de las cosas visibles a las que no se ven, ya que éstas las vemos con los ojos espirituales más claramente que se ve con los ojos sensibles.

29. Mas, como quiera que os halláis cerca de los regios umbrales y estáis a punto de llegaros al trono mismo en que se sienta el Rey que distribuye los dones, mostrad una generosidad total en vuestras peticiones, y no pidáis nada de terrestre, nada de humano, sino haced peticiones dignas del que da. Por consiguiente, al salir de aquellas aguas divinas y mostrar por medio de ese gesto el símbolo de la resurrección, pedidle que sea vuestro aliado para que podáis demostrar vuestro empeño en guardar los dones que os ha hecho y os tornéis invulnerables a las asechanzas del Maligno. Abogad por la paz de las iglesias, suplicad por los que andan todavía extraviados, prosternaos por los que están en pecado, y así nosotros seremos considerados dignos de algún perdón. Efectivamente, el que os ha comunicado confianza tan grande, os ha inscrito entre sus primeros amigos y os ha elevado a la adopción filial, a vosotros que antes erais cautivos y esclavos y privados de toda confianza, no se negará a vuestras peticiones, antes bien, os otorgará todo, con lo cual, incluso en esto, imitará su propia bondad.

30. Y sobre todo, de esta manera os lo ganaréis para una mayor benevolencia. Efectivamente, cuando vea el cuidado tan solícito que tenéis de los que son vuestros miembros²⁴⁵ y vuestra preocupación por la salvación de los demás, también por esto os juzgará dignos de una confianza mayor, pues, efectivamente, nada le alegra tanto como el que seamos compasivos con nuestros miembros, demos pruebas de vivo afecto para con los hermanos y tengamos gran preocupación por la salvación del prójimo.

31. Así pues, queridos, sabedores de esto, disponeos con alegría y alborozo espiritual a recibir la gracia, para que también vosotros gustéis sin tasa el don bautismal, y todos a una demos pruebas de una conducta digna de la gracia, y merezcamos alcanzar los bienes eternos e inefables, por la gracia y la bondad de nuestro Señor Jesucristo.

CATEQUESIS 7

Los nuevos bautizados, comparados a nuevas estrellas

1. ¡Bendito sea Dios! Ved que también de la tierra nacen estrellas, estrellas más rutilantes que las del cielo. Estrellas sobre la tierra, por causa de aquel que apareció sobre la tierra venido del cielo. Pero no sólo estrellas sobre la tierra, sino también estrellas en pleno día. ¡Segundo prodigio éste! ¡Estrellas en pleno día más rutilantes que las nocturnas! Éstas, efectivamente, se ocultan cuando aparece el sol, aquellas, en cambio, cuando aparece el sol de justicia resplandecen aun más. ¿Viste alguna vez aparecer estrellas junto al sol?

2. Las unas desaparecen cuando la plenitud se deja ver. Estas otras, cuando sobreviene la plenitud, resplandecen con más fuerza todavía. Y de aquellas dice el Evangelio: Las estrellas del cielo caerán, como se caen de la parra las hojas²⁴⁸; en cambio, de éstas dice: Los justos resplandecerán como el sol en el reino de los cielos²⁴⁹.

3. ¿Qué significa: Como se caen de la parra las hojas así caerán las estrellas del cielo? De la misma manera que la parra, mientras está alimentando a los racimos, necesita de la protección que prestan las hojas, pero en cuanto se descarga del fruto también se desprende de su cabellera de hojas, así también el mundo entero: mientras contenga en sí mismo a la naturaleza humana, el cielo retiene también las estrellas, como la parra sus hojas; pero entonces, al no haber ya noche tampoco habrá ya necesidad de estrellas.

4. De fuego es la naturaleza de aquellas estrellas; de fuego es también la substancia de estas otras. Pero allí se trata de un fuego sensible; aquí, de un fuego inteligible: El mismo os bautizará -dice- con Espirita Santo y fuego²⁵⁰. ¿Quieres

también aprender los nombres de unas y de otras? En las estrellas del cielo se dan estos nombres: Orión, Arturo, Lucero de la tarde, Lucero del alba; en cambio entre estas otras estrellas no se da solamente un Lucero del alba: ¡todos son Luceros del alba!

Los múltiples dones del bautismo

5. ¡Bendito sea Dios -digamos otra vez-, el único que hace maravillas!²⁵¹, el que todo lo crea y todo lo transforma. Los cautivos de anteayer son hoy libres y ciudadanos de la Iglesia; los que antes vivían en la vergüenza del pecado viven ahora en la confianza y en la justicia. Porque no son únicamente libres, sino también santos; no sólo santos, sino también justos; no sólo justos, sino también hijos; no sólo hijos, sino también herederos; no sólo herederos, sino también hermanos de Cristo; no sólo hermanos de Cristo, sino también coherederos; no sólo coherederos, sino también miembros; no sólo miembros, sino también templos, y no sólo templos, sino también instrumentos del Espíritu²⁵².

6. ¡Bendito sea Dios, el único que hace maravillas!. ¿Viste cuán numerosos son los dones del bautismo? Por más que muchos crean que solamente tiene uno, el perdón de los pecados, sin embargo, nosotros hemos enumerado hasta diez honores.

Esta es, pues, la razón por la que incluso bautizamos a los niños, aunque no tienen pecados²⁵³, para que se les añada la santificación, la justicia, la adopción filial, la herencia, el hermanazgo, el ser miembros de Cristo y el convertirse en morada del Espíritu.

7. Mas, ¡oh amadísimos hermanos...! Si es que me es lícito llamaros hermanos, porque, ciertamente, yo también participé del mismo alumbramiento que vosotros, pero luego, por mi negligencia perdí el perfecto y auténtico hermanazgo; con todo, permitidme llamaros hermanos por lo mucho que os amo, y exhortaros a que, cuanto mayor sea el honor de que gocéis, tanta mayor solicitud mostréis.

La táctica en la lucha contra el diablo

8. El tiempo que precedió a éste era palestra y campo de entrenamiento, y se era indulgente con los caídos. En cambio, a partir del día de hoy, el estadio se ha abierto, el combate está fijado, el público está sentado arriba, y no sólo el género humano contempla vuestros combates, sino también la muchedumbre de los ángeles, y Pablo grita a los Corintios: ¡Nos han dado en espectáculo al mundo, y no solamente a

los hombres, sino también a los ángeles!²⁵⁴. Así pues, los ángeles son espectadores y el Señor de los ángeles actúa de juez de competición: esto no solamente es un honor, sino también una garantía. Efectivamente, cuando juzga los combates precisamente el mismo que entregó su vida por nosotros, ¿qué honor y qué garantía no será para nosotros?

9. Ahora bien, en los combates olímpicos, el árbitro se coloca en medio de los dos contendientes, sin estar a favor del uno ni a favor del otro, sino a la espera del final: por eso justamente se coloca en el medio, porque su juicio es también neutral. Sin embargo, entre nosotros y el diablo, Cristo no se coloca en el medio, sino que es todo nuestro. Y que no está en el medio, sino por entero con nosotros, nóalo en esto: al entrar en la liza, a nosotros nos ungió, a él lo amarró; a nosotros nos ungió con el óleo de la alegría²⁵⁵, y a él lo amarró con nudos indisolubles, para tenerlo inmovilizado en los combates. Y si ocurre que tropiezo, Él me tiende su mano, levanta al que cae y de nuevo le hace caminar. Dice, efectivamente: Pisotead sobre serpientes, sobre escorpiones y sobre toda fuerza del enemigo²⁵⁶.

10. A él, tras la victoria, lo amenazó con la gehena; yo, si venzo, soy coronado; él, si vence, es castigado. Y para que sepas que recibe mayor castigo sobre todo cuando triunfa, ¡ea!, te lo demostraré con hechos. Venció a Adán y le hizo caer: ¿cuál fue el premio de la victoria? Sobre tu pecho y sobre tu vientre andarás, y comerás polvo todos los días de tu vida²⁵⁷. Ahora bien, si tan duramente castigó a la serpiente material, ¿cuál será el castigo que infligirá a la espiritual? Y si tal es la condena del instrumento, bien claro está que a su artífice le aguarda una pena mucho mayor. Efectivamente, lo mismo que un padre amoroso, cuando encuentra al que ha matado a su hijo, no solamente castiga al asesino, sino que también hace pedazos la espada misma, así también Cristo, no solamente castigó al diablo, sino que también destrozó su espada.

11. Con toda confianza, pues, desnudémonos para estos combates. Además, Cristo nos ha ceñido unas armas que son más brillantes que todo el oro, más fuertes que todo acero, más abrasadoras y voraces que todo fuego y más ligeras que todo aire. Estas armas, efectivamente, son de tal naturaleza que no abruman las rodillas, antes bien, prestan alas y alzan en volandas a los miembros, y si quieres echarte a volar al cielo con estas armas, nada te lo impide. Y es que nueva es la naturaleza de estas armas, porque nueva es también la índole del combate: a pesar de ser hombre, se me obliga a batirme en pugilato con los demonios; aunque estoy revestido de carne, peleo contra fuerzas incorpóreas. Por esta razón Dios me hizo una coraza, no de hierro sino de justicia, y por lo mismo me preparó el largo escudo no de bronce, sino de fe. Tengo además una espada afilada: la palabra del Espíritu²⁵⁸. Aquél dispara flechas contra mí, yo tengo una espada; aquél es arquero, yo soy hoplita. Aprende tú también

de esto lo precavido que es él: el arquero no se atreve a acercarse, sino que dispara de lejos.

La sangre de Cristo, arma invencible

12. Pero, ¿cómo? ¿Acaso no preparó más que armas? No, que también previno una mesa más poderosa que cualquier arma, para que luches sin cansarte, para que saciado, triunfes en toda la línea del enemigo.

Efectivamente, con que sólo te vea cuando regresas del convite del Señor, como quien ve un león que echa fuego por la boca, así él huirá más veloz que todo viento. Y si le muestras tu lengua tinta con la preciosa sangre no podrá ni tenerse en pie: si le muestras tu boca enrojecida él volverá grupas a todo correr, como cualquier animalejo.

13. ¿Quieres, pues, saber la fuerza de esta sangre? Recurramos a su figura²⁵⁹, a los antiguos relatos de lo acaecido en Egipto. Dios estaba a punto de infligir a los egipcios la décima plaga. Quería, en efecto, eliminar a sus primogénitos, porque ellos retenían al pueblo primogénito suyo. ¿Qué hacer, pues, para evitar que los judíos quedaran implicados con los egipcios, ya que todos se hallaban habitando un único lugar? Infórmate del poder de la figura para que también comprendas la fuerza de la verdad.

La plaga que Dios enviaba estaba a punto de abatirse desde lo alto, y el exterminador iba avanzando contra las casas.

14. ¿Qué hizo entonces Moisés? Inmolad -dijo- un cordero sin mancha y untad con su sangre vuestras puertas (Ex 12, 21-25). ¿Qué estás diciendo? ¿La sangre de un irracional es capaz de salvar a los hombres, a los dotados de razón? “Sí, -dice-, no porque sea su sangre, sino porque es figura de la sangre del Señor”. Efectivamente, lo mismo que las estatuas de los emperadores, aunque son inanimadas e insensibles, salvan a los hombres que se acogen a ellas, dotados como están de sensación y de alma, no porque ellas sean de bronce, sino porque son imagen del emperador, así también aquella sangre insensible e inanimada salvó a los hombres que tenían alma, no porque fuese sangre, sino porque era figura de esta otra sangre.

15. Entonces el exterminador vio la sangre asperjada en las puertas y no se atrevió a entrar. Si ahora el diablo ve, no ya la sangre de la figura asperjada en las puertas, sino la sangre de la verdad rociando la boca de los fieles, puerta del templo portador de Cristo, ¿no va a detenerse con mucho mayor motivo? Porque, si el ángel tuvo miedo al ver la figura, con mayor razón el diablo emprenderá la huida al ver la verdad.

La Iglesia, nacida del costado de Cristo

16. ¿Quieres saber también por otro camino la fuerza de esta sangre? Mira de dónde comenzó a manar y dónde tuvo su fuente: desde lo alto de la cruz, del costado del Señor. Efectivamente, muerto Cristo -dice-, pero mientras aún estaba en la cruz, el soldado se acercó y le punzó el costado con su lanza, y luego salió agua y sangre: la primera símbolo del bautismo; la segunda, de los misterios. Por esta razón no dijo:

Salió sangre y agua, puesto que primero viene el bautismo y luego los misterios²⁶⁰. Así pues, el soldado aquel punzó el costado, perforó la pared del santo templo²⁶¹, y yo encontré el tesoro y me apropié la riqueza. Lo mismo sucedió también con el cordero: los judíos inmolaron la oveja y yo cosecho el fruto del sacrificio: mi salvación.

17. Salió del costado agua y sangre. No pases de largo y sin más, querido, ante el misterio porque puedo aún darte otra explicación mística. Dije que símbolos del bautismo y de los misterios son aquella sangre y aquel agua. De una y otra nace la Iglesia, por el baño de la regeneración y de la renovación del Espirita Santo²⁶², por el bautismo y por los misterios. Ahora bien, los símbolos del bautismo y de los misterios brotan del costado, por consiguiente, de su costado formó Cristo la Iglesia, como del costado de Adán formó a Eva²⁶³.

18. Por esta razón también Moisés, al dar su explicación sobre el primer hombre, dice: Hueso de mis huesos y carne de mi carne²⁶⁴, dándonos con ello a entender el costado del Señor.

Efectivamente, lo mismo que entonces tomó Dios la costilla y formó la mujer, así también nos dio sangre y agua de su costado y formó la Iglesia. Por tanto, de la misma manera que entonces tomó la costilla durante el arrobamiento de Adán, mientras dormía, así también ahora nos dio la sangre y el agua, aunque el agua primero y después la sangre. Ahora bien, lo que allí fue el arrobamiento, aquí lo fue la muerte, para que aprendas que en adelante esta muerte es sueño²⁶⁵.

19. ¿Veis cómo Cristo unió a sí su esposa? ¿Ves con qué alimento nos nutre a todos? ¡Con el mismo alimento hemos sido formados y nos nutrimos! Efectivamente, igual que la mujer alimenta con su propia sangre y su leche al recién alumbrado, así también Cristo alimenta continuamente con su propia sangre a los que engendró.

20. Por consiguiente, ya que disfrutamos de don tan grande, demostremos una gran diligencia y recordemos los pactos que hemos firmado con Él. Os lo digo a todos vosotros: a los que ahora estáis siendo iniciados y a los que lo fuisteis antes, incluso hace muchos años. Efectivamente, mi discurso es común para todos nosotros, puesto

que todos también hemos firmado con Él pactos, que escribimos, no con tinta, sino con el espíritu; no con la pluma, sino con la lengua. Con esta pluma se escriben, efectivamente, los pactos hechos con Dios, por eso dice también David: Mi lengua es pluma de ágil escribano²⁶⁶. Confesamos su soberanía, renunciamos a la tiranía del diablo: ésta fue nuestra firma de puño y letra, éste el pacto, éste el pagaré.

21. Mirad de no recaer en manos del antiguo pagaré. Una sola vez vino Cristo: encontró nuestro eterno pagaré, el que Adán escribió. Éste comenzó la deuda; nosotros fuimos luego aumentando el préstamo con nuestros pecados²⁶⁷. Allí había maldición, pecado, muerte y condena de la ley: todo esto lo abolió Cristo, y nos perdonó. Y Pablo dice a gritos: El pagaré de nuestros pecados que nos era contrario, también lo quitó de en medio clavándolo en la cruz²⁶⁸. No dijo: borrándolo, ni tampoco: raspándolo, sino: clavándolo en la cruz, para que no quedase ni huella de él. Por eso no lo borró, sino lo rompió: los clavos de la cruz, efectivamente, lo rompieron y lo destruyeron, para que en adelante fuera inútil.

22. Y no fue en un rincón ni de oculto como saldó la deuda, sino en medio del universo y en lo alto de un estrado. "¡Miren los ángeles -dice-, miren los arcángeles, miren las potestades de arriba, miren incluso los perversos demonios y el mismo diablo, los que nos hicieron responsables de las deudas ante usureros sin piedad: el pagaré está roto para que no nos asalten más!".

La salida de los hebreos de Egipto, figura del bautismo

23. Puesto que el primero está roto, cuidémonos, pues con todo empeño de que no reaparezca otro pagaré, porque no hay una segunda cruz, ni un segundo perdón por medio del baño de regeneración. Realmente hay perdón, pero no hay un segundo perdón mediante el baño bautismal. Sin embargo, no por ello nos hagamos más despreocupados, os lo suplico. Saliste, oh hombre, de Egipto: ¡no busques de nuevo Egipto ni los males de Egipto; no te acuerdes ya más del barro y de los adobes²⁶⁹ las cosas de la vida presente son barro y adobes puesto que el mismo oro, antes de convertirse en oro, no es otra cosa que tierra!

24. Los judíos vieron prodigios. Tú también los ves incluso mucho mayores y más preclaros que entonces, cuando los judíos salían de Egipto²⁷⁰. No viste al Faraón ahogado con todas sus armas, pero has visto al diablo hundido con sus armas; aquéllos atravesaron el mar, tú atravesaste la muerte; aquellos se libraron de los egipcios, tú quedas libre de los demonios; los judíos se sacudieron la esclavitud de los bárbaros, tú la que es mucho más penosa: la del pecado.

25. ¿Quieres saber por otro camino cómo fuiste considerado digno de privilegios mayores? Los judíos no podían entonces mirar el rostro glorificado de Moisés, y esto a

pesar de que él era un congénere y un esclavo con ellos²⁷¹: tú en cambio viste el rostro de Cristo en su gloria. Y Pablo dice a gritos: Y nosotros, con la cara descubierta, reflejamos como un espejo la gloria del Señor²⁷². Aquellos tenían entonces a Cristo que los iba siguiendo, pero con mucha mayor razón nos sigue a nosotros ahora, pues a ellos entonces el Señor los acompañaba por la gracia de Moisés; a nosotros, en cambio, no sólo por la gracia de Moisés, sino también por vuestra propia docilidad²⁷³. Para aquellos, después de Egipto, el desierto; para nosotros, en cambio, tras el éxodo²⁷⁴, el cielo. Aquellos tenían por guía y óptimo general a Moisés: también nosotros tenemos otro Moisés, a Dios, que nos guía y nos manda.

26. ¿Cuál era, efectivamente, la característica de aquel Moisés? Era realmente Moisés -dice- el más apacible de los hombres que hay sobre la tierra²⁷⁵. Si esto lo hubiera dicho también alguien acerca de este otro Moisés, no se habría equivocado, pues también en éste estaba presente el mansísimo Espíritu, como consubstancial²⁷⁶ y congénito que le es. Moisés entonces extendió sus manos hacia el cielo e hizo que bajara el pan de los ángeles, el maná²⁷⁷: este otro Moisés extiende sus manos hacia el cielo y trae el alimento eterno. Aquél golpeó la peña e hizo brotar ríos de agua²⁷⁸: éste toca la mesa, golpea la mesa espiritual, y hace fluir las fuentes del Espíritu. Por esta razón está la mesa situada en el medio, como una fuente, para que de todas partes afluyan los rebaños en torno a la fuente y puedan gozar de las aguas salvadoras.

27. Por consiguiente, ya que hay aquí una fuente así y una vida de tal calidad, y ya que la mesa rebosa de innumerable bienes y de todas partes hace germinar para nosotros los dones espirituales, acerquémonos con un corazón sincero, con una conciencia limpia, para que recibamos gracia y misericordia que a su tiempo nos socorran.

CATEQUESIS 8

Alegría de la Iglesia por los nuevos bautizados

1. Hoy veo la asamblea más radiante que de costumbre, y a la Iglesia de Dios en el colmo del gozo por sus propios hijos. Porque, lo mismo que una madre amorosa, cuando ve a sus hijos formando corro en su derredor, se llena de gozo, salta de alegría y se deja llevar en alas del contento, así también esta madre espiritual, cuando mira sus propios hijos, se alegra y exulta, pues se ve a sí misma como ubérrimo campo, orgullosa de estas espigas espirituales. Y considera, querido, el exceso de la gracia, pues ya ves, ¡en una sola noche, cuántos hijos alumbró de una vez esta madre espiritual!²⁸¹.

Y no te maravilles, porque así son los alumbramientos espirituales: no necesitan de tiempo ni de un período de meses.

2. ¡Ea pues, gocémonos también nosotros con ella y participemos de su alegría! Porque, si por un pecador que se convierte hay alegría en el cielo²⁸², mucho más conviene que nosotros, por tan gran muchedumbre, saltemos de gozo, nos alegremos y glorifiquemos al Dios de bondad por su insondable don. En efecto, la grandeza del don de Dios verdaderamente sobrepasa todo discurso ¿Qué inteligencia, qué mente, qué razonamiento podrá comprender el exceso de bondad de Dios y la grandeza de los dones inefables con que ha agraciado a la naturaleza humana?

3. Efectivamente, los que ayer y anteayer, esclavos del demonio y sin confianza alguna, estaban bajo la tiranía del diablo y, como cautivos, andaban traídos y llevados de Ceca en Meca, mira, ¡hoy han sido admitidos en el rango de hijos de Dios y, tras desprenderse de la carga de los pecados y ponerse la vestidura real, compiten en resplandor casi con el mismo cielo, y apareciendo con una luz más fulgurante que estas estrellas que vemos, deslumbran la vista de cuantos los miran! Aquellas, efectivamente, brillan únicamente en la noche y nunca podrían brillar en pleno día. Éstos, en cambio, resplandecen por igual de noche y de día, porque son estrellas espirituales y rivalizan con la misma luz del sol, mejor aún, la sobrepasan en

gran medida. Efectivamente, si Cristo el Señor se sirvió de esta imagen para mostrar el resplandor de los justos en el siglo futuro, cuando dijo: Entonces los justos resplandecerán como el sol²⁸³, no fue para indicar que brillan solamente tanto, sino porque le era imposible hallar otro ejemplo sensible más brillante que el sol; por eso comparó con esta imagen la condición de los justos.

4. Así pues, abracemos también nosotros hoy a éstos, que pueden brillar más que las estrellas y rivalizan con el fulgor de los rayos del sol, y no nos limitemos a estrecharlos con estas manos corporales, sino también demostrémosles nuestro cariño con nuestro aliento espiritual y exhortémosles a reflexionar en el exceso de la generosidad del Señor y en el fulgor del vestido que han sido considerados dignos de llevar: Porque -dice- todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estéis vestidos²⁸⁴, y así, que en adelante hagan y obren todo como quien tiene con él conviviendo a Cristo, el Creador de todo y Señor de nuestra naturaleza. Y cuando digo a Cristo, digo también al Padre y también al Espíritu Santo, pues, de hecho, Él mismo pronunciaba esta promesa: Si alguno me ama y guarda mis mandamientos, yo y mi Padre vendremos a él y haremos en él morada²⁸⁵.

5. Este hombre, en adelante, aunque camine por la tierra, se comportará tal como si viviese en los cielos, con el pensamiento y la imaginación puestos en las cosas de arriba, y sin temor ya a las asechanzas del perverso demonio. Efectivamente, cuando el diablo vea semejante cambio y que los que anteriormente estaban bajo su dominio han sido elevados a tan gran altura y han sido considerados dignos de tanta bondad por parte del Señor, se marchará avergonzado, sin atreverse tan solo a mirar a la cara, porque no soporta los destellos que de allí emanan, antes bien, deslumbrado por la ráfaga de luz que de allí emiten, vuelve la espalda y se va.

6. Vosotros, por el contrario, los nuevos soldados de Cristo, los inscritos hoy en el censo de ciudadanos del cielo, los convidados a este festín espiritual y que estáis a punto de gustar la mesa real: demostrad un celo digno de la grandeza de los dones, y así os ganaréis de lo alto mayor abundancia de gracia. Efectivamente, nuestro Señor, bondadoso como es, en cuanto vea que somos agradecidos por los bienes ya otorgados y que hemos demostrado mucha circunspección en torno a la grandeza de los dones, nos prodigará la gracia y, por poco que contribuyamos nosotros, El por su parte nos honrará con mayores dones.

Pablo, modelo del nuevo bautizado

7. También Pablo, el maestro del universo, que primero perseguía a la Iglesia y, circulando por todas partes, arrastraba a hombres y mujeres²⁸⁶, y todo lo confundía y perturbaba con las muestras de su inmenso furor, en cuanto gustó de la bondad del Señor y, deslumbrado por la luz inteligible, se desprendió de las tinieblas del error y fue conducido de la mano a la verdad y por medio del bautismo se lavó de todos sus pecados cometidos anteriormente, al instante y sin dejarlo al azar, el que antes todo

lo hacía en favor de los judíos y asolaba a la Iglesia, se puso a confundir a los judíos que habitaban en Damasco, proclamando que el crucificado es el Hijo de Dios en persona²⁸⁷.

8. ¿Has visto alma mejor dispuesta? ¿Ves cómo por medio de los hechos mismos nos muestra que también anteriormente había obrado por ignorancia? ¿Ves cómo por la experiencia misma de los hechos nos enseña a todos nosotros que con toda justicia se le consideró digno de la bondad de lo alto y se le introdujo de la mano en el camino de la verdad? Cuando Dios en su bondad ve, efectivamente, al alma bien dispuesta, pero extraviada por causa de la ignorancia, no la desprecia, ni la deja mucho tiempo sin su ayuda providente, al contrario, da pruebas de que aporta todo cuanto de Él depende, sin descuidar nada de cuanto pueda contribuir a nuestra salvación, con una sola condición: que nosotros mismos nos hagamos dignos de atraer con abundancia la gracia de lo alto, como hizo este bienaventurado Apóstol.

9. Efectivamente, como quiera que todo lo que hacía anteriormente lo hacía por ignorancia y, pensando que con su celo no hacía más que defender la Ley, se convertía en causa de perturbación y desorden para todos, en cuanto aprendió del mismo legislador que iba por camino contrario y que sin darse cuenta se estaba precipitando en los abismos, no lo retardó, no lo difirió, sino que inmediatamente, nada más iluminarle la luz inteligible, se constituyó en heraldo de la verdad, y los primeros que quiso conducir al camino de la piedad fueron aquellos mismos para quienes llevaba las cartas de parte de los sumos sacerdotes, según él mismo decía en su arenga a la muchedumbre judía: Como también el sumo sacerdote me es testigo, y todo el colegio de los ancianos, que habiendo yo recibido de ellos cartas, me dirigía hacia Damasco en busca de los sumos sacerdotes, con la intención de poder traer presos a Jerusalén a cuantos allí estaban²⁸⁸.

10. ¿Le viste furioso como un león y dando vueltas por todas partes?²⁸⁹ Míralo de nuevo mudado repentinamente en manso cordero, y al que antes de esto apresaba, arrojaba en las cárceles y acosaba y perseguía a todos los creyentes en Cristo, de repente, míralo descolgado por el muro en una espuerta, por causa de Cristo, para escapar a las asechanzas de los judíos. Míralo en otra ocasión enviado a Cesarea durante la noche y de allí remitido a Tarso, para evitar que la furia de los judíos lo despedazase²⁹⁰.

¿Ves qué cambio, querido? ¿Ves qué transformación la suya? ¿Ves cómo en cuanto gustó la generosidad de lo alto, él contribuyó largamente con cuanto estaba en su mano, a saber: el celo, el fervor, la fe, el valor, la paciencia, la nobleza de alma, la voluntad impávida? Por esta razón fue también considerado digno de mayor apoyo de arriba, y de ahí que, escribiendo, dijera: Yo he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios, que está conmigo²⁹¹.

11. Imitad a éste, os lo suplico! También vosotros, los que ahora habéis sido considerados dignos de entrar bajo el yugo de Cristo y habéis gustado la adopción filial, y ya inmediatamente, desde el comienzo, demostrad un fervor y una fe en Cristo tan grandes como para atraer sobre vosotros de arriba una gracia mayor, hacer más resplandeciente el vestido que os han regalado y gozar de más abundante benevolencia de parte del Señor. Efectivamente, si a pesar de no haber hecho todavía ni una sola obra buena, antes bien, estando cargados con tantos pecados, él, imitando su propia bondad, os consideró dignos de tan grandes dones -pues no solamente os libró de los pecados y os justificó con su gracia, sino que también os hizo santos y os dio la adopción filial-, pues se anticipó regalándoos tantos dones, con tal que vosotros os apresuréis, después de tantos dones, a contribuir con cuanto esté en vuestra mano, y junto con la guarda de lo ya recibido, demostréis rigor en la conducta, ¿cómo no vais a ser considerados dignos otra vez de mayor generosidad?

El bautismo como nueva creación

12. 2 Co 5, 17: Escuchaste hoy al bienaventurado Pablo, el padrino de boda²⁹² de la Iglesia, que, escribiendo, decía: De modo que si alguno está en Cristo, nueva creación es²⁹³. Para que no pensemos que lo dicho se refiere a esta creación sensible, señaló esta condición: Si alguno está en Cristo; con ello nos enseña que, si alguno se pasa a la fe en Cristo, nos muestra una nueva creación. Porque, dime, ¿qué provecho puede haber en ver un cielo nuevo y nuevas las demás partes de la creación? ¿Tanto como ganancia en ver a un hombre pasar del vicio a la virtud y del error a la verdad? Pues a esto, efectivamente, llamaba nueva creación aquel bienaventurado, y por eso añadió en seguida: Las cosas viejas pasaron; mira, ¡todas las cosas son hechas nuevas!; con ello nos daba a entender más o menos que, después de despojarse como de un vestido viejo de la carga de los pecados por medio de la fe en Cristo, los recién liberados del error e iluminados por el sol de justicia se ponían este nuevo y resplandeciente vestido y túnica de reyes. Por esto decía: Si alguno está en Cristo nueva creación es; las cosas viejas pasaron; mira, ¡todas las cosas son hechas nuevas!

13. Efectivamente, ¿cómo no van a ser nuevas e inimaginables, cuando el que ayer y anteayer estaba entregado a la molice y a la glotonería de golpe abraza la continencia y la vida frugal? ¿Como no van a ser nuevas e inimaginables todas las cosas, cuando el que antes era un libertino y se consumía en los placeres de la vida presente, de pronto se hace superior a sus pasiones y, como si no estuviese revestido de un cuerpo, así se pone a conquistar la templanza y la castidad?

14. ¿Ves cómo lo ocurrido es realmente nueva creación? En efecto, la gracia de Dios sobrevino, remodeló y transformó las almas, y las convirtió en otras diferentes de las que eran, no cambiando su esencia, sino transformando su voluntad y no dejando que en adelante el tribunal de los ojos de la mente juzgue contrariamente a la realidad²⁹⁴: como quien quita una legaña de los ojos, les permitió ver con exactitud la fealdad y disformidad del vicio y la mucha belleza y resplandor de la virtud.

15. ¿Ves cómo el Señor cada día obra una nueva creación? Porque, dime, ¿qué otro hubiera persuadido a un hombre que con frecuencia consumía toda su vida en los placeres de la vida y que adoraba a las piedras y a la madera²⁹⁵ por creerlas dioses, a que de repente se lanzase a tal altura de virtud que pudiera, de una parte, despreciar y mofarse de todo aquello y ver piedras en las piedras lo mismo que madera en la madera, y de otra, adorar al creador de todas las cosas y preferir la fe en él a todos los bienes de la vida presente?

16. ¿Ves cómo se llama nueva creación a la fe en Cristo y al regreso a la virtud? Por tanto escuchemos todos, os lo suplico, los que fuimos iniciados antes y los que acaban de gustar la generosidad del Señor, la exhortación del Apóstol, que dice: Las cosas viejas pasaron; mira, ¡todas las cosas son hechas nuevas!, y olvidados de todo lo anterior, transformemos nuestra propia vida, como ciudadanos de un nuevo régimen de vida, y con el pensamiento clavado en la dignidad del que mora en nosotros, hablemos y obremos consecuentemente en todo.

El resplandor del nuevo bautizado

17. Efectivamente, si los hombres que reciben cargos mundanos y que muchas veces llevan sobre el vestido que los envuelve la marca de las imágenes imperiales, gracias a la cual aparecen dignos de crédito ante los demás, nunca se permitirían obrar lo que fuese indigno de ese vestido con las insignias imperiales; y si alguna vez lo intentasen ellos, tienen a muchos que se lo impedirían; e incluso si otros quisieran maltratarlos a ellos, el vestido que llevan puesto les aportaría suficiente seguridad para no sufrir nada desagradable, con mucha mayor razón es justo que quienes tienen a Cristo morando, no sobre el vestido, sino sobre el alma, y con Él a su Padre y la presencia del Espíritu Santo, den pruebas de tener gran seguridad, y por su cabal conducta evidencien ante todos su personal condición de portadores de la imagen imperial.

18. Lo mismo, efectivamente, que aquellos, al mostrar sobre el vestido a la altura del pecho las imágenes imperiales, se ponen en evidencia ante todos, así también nosotros, los que de una vez por todas fuimos revestidos de Cristo y considerados dignos de tenerlo morando en nosotros, si de verdad le queremos, mediante una vida perfecta, incluso callando, podremos mostrar a todos la fuerza del que mora en nosotros. Y de la misma manera que ahora el despliegue de vuestro indumento y el brillo de las vestiduras atraen todas las miradas, así también, y para siempre, con tal que lo queráis y conservéis el resplandor de vuestra regia vestimenta, podréis con mucha más exactitud que ahora, por medio de una conducta según Dios y muy cabal, atraeros a todos los que os miran a un mismo cielo y a la glorificación del Señor.

19. Por esta razón, indudablemente, decía Cristo: Alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos²⁹⁶. ¿Ves cómo exhorta a que alumbre la luz que hay en nosotros, no a través de los vestidos, sino mediante las obras? En efecto, al decir: Alumbre vuestra luz, añadió: Para que vean vuestras buenas obras. Esta luz no se detiene en los límites de los sentidos corporales, sino que ilumina las almas y las mentes de los que miran, y

tras disipar las tinieblas de la maldad, persuade a los que la reciben a que alumbren con luz propia e imiten la virtud.

20. Alumbre -dice- vuestra luz delante de los hombres. Y dijo bien: delante de los hombres. “Vuestra luz -dice- sea tan grande que no solamente os ilumine a vosotros, sino que alumbre también delante de los hombres que necesitan abundancia de ella”. Por consiguiente, como esta luz sensible ahuyenta la oscuridad y hace que caminen recto los que han tomado este camino sensible, así también la luz espiritual que proviene de la óptima conducta ilumina a los que tienen la vista de la mente enturbiada por la oscuridad del error y son incapaces de ver con exactitud el camino de la virtud, limpia la legaña de los ojos de sus mentes, los guía hacia el buen camino y hace que en adelante marchen por el camino de la virtud.

21. Para que vean vuestras obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos. “Vuestra virtud -dice-, vuestra exactitud en la conducta y el éxito de vuestras buenas obras excite a los que os ven a glorificar al común Señor de todos”. Así pues, cada uno de vosotros, os lo suplico, ponga toda su diligencia en vivir con tal exactitud que eleve hasta el Señor la alabanza de todos los que os miran.

22. Por esta razón también aquel bienaventurado imitador de Cristo y maestro de la conducta óptima, que recorría el mundo y todo lo hacía por salvación de los hombres, decía escribiendo: Si alguno está en Cristo, nueva creación es; las cosas viejas pasaron; mira, ¡todas las cosas son hechas nuevas!²⁹⁷, casi como exhortándonos diciendo:

“Te quitaste el viejo vestido y tomaste el nuevo, que tiene un resplandor tan grande que puede rivalizar con los rayos del sol: mira cómo te las arreglas para que puedas conservar con ese mismo brillo la belleza del vestido”. Efectivamente, mientras aquel malvado demonio, enemigo de nuestra salvación, vea que este nuestro vestido espiritual sigue resplandeciente, no osará ni siquiera acercarse, pues tanto teme él su resplandor: le ciega el fulgor que de allí salta.

23. Por eso, os lo suplico, ya desde los mismos comienzos, presentad la lucha sin cuartel y mostrad la intensidad del resplandor haciendo por todos los medios que la belleza de este vestido sea más luminosa y más refulgente. Y que de nuestra lengua no salga una sola palabra vana y sin más, antes bien, examinemos primero si tiene alguna utilidad y si puede ofrecer a quienes la oigan alguna edificación, y aun entonces profiramos las palabras con mucho temor, como si a nuestro lado tuviéramos a alguien escribiéndolas, sin olvidar lo dicho por el Señor: Mas yo os digo que toda palabra ociosa que hablaren los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio²⁹⁸.

24. Por consiguiente, que tampoco se dé entre vosotros conversación de cosas terrenas, inútil y sin provecho, porque hemos escogido para en adelante una vida nueva y diferente, y conviene que obremos en consecuencia con esta vida, para no hacernos indignos de ella. ¿No veis en los cargos terrenales cómo a los que se afanan por formar parte de lo que ellos llaman Senado las leyes humanas les impiden realizar algunas acciones que a los demás se les permiten con toda libertad?

Pues de la misma manera lo justo sería que vosotros, los recién iniciados, y nosotros, los que de antes fuimos considerados dignos de esta gracia, inscritos como estamos una vez por todas en el Senado espiritual, no tuviéramos ya parte en las mismas obras que los demás, sino que diéramos pruebas de rigor en la lengua y de limpieza en la mente, y educáramos cada uno de nuestros miembros para que no emprendan obra alguna que no reporte al alma gran provecho.

25. ¿De qué estoy hablando? De que la lengua se ocupe únicamente de himnos, de glorificación, de lectura de las divinas palabras y de conversaciones espirituales, pues dice: Si sale alguna palabra buena, sea para edificación, para que dé gracias a los oyentes. Y no contristéis al Espirita Santo de Dios, con el cual estéis sellados²⁹⁹. ¿Ves? El no hacer lo dicho tiende a contristar al Espíritu Santo. Por esta razón, os lo suplico, pongamos todo nuestro empeño en no obrar nada que contriste al Espíritu Santo, y si hemos de salir, no busquemos afanosos las reuniones perjudiciales, ni los encuentros insensatos y llenos de boberías, sino al contrario, ante todo, que nada nos sea más preferible que las casas de oración y que las reuniones donde se conversa sobre temas espirituales.

26. Y todo cuanto nace de nosotros que vaya impregnado del mayor decoro, pues dice: El atuendo del hombre, su risa y su andar delatan lo que él es³⁰⁰. En efecto, el semblante externo podría muy bien ser clara imagen de la disposición del alma, pero su belleza la pone de manifiesto muy particularmente el movimiento de los miembros. Y si caminamos por la plaza, sea tal nuestra andadura y dé pruebas de tanta serenidad y aplomo que todos cuantos nos encuentren se vuelvan a contemplarnos. Que el ojo no parezca ser un azogue ni los pies trastrabilen; que la lengua profiera las palabras con sosiego y suavidad, y en fin, que todo nuestro exterior revele la belleza del alma que está dentro, y que en adelante nuestra conducta resulte extraña y cambiada, puesto que nuevo y extraño es lo que hemos comenzado, como muestra el bienaventurado Pablo cuando dice: Si alguno está en Cristo, nueva creación es³⁰¹.

27. Y para que aprendas que es nuevo e inimaginable lo que nos han dado, los que antes de esto éramos más despreciables que el barro y, por así decirlo, nos arrastrábamos por tierra, de repente nos tornamos más resplandecientes que el oro y cambiamos la tierra por el cielo. Y ésta es la razón de por qué son espirituales todos los dones que se nos han hecho.

Efectivamente, espiritual es nuestro vestido, espiritual nuestra comida y espiritual nuestra bebida. La consecuencia es que en adelante, también nuestras obras y todas nuestras acciones deberían ser espirituales. Éstas son efectivamente fruto del Espíritu, como dice también Pablo: Mas el fruto del Espirita es: amor, alegría, paz, entereza de ánimo, agrado, bondad, fe, mansedumbre, templanza: contra tales cosas no hay ley³⁰², dice. Con razón habló así, pues quienes se esfuerzan por lograr la virtud

están por encima de la ley, y no sujetos a ella, pues dice: La ley no está puesta para el justo³⁰³.

28. Luego, después de explicarnos el fruto del Espíritu, añadió: Y los que son de Cristo crucificaron su carne con sus pasiones y concupiscencias³⁰⁴, como quien dice: la incapacitaron para obrar el mal, la redujeron a objeto inerte, la vencieron de tal modo que podía estar por encima de las pasiones y apetitos. Esto es, efectivamente, lo que Pablo quería significar cuando dijo: crucificaron. Lo mismo que el que está clavado en la cruz y horadado con aquellos clavos, molido por los dolores y, por así decirlo, traspasado de parte a parte, nunca podría ser perturbado por el apetito carnal, al contrario, tiene desterrados toda pasión y todo apetito, porque el dolor no deja sitio alguno para las pasiones, así también los que se han consagrado a Cristo: de tal modo se han clavado a él y se han reído de las necesidades corporales que es como si se hubiesen crucificado a sí mismos con sus pasiones y apetitos³⁰⁵.

29. Así pues, nosotros, los que ya somos de Cristo, nos hemos revestido de Él y hemos sido considerados dignos de su comida y de su bebida espirituales, regulemos nuestras propias vidas como corresponde a quienes nada tienen en común con las realidades de la vida presente. En efecto, nos hemos empadronado en otra ciudad, en la Jerusalén de arriba. Por eso, os lo suplico, presentemos obras dignas de aquella ciudadanía, para que, bien porque por ellas practicamos la virtud, bien porque por ellas invitamos a los demás a glorificar al Señor, podamos atraernos abundante benevolencia de lo alto. Porque, cuando nuestro Señor es glorificado, Él por su parte también derrama con gran abundancia entre nosotros sus propios dones, como quien ha aceptado nuestros buenos sentimientos y sabe que no deposita sus propios beneficios en manos desagradecidas e injustas.

30. Sé que hice largo el sermón. Perdonadme, sin embargo, el gran cariño que os tengo fue extendiendo y alargando nuestra instrucción. Y es que, al ver vuestra riqueza espiritual, y porque conozco la furia del perverso demonio y que ahora sobre todo es cuando necesitáis el apoyo y la vigilancia, por eso os exhorté a que cada día permanezcáis sobrios, estéis despiertos y demostréis vuestra continua vela y vigilancia en torno de vuestro tesoro espiritual, para que el enemigo de nuestra salvación no pueda encontrar ni un solo resquicio.

31. Así pues, los pactos que hicisteis con el Señor y que escribisteis, no con tinta ni en papel, sino con la fe y la confesión³⁰⁶, guardadlos firmes e inconvencibles. Y esforzaos por permanecer durante todo el tiempo de vuestra vida con el mismo resplandor. Porque es posible, efectivamente, con tal de querer nosotros contribuir continuamente con nuestra parte, no sólo mantener el mismo resplandor, sino también hacer que sea más rutilante el ámbito de estos nuestros vestidos espirituales, puesto que el mismo Pablo, después de la gracia del bautismo,

cuanto más avanzaba el tiempo, tanto más brillante y refulgente se mostraba, pues la gracia florecía en él.

32. Por consiguiente, esforcémonos también nosotros por examinar cada día con cuidado este nuestro radiante vestido, no sea que coja alguna mancha o arruga³⁰⁷; pero hagamos un examen constante hasta de las faltas que se tienen por pequeñas, para que así podamos evitar los grandes pecados. Efectivamente, si comenzamos por desdeñar algunos fallos como insignificantes, y seguimos andando por este camino, en breve tiempo llegaremos a las grandes caídas. Por esta razón os exhorto también a que siempre traigáis en la mente el recuerdo de estos pactos y constantemente rehuyáis el contagio de todo aquello a que renunciasteis, quiero decir, de las pompas del diablo y de todos los demás artificios del Maligno, y a que guardéis íntegros los pactos con Cristo, para que, sacando continuo provecho de estos festines espirituales y fortalecidos con esta comida³⁰⁸, os hagáis invulnerables a las asechanzas del diablo.

33. Y con la perfección de vuestra conducta, os atraeréis de parte del Espíritu una gracia tan grande como para hacer que también vosotros seáis inexpugnables, que la Iglesia de Dios salte de gozo y se alegre por vuestro progreso, que el Señor de todas las cosas sea glorificado, y todos nosotros seamos considerados dignos del reino de los cielos, por la gracia, las misericordias y la bondad del mismo Hijo unigénito y Señor nuestro Jesucristo.

CATEQUESIS 9

Abstenerse de la molicie y embriaguez

1. Aunque el ayuno haya pasado, queridos, quede sin embargo, la piedad. Aunque haya transcurrido ya el tiempo de la santa Cuaresma, con todo, no nos desprendamos de su recuerdo al menos. Pero que nadie, os lo suplico, lleve a mal esta exhortación.

Porque no digo esto para obligaros a ayunar de nuevo, sino porque quiero que aflojéis un poco y que ahora particularmente deis pruebas más rigurosas del verdadero ayuno. Efectivamente, es posible ayunar incluso no ayunando. ¿Y cómo? Os lo diré: cuando tomamos alimentos, pero nos abstenemos de los pecados. Éste es, en efecto, el ayuno provechoso, y él es la razón de ser de la abstinencia de alimentos: para facilitarnos nuestra carrera hacia la virtud. Por consiguiente, si queremos tener el conveniente cuidado del cuerpo y guardar el alma limpia de pecados, convenzámonos y obremos así.

2. Efectivamente, este modo de ayunar nos será bastante más fácil, porque, durante aquel ayuno -el de la abstinencia de alimentos, quiero decir- oía yo a muchos afirmar que soportaban penosa-mente el peso de no comer, disculpase con la debilidad del cuerpo, lamentarse de muchas otras maneras y aseverar que el no lavarse y el beber agua sola acababa con ellos. Pues bien, durante este otro ayuno es imposible pretextar nada semejante. Efectivamente, no sólo es posible gozar de todas esas cosas, sino también procurar al cuerpo el oportuno cuidado y tener por el alma la conveniente solicitud. Por de pronto, ahora no estoy exhortándote a que te abstengas un tiempo de alguna cosa de éstas. Aléjate únicamente del pecado, y da continuamente pruebas de esta abstinencia, y así podrás cumplir el verdadero ayuno en todo el tiempo de tu vida. Efectivamente, el goce moderado de las cosas antes enumeradas no se impide; en cambio, se prohíbe todo pecado. Ahora bien, éste no nace de otra parte que de la molicie, de la glotonería y de la mucha pereza. Por esta razón, os lo suplico, ya que esto lo sabemos cabalmente, no utilicemos injustas disculpas de nuestra desidia.

3. En efecto, lo que muchas veces dije, lo repetiré también ahora: igual que el uso mesurado del comer proporciona gran provecho, tanto a la salud del cuerpo como al estado del alma, así también la desmesura destruye al hombre por ambas partes, ya que la glotonería y la embriaguez debilitan el vigor corporal y arruinan la salud del alma. Así pues, evitemos la desmesura y no seamos negligentes en lo que atañe a nuestra propia salvación, antes bien, sabedores de que ella es raíz de todos los males, cortémosla sin contemplaciones. Efectivamente, como de una fuente, así todas las especies de pecados nacen de la molicie y de la embriaguez, y lo que es la materia combustible para el fuego, eso son la molicie y la embriaguez para la caída en los pecados; y como allí, cuanto más abunda la leña, mayor es la hoguera y más alta sube la llama, así también aquí, al entregarse uno a la molicie y a la embriaguez, hace que se acreciente la hoguera de los pecados.

4. Ciertamente sé que vosotros, inteligentes como sois, después de nuestra exhortación no os vais a permitir el sobrepasar los límites de lo necesario. Pero yo os exhorto ahora, y con razón, a que no os alejéis únicamente de esta embriaguez, sino también de la que se produce sin vino, ya que ésta es aún más grave. Y no os sorprendáis de lo que acabo de decir, porque es posible embriagarse sin vino. Y que sea posible embriagarse sin vino, escucha al profeta cuando dice: ¡Ay de los que os embriagáis, y no de vino!³¹⁰.

¿Qué clase, pues, de embriaguez es ésta, sin vino? Es múltiple y variada. En efecto, producen embriaguez la ira, la vanagloria y el orgullo insensato; y cada una de las fatales pasiones nacidas en nosotros produce también en nosotros una especie de embriaguez y de hartura, y oscurece nuestra razón.

Efectivamente, la embriaguez no es otra cosa que extravío de la inteligencia natural, alteración de los razonamientos y pérdida de la conciencia.

5. Por tanto, dime, ¿en qué son menos que los borrachos de vino los que se encolerizan y se emborrachan de furor y dan muestra de tanta inmoderación que se comportan igualmente contra todos, y ni miden las palabras ni saben distinguir las personas? Efectivamente, como los locos y frenéticos se arrojan ellos mismos a los precipicios sin darse cuenta de ello, así también los que se encolerizan y son asaltados por el furor. Y por esta razón un sabio, queriendo mostrar la perdición que es semejante embriaguez, dice: Porque el ímpetu de su pasión lo hará caer³¹¹. ¿Ves cómo en breve sentencia nos hace comprender la demencia de esta pasión fatal?

6. Pero, a su vez, también la vanagloria y la necia soberbia son otras formas de embriaguez, y más graves aún que la misma embriaguez. Efectivamente, quien es presa de estas pasiones pierde, por así decirlo, el criterio incluso de los mismos órganos de los sentidos, y tampoco él está en mejor condición que los locos. Y efectivamente, destrozado cada día por estas pasiones, no se da cuenta de nada hasta que, hundido en el abismo mismo de la maldad, se ve envuelto en males incurables. Rehuyamos, pues, os lo suplico, tanto la embriaguez de vino como el oscurecimiento que nos viene de absurdas pasiones, y escuchemos al común maestro del universo, que nos dice: No os embriaguéis con vino, en el cual está la perdición³¹².

7. ¿Ves cómo por medio de esta palabra nos ha puesto en claro que también es posible embriagarse de otras maneras? Porque, si no hubiera otras formas de embriaguez, ¿por qué razón cuando dijo: No os embriaguéis, añadió: con vino? Y mira, a través de lo que añade, su excelsa sabiduría y la exactitud de su enseñanza, pues, cuando hubo dicho: No os embriaguéis con vino, añadió: en el cual está la perdición, poco más o menos como mostrándonos que la inmoderación en él se nos convierte en causa de todos los males. En el cual -dice- está la perdición, esto es, por medio del cual perdemos la riqueza de la virtud.

8. Y para que sepas que esto es lo que nos da a entender, intentaremos esclarecéroslo partiendo de los términos mismos que emplea. Efectivamente, solemos llamar perdidos a aquellos jóvenes que vemos derrochar a lo loco y sin necesidad

alguna la hacienda paterna, y que habiendo consumido en breve tiempo toda la riqueza paterna, quedan reducidos a miseria extrema. Así son también los que caen presa de la embriaguez del vino: no saben ya administrar como se debe la riqueza de la mente, sino que, como los jóvenes perdidos, así también ellos, anegados por la embriaguez, tanto si se trata de derrochar palabras como de hablar algo inconveniente y muy pernicioso, todo lo dicen y lo hacen sin escrúpulo, y peor que aquellos perdidos que dilapidaban la fortuna paterna, éstos se precipitan solos en la más extrema pobreza de la virtud, y muchas veces, sin darse de ello cuenta, revelan los secretos de su pensamiento y, después de haber dilapidado las riquezas de su pensamiento, se ven repentinamente desnudos y privados de todo escrúpulo y de toda conciencia.

El peligro de la embriaguez

9. En efecto, el que se embriaga no sabe administrar con discernimiento sus palabras, sino que, como casa abierta por todas partes y fácilmente atacable por cualquier insidioso, así está la mente del tal: abierta de par en par y destrozada por las funestas pasiones. Porque, al fin y al cabo, la embriaguez no es más que traición de los pensamientos, calamidad que hace reír y enfermedad de que se hace burla. La embriaguez es un demonio voluntariamente elegido; la embriaguez es oscurecimiento de los razonamientos; la embriaguez es atizador de las pasiones de la carne. Efectivamente, al que está atormentado por el demonio, muchas veces hasta lo compadecemos; en cambio, con el borracho nos indignamos y airamos, ¿por qué razón? Porque aquello es vejación del demonio, y esto, en cambio, es prueba de mucha despreocupación; aquello es insidia del demonio, mientras esto es insidia de los propios pensamientos.

10. Y para que aprendas que así es realmente, míramelo víctima de los mismos males que el endemoniado, y aun peores. Efectivamente, como el endemoniado arroja espuma por la boca, se cae y muchas veces permanece inmóvil sobre el suelo, sin reconocer a los presentes, pero haciendo visajes con los ojos, así también el que se embriaga, después que el exceso de vino ingerido ha devastado su capacidad crítica de los pensamientos, lo mismo que aquél, no sólo arroja espuma por su boca y yace abandonado en peores condiciones que un cadáver, sino que también, muchas veces, arroja por su boca liquido podrido. Y desde ese momento se hace repulsivo para los amigos, insoportable para la mujer, ridículo para los hijos y despreciable para los esclavos, y en una palabra, a los ojos de todos cuantos le ven aparece como tema de indecencias y de risa.

11. ¿Ves cómo estos tales son más miserables que los endemoniados? ¿Y quieres aprender, además de todo eso, cuál es el principal de los males? Porque, después de tener dichas tantas cosas, todavía no he puesto el remate: el que se embriaga se hace extraño al reino de los cielos. Escucha lo que dice el bienaventurado Pablo: No os engaños, que ni los fornicarlos, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los invertidos, ni los borrachos, heredarán el reino de los cielos³¹³. Pero quizá alguien diga: “Entonces, ¿qué? ¿Los idólatras, los adúlteros y los borrachos quedan por igual fuera del Reino?” Querido, esto no quieras saberlo de mí, porque yo he leído la ley tal como es; por tanto, no andes dándole vueltas a eso, esto es, si el borracho paga la misma pena que los

otros, sino mira bien esto otro: que también sufre la privación del Reino; ahora bien, una vez puesto fuera de él, ¿qué consuelo podrá ya tener?

12. Y digo esto ahora, no como acusación de los presentes, ¡Dios me libre! Estoy convencido, en efecto de que vosotros estáis limpios de esta pasión, por la gracia de Dios, y la mejor prueba de ello la encuentro en vuestra concurrencia aquí con tanto ardor, y en vuestra diligencia en escuchar esta instrucción espiritual, porque no es posible que esté deseoso de palabras divinas el que no es sobrio ni está vigilante. Os digo esto, sin embargo, porque a través de vosotros quiero también instruir a los demás, y porque quiero que vosotros os hagáis más firmes, de modo que nunca vengáis a ser presos de esta pasión.

13. Y es que los tales podría decirse que son más irracionales que los mismos irracionales. ¿Cómo? Yo os digo: los irracionales, cuando tienen sed, contienen el deseo en los límites de la necesidad, y nunca se permiten sobrepasar la necesidad; los hombres, en cambio, los racionales, no se aplican a calmar la sed, sino a ver de anegarse en vino y agravar así su propio naufragio. Efectivamente, lo mismo que un barco sobrecargado zozobra enseguida, así también el hombre que sobrepasa los límites de la necesidad e impone a su estómago una sobrecarga: rápidamente hunde su mente y envilece la nobleza de su alma.

14. Por eso, queridos, os conviene preocuparos seriamente de corregir al prójimo y arrebatarse a ese oleaje, para que obtengáis un salario mayor, no sólo por lo que toca a vosotros mismos, sino también por la salvación de los demás. Así decía también Pablo: Ninguno busque su propio bien, sino el del otro³¹⁴, y de nuevo: Edificaos mutuamente³¹⁵.

Por consiguiente, no mires sólo que tú estás sano y libre de enfermedad, sino cuida también y preocúpate mucho de que también el que es miembro tuyo se vea libre del daño consiguiente y evite la enfermedad, porque miembros somos los unos de los otros, y si un miembro padece, menester es que todos los miembros a una se conduelan; y si un miembro es glorificado, todos los miembros a una deben congratularse³¹⁶.

15. No teníais tanta necesidad de exhortación y de consejo durante el tiempo de la santa Cuaresma como ahora. Entonces, efectivamente, la resolución de ayunar os volvía mesurados, aun sin quererlo. Ahora, en cambio, estoy asustado por el temor a vuestra seguridad y a la despreocupación que de ella se deriva, porque realmente ante nada se siente tan inútil la humana naturaleza como ante la dejadez. Por esta razón el Señor en su bondad, ya desde los mismos comienzos impuso al género humano como una especie de freno, al condenar al hombre al trabajo y al sufrimiento, prueba de su gran preocupación por nuestra salvación.

Los judíos y la dejadez

16. Continuamente, en efecto, necesitamos del freno para caminar en buen orden. De hecho, por ahí les vino a los judíos mismos el atraerse la ira de lo alto. Cuando efectivamente gozaron de gran relajación y estuvieron seguros, después de verse libres de la dura esclavitud de Egipto, lo propio era que intensificaran la acción de gracias, que se dieran con mayor celo a glorificar al Señor, y que fueran muy generosos con quien tan grandes beneficios les había conferido. Pero ellos hicieron lo contrario: su mucha dejadez los pervirtió. Y por esta razón la divina Escritura los acusa cuando dice: Comió Jacob y se hinchó; engordó y engrosó el amado, y coceó³¹⁷.

17. Efectivamente, después de tantas maravillas y de aquellos inimaginables milagros -la travesía del mar, el desastre de los egipcios y el nuevo y extraño alimento del maná- y aunque todavía les habitaba la memoria de los beneficios, tan pronto como se encontraron en medio de fuerte relajación, echaron en completo olvido aquello, se fabricaron un becerro y lo adoraron diciendo: Israel, estos son tus dioses, los que te sacaron de la tierra de Egipto³¹⁸. ¡Qué ingratitud! ¡Qué tremenda falta de sensibilidad! Porque tal fue siempre su costumbre: en cuanto se toman algún relajamiento, se dejan llevar al precipicio y se olvidan de su bienhechor, pero, en cuanto se sienten un poco apretados, entonces pliegan velas y se humillan. Por esto también el bienaventurado David, para ilustrar esto, decía: Si los mataba, entonces le buscaban³¹⁹.

18. Sólo que ésta es la costumbre de los servidores ingratos y de los insensibles judíos. Nosotros, en cambio, os lo suplico, revolviendo continuamente en nuestras mentes los dones de Dios y recordando la magnitud y el número de sus beneficios, seamos generosamente agradecidos, reconozcamos en todo instante en Él la causa de nuestro bien, demostremos una conducta digna de sus beneficios y, en fin, cada día empenemos nuestro esfuerzo en la salud de nuestra propia alma. Y muy particularmente vosotros, los que recientemente fuisteis considerados dignos de la iniciación en los misterios; los que os habéis quitado de encima la carga de los pecados; los que os habéis revestido la túnica esplendente. ¡Y qué digo la túnica esplendente! ¡Los que os habéis revestido de Cristo mismo y habéis recibido como morador en vosotros al Señor de todas las cosas! Vosotros, pues, dad pruebas de una conducta digna de ese huésped, para que os atraigáis mayor gracia de lo alto y os apliquéis ardientemente a ser imitadores del que primero fue perseguidor, pero después apóstol.

Pablo y Simón Mago

19. Éste, cuando fue bautizado e iluminado con la luz de la verdad, inmediatamente se hizo así de grande, pero aun se hizo mucho más grande según fue pasando el tiempo. Efectivamente, después que él hubo contribuido con cuanto de él dependía: el celo, el ardor, la decisión generosa, el fervoroso deseo y el desprecio de los presentes, en adelante iban fluyendo sobre él con gran abundancia los dones de la gracia de Dios. Y el que antes de esto había dado pruebas de un furor incontenible,

que había corrido por todas partes, y por todos los medios había guerreado contra la causa de la piedad, en cuanto conoció el camino de la verdad, se puso a confundir a los ingratos judíos, y fue descolgado en un serón por una ventana³²⁰ para que pudiera escapar a la crueldad de los furiosos judíos. ¿Viste el repentino cambio? ¿Ves cómo la gracia del Espíritu Santo transformó su alma, cómo cambió su voluntad y cómo, al igual que un fuego que se abate sobre los espinos, así también entró en él la gracia del Espíritu, consumió las espinas de sus pecados y le tornó más resistente que el diamante?

20. Imitadle a él vosotros también, os lo suplico, y no solamente podréis ser llamados “nuevos iluminados” para dos, tres, diez e incluso veinte días, sino que también mereceréis este apelativo después de transcurridos diez, veinte o treinta años y, por así decirlo, durante toda vuestra vida. Efectivamente, si por medio de la práctica de las buenas obras nos esforzamos por hacer más resplandeciente la luz que hay en nosotros, quiero decir, la gracia del Espíritu, de modo que nunca la dejemos extinguirse, gozaremos de ese nombre a lo largo de todo el tiempo. Porque, lo mismo que es posible que el que ayuna, vela y demuestra una conducta digna sea perpetuamente un “nuevo iluminado”, así también, a su vez, es posible volverse indigno de este nombre con un solo día de negligencia.

21. Así el bienaventurado Pablo, puesto que por la gracia subsiguiente se atrajo un mayor apoyo de lo alto, permanecía constantemente en este resplandor y volvía más refulgente en él la luz de la virtud. En cambio, el Simón Mago aquel, después que, arrepentido, corrió hacia el don del bautismo y gozó de la gracia y de la generosidad del Señor, pero no contribuyó con una disposición digna, sino que demostró una gran negligencia, de repente se quedó privado de gracia tan grande, hasta el punto de recibir del primero de los apóstoles un consejo: curar por el arrepentimiento la enfermedad de la falta; le dice, efectivamente: Arrepiéntete, pues, de esta maldad tuya, por si te es perdonado este pensamiento de tu corazón³²¹.

22. Pero no quiera Dios que alguien de los aquí reunidos se exponga alguna vez a algo parecido, al contrario, ojalá, a ejemplo del bienaventurado Pablo todos vosotros acrecentéis tanto vuestra virtud que merezcáis más abundante generosidad por parte del Señor. Efectivamente, querido, no son cosas de poca monta aquellas de las que se nos ha considerado dignos: la grandeza de lo que se nos ha dado sobrepasa toda humana inteligencia y vence a nuestro razonamiento. Considera, por favor, qué cargo tan importante se te ha confiado, efectivamente, y cuál es la dignidad que has recibido del rey del universo. Porque tú, el que antes eras esclavo, el cautivo, el fracasado, súbitamente has sido elevado a la categoría de hijo. Por consiguiente, no te descuides ni dejes que te arrebaten esta tu dignidad, ni que te priven de esta tu riqueza espiritual, porque, si tú no quieres, nadie podrá nunca arrebatarte los dones que Dios te ha dado.

23. Esto no es posible, sin embargo, en las cosas humanas. Efectivamente, cuando uno obtiene de un rey de la tierra una dignidad, el que le sea arrebatada no está en su propia decisión, sino que el mismo que proporciona el cargo es también dueño de retirarlo, y así, cuando él quiere, despoja de la dignidad al que la recibió, le reduce

repentinamente a simple particular y le separa del mando. Totalmente contrario es lo que ocurre con nuestro Rey: la dignidad que por su bondad nos fue dada una vez por todas -quiero decir la adopción filial, la santificación y la gracia del Espíritu-, si nosotros no somos unos descuidados, a nadie de nosotros podrá nunca serle arrebatada. ¡Y qué digo arrebatar! ¡Cuando Él nos vea responder generosamente de lo que ya nos ha dado, añadirá todavía más y así con su generosidad aumentarán una vez más los dones que de Él vienen!

Necesidad de continua conversión de los bautizados

24. Conscientes, pues, de que, después de la gracia de Dios, todo depende de nosotros y de nuestra diligencia, respondamos generosamente de lo que ya se nos ha dado, para hacernos dignos de dones aún mayores. Por eso os exhorto: vosotros, los que habéis sido recientemente considerados dignos del don divino, demostrad una gran circunspección, y conservad puro y sin mancha el vestido espiritual que se os ha entregado; nosotros, los que recibimos hace tiempo este don, demostremos un buen cambio de vida. Porque hay, sí, hay un regreso, si queremos, y es posible volver de nuevo a la antigua belleza y al prístino esplendor, con tal, únicamente, que nosotros contribuyamos con nuestra parte.

25. Efectivamente, en lo que atañe a la belleza corporal, es imposible que vuelva de nuevo a su mejor momento el semblante que, una vez por todas, se ha afeado, y que, por vejez, por enfermedad o por cualquier otra circunstancia corporal, ha perdido su antigua belleza. Es, en efecto, un accidente de la naturaleza, y por esta razón es imposible regresar al esplendor de la belleza primera. En cambio, respecto del alma, si nosotros queremos, sí que es posible, gracias a la inefable bondad de Dios, y así el alma que una vez se manchó y por la muchedumbre de los pecados se afeó y envileció, puede rápidamente regresar a su primera belleza, con tal que nosotros demostremos una intensa y rigurosa conversión.

26. Ahora bien, esto lo digo para mí mismo y para los que fueron dignos del bautismo ya antes. Vosotros, sin embargo, los nuevos soldados de Cristo, hacedme caso y empeñaos por todos los medios en conservar puro vuestro vestido. En efecto, mucho mejor es tener ahora el cuidado y la preocupación de su brillo, de modo que podáis permanecer continuamente en la pureza y no cojáis mancha alguna, que, por haberos descuidado, llorar después y golpearos el pecho para poder limpiaros la mancha sobrevenida. No paséis lo que pasamos nosotros³²², os lo suplico, antes bien, que la negligencia de los que os precedimos os sirva de escarmiento a vosotros.

27. Y como soldados espirituales, nobles y vigilantes, limpiaos cada día vuestras armas espirituales, para que el enemigo, al ver el fulgor de las armas, se aleje y no piense que puede acercarse. Efectivamente, cuando vea, no sólo que brillan las armas, sino también que vosotros estáis bien protegidos por todas partes y que el tesoro de vuestra mente está bien asegurado con todo rigor, como una casa, él se ocultará y se marchará, sabedor de que nada más logrará, aunque intente el asalto miles de veces. Porque puede ser desvergonzado y atrevido en alto grado y más

cruel que una fiera, pero, cuando ve al completo vuestra armadura espiritual y la fuerza que el Espíritu os ha dado, percibe con mayor exactitud su propia debilidad, y se retira con gran vergüenza y con gran desprecio de sí mismo, porque sabe que intenta lo imposible.

28. Por consiguiente, os lo suplico, vivamos todos sobriamente: los que fuimos antes considerados dignos de este don, para que podamos regresar a la primera belleza y purificarnos de la mancha sobrevenida, y los que acabáis de gustar la generosidad del rey demostrad vigilancia y gran firmeza, de modo que podáis permanecer en continua pureza y no recibáis la más leve mancha o arruga³²³ por insidia del diablo; al contrario, como si éste se presentase, se colocara cerca y disparase los dardos de la maldad, nosotros fortifiquémonos bien por todos los flancos y resistámosle con mucha diligencia y con gran preocupación por nuestra propia salvación, para que podamos evitar las insidias de aquél, y por nuestra fidelidad nos atraigamos el auxilio de lo alto, por la gracia y la bondad de nuestro Señor Jesucristo.

CATEQUESIS 10

Reprimenda a los que prefieren los espectáculos a la Iglesia

1. ¡De nuevo las carreras y los espectáculos satánicos, y nuestra asamblea menos numerosa!³²⁵.

Por esta razón yo, temeroso de la negligencia que deriva de la relajación y de la despreocupación, me adelanté exhortando y rogando a vuestra caridad que no dilapidaseis la riqueza acumulada a fuerza de ayuno y que no os infligieseis la ruina que deriva de los espectáculos satánicos. ¡Y por lo visto, de nada sirvió mi exhortación! Ahí tenéis, efectivamente, algunos de los que habían escuchado nuestra enseñanza: hoy se dejan arrastrar, abandonan esta audición y han corrido allá, y de un solo envite han arrojado de su mente todo: el recuerdo de la santa Cuaresma, la fiesta salvadora del día de la Resurrección, la tremenda e inefable comunión de los divinos misterios, la continuidad de nuestra enseñanza.

2. Así pues, dime, ¿con qué ánimo voy yo a comenzar la instrucción de costumbre, cuando veo que ningún provecho sacan de lo que yo digo, más aún, cuando veo que cuanto más se alarga mi instrucción, tanto más por decirlo así, aumenta su despreocupación, lo que también acrecienta nuestro dolor y a ellos les agrava la condena? Mejor dicho, no solamente se acrecienta nuestro dolor, sino también nuestro desánimo. Efectivamente, como el labriego, cuando ve que su tierra, después de tantos trabajos y fatigas, no produce nada digno de tales trabajos, sino que imita a la piedra estéril, él se vuelve más remiso a la hora de labrarla, porque ve que se mata inútilmente a trabajar, así también el maestro: cuando ve que, después de su gran desvelo y continua enseñanza, los discípulos se mantienen en la misma pereza, ya no puede proseguir su enseñanza espiritual con la misma disposición de ánimo, por más que, en este caso, la despreocupación de los oyentes no hace que sea menor la recompensa de sus trabajos.

3. En efecto, no todo lo que puede observarse en la tierra ocurre igualmente en la enseñanza espiritual. Allí, por ejemplo, cuando la tierra le defrauda, el labrador se vuelve a casa con las manos vacías, sin poder hallar un mínimo de consuelo para sus penas. Aquí en cambio, ocurre justamente lo contrario: por más que los discípulos persistan en la misma desgana y aunque nadie se aproveche de lo que se ha dicho; el

maestro, si ha cumplido todo lo que a él le correspondía hacer, cosechará con abundancia las recompensas de los trabajos, porque Dios, en su bondad, no recorta los salarios de los trabajos por culpa de la incuria de aquellos, antes bien, escuchen o no escuchen, Él ofrece su abundante remuneración.

4. Mas, como quiera que nosotros no miramos únicamente si los salarios y las remuneraciones permanecen íntegros, sino que también nos preocupamos muchísimo de vuestra ganancia y de vuestro provecho, pues consideramos detrimento nuestro vuestra incuria, por esta razón también contamos con que nuestra alegría se vea menoscabada, sobre todo cuando pensamos que esto mismo es causa de mayor condena para cuantos después de esta exhortación persistan en la misma negligencia, sin querer aprovecharse de la continuidad de la enseñanza.

5. Precisamente lo que Cristo decía refiriéndose a los judíos: Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; mas ahora no tienen excusa de su pecado³²⁶, le viene al dedillo a lo que estamos diciendo refiriéndonos a los que en vez de esta concurrencia prefieren los pasatiempos de fuera, las pandillas perniciosas, las carreras de caballos y los espectáculos del diablo. Si no os hubiéramos hecho anticipadamente tanta exhortación instruyéndoos durante todo el tiempo, invitándoos cada día con nuestra constante enseñanza y nuestro estímulo, como a niños pequeños, a seguir el camino de la virtud, mostrándolas la ruina que es la maldad, y excitándoos a rectificar las caídas anteriores; si, repito, no nos hubiéramos adelantado haciendo todo esto, quizá se les pudiera juzgar dignos de perdón.

6. Pero ahora, ¿qué disculpa tendrán? ¿Quién les otorgará perdón cuando, no solamente se perjudican a sí mismos con su gran incuria, sino que también son ocasión de escándalo para los demás, y cuando ni siquiera el anciano toma en consideración sus muchos años, ni su próximo fin, ni la magnitud del peso de los pecados cometidos, sino al contrario, cada día aumenta sus faltas y se convierte con su edad³²⁷ en maestro de negligencia para los jóvenes? Porque, dime, ¿cómo podrá ese tal corregir la negligencia del niño y hacer entrar en razón al joven desordenado, Si él mismo no se ha vuelto juicioso a pesar de su edad y, habiendo de dar cuentas, no sólo de su propia conducta, sino también de la de aquellos otros que le tuvieron de maestro de negligencia, ni aun así se abstiene de esta perversa costumbre?

7. Efectivamente, de la misma manera que quien practica la virtud no sólo espera las recompensas por sus propios trabajos, sino que también recoge como fruto la paga del provecho causado en los demás, por haber llevado a muchos a ser émulos e imitadores de su propia virtud, así también los que practican el mal tienen que someter a juicio cuentas más severas por haber sido también para los demás motivo de negligencia.

Pues, ¿qué reprocharemos en adelante a los jóvenes, si los viejos andamos descarriados en tan gran negligencia y no hemos escuchado el aviso del Apóstol, que dice: No seáis tropiezo para los judíos, ni para los griegos, ni para la Iglesia de Dios³²⁸?

Exhortación a dar en todo gloria a Dios

8. ¿Ves el consejo que brotó de las entrañas del Apóstol? Porque él estaba lleno de temor y temblor por los que podían ser perjudicados por obra de nuestra negligencia, y porque sabía que no es pequeño el peligro para quienes fomentan la negligencia de los otros. Por esta razón, exhortando también a otros a que en todo tuvieran la preocupación de la virtud, decía: Ya comáis, ya bebáis, ya hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios³²⁹. Fíjate bien, te lo ruego, en la exactísima exhortación: Todo cuanto emprendáis y obréis, dice, que tenga esta raíz y esta motivación: tender a la gloria de Dios; y que de ti no proceda obra alguna sin esta motivación. Así pues, ya comáis, ya bebáis, ya hagáis cualquier otra cosa hacedlo todo para gloria de Dios.

9. ¿Y cómo es posible -dice- eso de comer y beber para gloria de Dios? Cuando sentado a la mesa das gracias al Señor; cuando reconoces al proveedor; cuando no introduces una conversación terrenal, sino que, satisfecha con mucha templanza la necesidad corporal y habiendo evitado la inmoderación y la glotonería, te levantas y das gracias al que proporciona el alimento para nuestra subsistencia, entonces has hecho todo para gloria de Dios. Pues dice: Ya comáis, ya bebáis, ya hagáis cualquier otra cosa, hacedlo para gloria de Dios.

10. Contempla cómo en la brevedad de esta sentencia abarcó toda nuestra vida. Efectivamente, cuando dijo: Ya hagáis cualquier otra cosa, en una sola expresión encerró todo nuestro vivir, pues él quería que nosotros practicáramos en todo momento las obras de la virtud sin poner la mira en la gloria humana. Y no sólo eso, sino que, al decir: Ya hagáis cualquier cosa, hacedlo todo para gloria de Dios, también nos quiere dar a entender otra cosa: abstenerse por completo de las obras malas y no hacer nada que no dé gloria a nuestro común Señor de todos. Por tanto, si practicamos la virtud, antes que nada miremos de conseguir la alabanza que únicamente viene de Dios, y no tengamos para nada en cuenta el aplauso que viene de los hombres. Y si somos negligentes, que nos espante y nos baje los humos del pensamiento aquel juicio incorruptible, la llegada de aquel día terrible y el hecho de que nuestras acciones tiendan a la blasfemia contra Dios. En realidad, lo mismo que respecto a los que practican la virtud dice: Yo glorificaré a los que me glorifican³³⁰, así también escucha tú de nuevo al profeta, que dice: ¡Ay de vosotros, pues por causa vuestra mi nombre es blasfemado entre las naciones!³³¹.

11. ¿Estás viendo cuánta indignación la de esta palabra? Pero, ¿cómo es posible glorificar a Dios? Viviendo para gloria de Dios y haciendo así que nuestra vida alumbre, como decía también en otra ocasión: Alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos³³². Efectivamente, nada como una conducta óptima hace que se glorifique a nuestro Señor. Por ejemplo, de igual manera que la luz del sol ilumina con sus propios rayos los semblantes de los que la miran, así también la virtud, al

atraer a todos los que la miran y hacer que la contemplen, mueve también a los espíritus rectos a que glorifiquen al Señor. Por consiguiente, todo lo que hacemos, hagámoslo de tal manera que a cada uno de los que nos ven podamos moverlos a glorificar a Dios: Ya hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios.

12. ¿Un ejemplo? Si alguna vez quieres alternar con alguien, no te afanes en cultivar el trato de los potentados y famosos según el mundo, sino el de los atribulados, de los desgraciados, de los prisioneros, de los abandonados por todos y de los que no saben lo que es un solo consuelo. Tú aprecia sobremanera la compañía de éstos, pues por ellos recibirás mucha ganancia, serás más amante de la virtud y obrarás todo para la gloria de Dios. Y si debes hacer visitas, prefiere con mucho los huérfanos, las viudas y los que viven en mucha penuria, a los que están en la plenitud de la gloria y de la fama. Porque es Él mismo quien tiene dicho: Yo soy el padre de los huérfanos y el juez de las viudas³³³; y de nuevo: Juzgad en derecho al huérfano, haced justicia a la viuda; venid aquí, y discutamos, dice el Señor³³⁴.

13. Y si quieres simplemente presentarte en la plaza, acuérdate de la exhortación del Apóstol, que dice: Ya hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios. No malgastes el tiempo en compañías inútiles y perjudiciales, antes bien, apresura tu carrera hacia la casa de Dios, para que el cuerpo y el alma reciban juntos el máximo provecho. Y si conversamos con algunos, hagámoslo con mucha ecuanimidad y mansedumbre, y no dejemos que se desarrollen conversaciones terrenales y nada útiles, antes bien, hagamos que se converse de cuanto pueda aprovechar a los que escuchan y librarnos a nosotros de todo reproche.

Gravedad del escándalo, y deber de la corrección fraterna

14. No he removido estas cosas delante de vuestra caridad sin más, sino para que sepáis cuánta precaución se necesita, si en algo queremos preocuparnos por nuestra salvación, y de qué condena tan grande son dignos los que, en vez de esta asamblea de aquí y de esta enseñanza espiritual, prefieren los pasatiempos de fuera, las inútiles y perjudiciales compañías, las carreras de caballos y los satánicos y funestos espectáculos, y desoyen al bienaventurado Pablo cuando dice: No seáis tropiezo para los judíos, ni para los griegos, ni para la Iglesia de Dios³³⁵.

15. Pues bien, ¿qué perdón les queda a estos tales? ¿Qué disculpa, cuando el cristiano que participa de esta enseñanza de aquí y que gusta los terribles e inefables misterios cohabita con el judío y el pagano y disfruta con las mismas cosas con que éstos se deleitan? ¿Cuándo, dime, podremos en adelante reconducir a este descarriado a la verdad, y atraer a la piedad a quien tan desganado está? ¿Cómo no va a convenir que nosotros digamos a estos tales justamente lo que el bienaventurado Pablo decía a los que en Corinto entraban en los templos de los ídolos después de haber recibido la palabra de la piedad? Dice: Si te ve alguno, a ti que tienes ciencia, sentado a la mesa de un templo de ídolos...³³⁶.

16. Nosotros, sin embargo, modificándolo algún tanto, diremos: “Si alguno te ve, a ti que tienes el conocimiento de la piedad, pasándote la jornada entera en esas inútiles y perniciosas compañías, por ser él débil, ¿no va a ser inducida su conciencia a perseguir con más ardor tales cosas?”. Efectivamente, lo que aquel bienaventurado Apóstol decía cuando intentaba retener a los que, después de conocer la piedad, atolondradamente se iban a los ídolos y eran causa de escándalo para los demás, esto mismo diremos también nosotros ahora -¡y muy atinadamente!- a los que corren hacia aquellas inicuas juntas y prefieren los pasatiempos de fuera a esta reunión de aquí.

17. ¿Pero qué sacamos en limpio de tantos y tan graves reproches, cuando los que han de dar cuentas ni escuchan ni están presentes a lo que decimos? Pues bien, ni aun así nuestra exhortación será inútil. Efectivamente, gracias a vuestra comprensión, es posible que ellos se enteren de todo esto con exactitud, y que rehúyan el cebo del diablo y vuelvan al alimento espiritual. Así hacen también los médicos. En efecto, cuando visitan a los enfermos no conversan solamente con ellos sobre los cuidados, sino también con los sanos allí presentes, y dan todas las órdenes a los parientes del enfermo, y después de haber encomendado a éstos el cuidado de todo y de haber dejado todo en orden, es cuando se van. Así también nosotros: incluso si los enfermos están ausentes, no obstante, nosotros os encomendamos a vosotros, los sanos, el cuidado de su curación, y os descubrimos el dolor de nuestra alma, para que en adelante os preocupéis de la salud de vuestros propios miembros, y por medio de las obras cumpláis la exhortación del Apóstol: Ya comáis, ya bebéis, ya hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios³³⁷.

18. Efectivamente, cuando al salir de aquí tomes como tarea la salvación de tu hermano, y no solamente no lo acuses ni lo critiques, sino que le aconsejes, le confortes y le muestres, de una parte el perjuicio del pasatiempo de fuera, y de otra la ganancia y el provecho de esta enseñanza de aquí, entonces habrás hecho todo para la gloria de Dios, a la vez que te preparaste una doble paga: por haber tomado tan a pecho tu propia salvación y por afanarte en la curación del que es miembro tuyo. Éste es el orgullo de la Iglesia, éste el mandamiento del Salvador: no mirar únicamente por sí mismo, sino también por el prójimo³³⁸.

19. Pues bien, piensa a qué dignidad se eleva el que toma gran interés por la salvación del hermano: en lo que permiten sus fuerzas, el tal imita a Dios. Escucha, en efecto, lo que dice a través del profeta: El que saca lo digno de lo indigno será como mi boca³³⁹. Viene a decir: “El que se esfuerza por salvar al hermano descuidado y arrancarlo de las fauces del león, en cuanto lo permite la fuerza humana, me imita a mí”. ¿Qué podría igualar a esto? De todas las buenas obras, ésta es la mayor, ésta la cima de toda virtud.

20. Y con mucha razón, porque, si Cristo derramó su propia sangre por nuestra salvación, y Pablo, refiriéndose a los que dan escándalo y dañan la conciencia de los que miran, dice a voz en grito: Y por tu ciencia se perderá el hermano débil, por el cual

Cristo murió³⁴⁰; Si pues, tu Señor derramó por él su sangre, ¿cómo no iba a ser justo que cada uno de nosotros contribuyera por lo menos exhortando con palabras y abriendo los brazos a los que por su dejadez han caído en los lazos del diablo? Pero yo estoy plenamente convencido de que vosotros haréis esto, llenos como estáis de ternura para con los que son miembros vuestros, y de que con toda solicitud devolveréis a vuestros hermanos a la madre común, pues yo sé que, por la gracia de Dios, sois prudentes y podéis también reprender a los demás³⁴¹.

Frescor perenne del bautismo

21. Pero en el poco tiempo que nos queda quiero dirigir mi palabra a los nuevos iluminados. Y llamo nuevos iluminados, no sólo a los recién agraciados con el don espiritual, sino también a los de hace un año, e incluso de mucho más tiempo. Si quisieran, también ellos podrían gozar continuamente de este nombre. Efectivamente, la novedad ésta no conoce edad, ni está sujeta a enfermedad, ni es presa del desaliento, ni se marchita con el tiempo, ni cede a nada, y nada la vence, si no es, únicamente, el pecado: su gravosa vejez es el pecado.

22. Y para que aprendas que éste es lo más pesado, escucha al profeta que dice: Como carga pesada han cargado sobre mí³⁴². Ahora bien, no sólo es pesada, sino también fétida, pues añade: Hedieron y se pudrieron mis llagas³⁴³. ¿Ves cómo el pecado no sólo es pesado, sino también maloliente? Y de dónde se engendra, apréndelo también por lo que se añade, pues dice: A causa de mi locura³⁴⁴. Así pues, la locura es causa de todos nuestros males. Por consiguiente es posible que uno que por la edad es viejo sea joven y nuevo iluminado, según la plena lozanía de la gracia, y en cambio otro, joven según el cuerpo, esté hecho un viejo por el caudal de pecados. Porque allí donde el pecado logra entrar, en seguida multiplica las manchas y las arrugas³⁴⁵.

23. Por esta razón yo os invito a todos vosotros, a los que recientemente habéis recibido el bautismo y a los que obtuvisteis este don anteriormente: a estos últimos, a que por la confesión³⁴⁶, las lágrimas y una exacta penitencia, os limpiéis la mancha contraída; y a los primeros, a que conservéis la frescura de vuestro esplendor y vigiléis cuidadosamente la belleza del alma, para que no reciba la más mínima gota que pueda formar una mancha. ¿No veis a los que estrenan vestido flamante con qué cuidado caminan por la plaza para evitar que les salpique el barro y ensucie su bello vestido? Y sin embargo, de ello ningún daño le sobrevendría al alma, pues se trata de un vestido que la polilla corroe y que se gasta con el tiempo, y que, si se mancha, también se

limpia fácilmente con agua. En cambio, si alguna vez ocurre -¡y ojalá nunca suceda!- que la mancha cae sobre el alma, bien a través de la lengua, bien por medio de los pensamientos concebidos en la mente, inmediatamente sobreviene un grave daño, una pesada carga, un terrible hedor.

24. Ésta es la razón por la que yo, temeroso también de las asechanzas del enemigo, no ceso en mi exhortación a que conservéis intacta la vestidura nupcial, de modo que siempre podáis entrar con ella a estas nupcias espirituales. Que es un matrimonio espiritual lo que aquí se está celebrando, velo tú mismo: como en los matrimonios humanos de acá la boda se prolonga durante siete días, así también nosotros prolongamos en otros tantos días vuestra boda espiritual y os ponemos la mesa mística, llena de infinitos bienes. ¿Y qué digo siete días? Si queréis ser sobrios y estar vigilantes, estas bodas se prolongan para vosotros durante todo el tiempo, con esta única condición: que conservéis intacto el esplendor de vuestro vestido nupcial.

25. De esta manera, en efecto, atraeréis al esposo a un mayor amor, y vosotros mismos, a medida que avanza el tiempo, apareceréis más brillantes y esplendorosos, pues la gracia aumentará más y más con la práctica de las buenas obras. Ojalá todos nosotros demos pruebas de una vigilancia digna del don ya recibido y sigamos haciéndonos dignos de la bondad de lo alto, por la gracia y las misericordias de su Hijo unigénito y Señor nuestro Jesucristo.

CATEQUESIS 11

Los nuevos bautizados, junto a los sepulcros de los mártires

1. Abundante y variada mostró el Dios de bondad su providencia para con el género humano. No solamente realizó la creación entera y extendió el cielo y dilató el mar, encendió el sol e hizo lucir la luna, nos agració con la tierra para morada y nos ofreció todo lo que nace de la tierra para alimento y subsistencia de nuestros cuerpos, sino que también nos ha agraciado con las reliquias de los mártires. Después de tomar para Él sus almas -pues dice: Las almas de los justos están en la mano de Dios³⁴⁸- nos dejó por algún tiempo a nosotros sus cuerpos como consuelo y estímulo bastantes para que, situándonos junto a los sepulcros de estos santos, nos empeñemos en emularlos e imitarlos, y al verlos, nos acordemos de sus buenas obras y de las recompensas inherentes a ellas.

2. De aquí realmente se deriva, además, un gran provecho para nuestras almas, si somos sobrios. En efecto, ningún discurso puede instruirnos tanto ni conducirnos a la sabiduría y al desprecio de las cosas presentes como los padecimientos de los mártires, pues emiten una voz más penetrante que la de la trompeta, y por los hechos demuestran a todos la grandeza de la recompensa y el exceso de la retribución por los trabajos de acá. Lo que va del dicho al hecho, eso va de mis palabras a la enseñanza que dan estos santos.

3. Por consiguiente, querido, cuando vienes aquí y consideras en tu mente que todo este pueblo se apresura a congregarse con tanta diligencia para abrazarse a este polvo y cosechar de él la bendición, ¿cómo en adelante no te vas a exaltar mentalmente y no vas a apresurarte a demostrar el mismo celo que el mártir, para merecer tú también las mismas recompensas? Porque piensa: si por parte de sus compañeros de esclavitud, que somos nosotros, gozan aquí de tanta honra, ¿cuánta y cuál no será la confianza de que gozarán por parte del Señor en aquel tremendo día, cuando brillarán con más esplendor que los rayos del sol? Pues dice: Entonces los justos resplandecerán como el sol³⁴⁹.

4. Así pues, ya que sabemos la grandeza de su confianza, refugiémonos siempre en ellos y aceptemos su ayuda. Efectivamente, si los hombres que tienen gran confianza con el emperador en la tierra pueden prestar muchos y grandes servicios a

quienes recurren a ellos, con mucha mayor razón estos santos, que adquirieron su confianza con el rey de los cielos por medio de sus propios padecimientos, nos serán de la mayor utilidad, con tal, Únicamente, que nosotros contribuyamos con nuestra parte. Porque su ayuda podrá aprovecharnos sobre todo cuando no somos negligentes, sino que, al contrario, también nosotros nos esforzamos con asiduidad y con el cuidado de nuestra conducta por atraer sobre nosotros la bondad del Señor.

Los mártires, médicos espirituales del alma y del cuerpo

5. Por consiguiente, recurramos de continuo a ellos como a médicos espirituales. Por esta razón, efectivamente, el Señor tuvo la bondad de dejarnos a nosotros sus cuerpos: para que, legándonos aquí y abrazándonos con la disposición del alma, recibamos de ellos la máxima curación de las enfermedades del alma y del cuerpo. Porque, si nos acercamos con fe, tanto si nuestro padecimiento es del alma como si es del cuerpo, nos retiraremos de aquí curados de ambos.

6. Ahora bien, en las enfermedades corporales, con frecuencia es menester emprender largos viajes para conseguir la mano del médico, desembolsar buen dinero e imaginar mil medios para poder convencerle de aplicarnos los recursos de su arte, y así encontrar nosotros algún alivio al padecimiento. Aquí en cambio, nada de esto necesitamos: ni largo viaje, ni fatigas, ni muchos rodeos, ni gasto de dinero; nos basta con traernos una fe sincera y derramar ardientes lágrimas con el alma alerta, para encontrar inmediatamente la curación del alma y obtener el remedio para el cuerpo.

7. ¿Ves el poder de estos médicos? ¿Ves su generosidad? ¿Ves su arte jamás vencida por las enfermedades? Ciertamente, en los padecimientos corporales, es frecuente que la gravedad de la enfermedad pueda con el arte del médico. En cambio, aquí es imposible sospechar siquiera algo semejante: al contrario, si nos acercamos con fe, inmediatamente obtenemos el provecho. Y no te sorprendas, querido, pues el Señor en su bondad, ya que los mártires sufrieron todo por Él y por confesarle a Él, y así, despojados de todo, se opusieron al pecado hasta derramar su sangre, queriendo por esto hacerles aparecer más luminosos y acrecentar mucho más su gloria, incluso en esta vida perecedera, por honrarles a ellos, otorga generosamente sus dones a los que se acercan con fe.

8. Y que no son palabras vanas cuanto acabo de decir, sino que la misma experiencia de los hechos lo atestigua, sé muy bien que también vosotros lo diréis y lo atestiguaréis. Efectivamente, ¿qué mujer con el marido lejos y la pesadumbre de la separación, si vino aquí y dirigió al Señor de Todo su súplica por medio de los santos mártires, no apresuró la vuelta de su marido de tan larga ausencia? Y esta otra, a su vez, que al ver a su hijo asaltado por grave enfermedad vino aquí con las entrañas desgarradas y traspasadas, por así decirlo, y tras derramar ardientes lágrimas y estimular para que intercedieran por ella a estos santos, quiero decir, a estos campeones de Cristo, ¿no expulsó inmediatamente la enfermedad e hizo que el enfermo recobrara la salud?

9. Y muchos otros también, abrumados por las críticas circunstancias de sus negocios y viendo los insuperables peligros que les amenazaban, se llegaron aquí, y después de hacer fervorosa oración, evitaron la experiencia de todos aquellos peligros. Mas, ¿por qué hablo de enfermedades corporales y de críticas circunstancias de los negocios? Muchos también, tiranizados por el mismo diablo y asaltados por

padecimientos del alma, se presentaron a estos médicos espirituales, hicieron memoria de sus propios pecados, desnudaron, por así decirlo, con la palabra sus llagas, y fue tanto el consuelo que de ahí sacaron que inmediatamente tuvieron la sensación de que su conciencia se volvía más ligera, y regresaron a sus casas con una gran certidumbre.

10. Efectivamente, el Señor nos ha agraciado con los sepulcros de los santos mártires como fuentes espirituales capaces de producir caudalosas corrientes de agua. Y como las fuentes de agua están francamente abiertas para todos cuantos quieran sacar agua de ellas, y el que quiere se va de allí con tanta agua cuanto puede caber en su vasija, de la misma manera también en estas fuentes espirituales es posible ver otro tanto. En efecto, también estas fuentes están a disposición de todos y no hay aquí distinción alguna de personas, al contrario, rico o pobre, esclavo o libre, hombre o mujer, cada uno recibirá de estas divinas corrientes de agua tanta mayor cantidad cuanto mayor es el deseo que se ha esforzado por traer.

11. Efectivamente, lo que allí son las vasijas para la cantidad de agua que se ha de recoger, eso mismo son aquí la mente, el fervor del deseo y la sobriedad con que nos acercamos. Porque quien se acerca de esta manera inmediatamente retira innumerables bienes, pues la gracia de Dios va invisiblemente aligerando la conciencia, proporciona una gran certidumbre y hace que en adelante se aleje de la tierra y cambie de fondeadero zarpando hacia el cielo. Porque, incluso para el hombre aprisionado en el cuerpo, es posible no tener nada en común con la tierra y, en cambio, imaginarse todo cuanto hay en los cielos y meditar en ello continuamente.

Imitar a los mártires, y aspirar sólo a los bienes del cielo

12. Por esta razón escribía también Pablo, dirigiéndose a hombres prisioneros en el cuerpo, en plena vorágine mundana y preocupados por sus mujeres e hijos: Poned la mira en las cosas de arriba³⁵⁰. Luego, para que nos enteremos de lo que él quiere expresar con esta exhortación y qué significa eso de poner la mira en las cosas de arriba, añadió: Donde está Cristo sentado a la derecha de Dios³⁵¹. Lo que yo quiero -dice- es que vosotros penséis en los bienes que pueden trasladar allá vuestro pensamiento y os alejan de las cosas de la tierra, pues vuestra ciudadanía está en el cielo³⁵². “Por tanto -dice-, allí donde estáis empadronados, esforzaos por transferir también toda vuestra mente, y determinaos a obrar todo aquello que pueda haceros aparecer dignos de la ciudadanía de allá arriba”.

13. Y para que no pensemos que nos manda algo imposible y por encima de nuestra naturaleza, vuelve a repetir la exhortación y dice: Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra³⁵³. ¿Qué es lo que quiere enseñarnos? “No pongáis la mira -dice- en las cosas dignas de la tierra”. ¿Y qué cosas son éstas dignas de la tierra? Las que nada tienen de permanente, las que antes de aparecer ya han volado, las que

nada tienen de seguro y de inconvencible, las que se esfuman con la vida presente, las que antes de florecer ya se marchitan, las sujetas a corrupción³⁵⁴.

Porque tales son todas las cosas humanas, aunque las llares riqueza, poder, gloria, belleza corporal o éxito pleno en la vida.

14. Y por la misma razón también se sirvió de una expresión como ésta: No en las de la tierra, pues con las palabras “de la tierra” quiso poner de manifiesto su ínfimo valor. “No pongáis, pues, la mira -dice- en estas cosas, sino en las de arriba; en vez de en las cosas de la tierra, en vez de en estas cosas viles y fugaces, poned vuestra mira en las cosas de arriba -dice-, en las del cielo, en las inconvencibles, en las que tienen la misma duración que el siglo sin fin, en las que se ven con los ojos de la fe, en las que no conocen sucesión, en las que no tienen límite. Quiero que éstas sean las cosas que rumie constantemente vuestro pensamiento. Porque la preocupación por estas cosas aparta de la tierra y traslada al cielo”.

15. Y por idéntica razón decía también Cristo: Donde está el tesoro del hombre, allí también está su corazón³⁵⁵. Efectivamente, una vez que el alma concibe el pensamiento de aquellos bienes inefables, como si estuviera libre de las ataduras del cuerpo, se vuelve por así decirlo leve y vaporosa, y como cada día se imagina el goce de aquellos bienes, no puede concebir el pensamiento de las cosas de la tierra, antes bien, las va pasando de largo como si fueran un sueño o una sombra, siempre con el pensamiento fijo allí y creyendo ver aquellos bienes con los ojos de la fe, y cada día aspirando a su goce.

16. Escuchemos, pues, la exhortación de este bienaventurado y maravilloso maestro del universo, el perfecto educador, el labrador de nuestras almas, y pongamos nuestra mira justamente en lo que él mismo nos aconseja, porque así podremos también gustar los bienes presentes y alcanzar los venideros. En efecto, si buscamos preferentemente éstos, los otros los tendremos también, a su vez, por añadidura, pues dice: Buscad el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os añadirán³⁵⁶.

Por consiguiente, en nuestra búsqueda no demos preferencia justamente a lo que prometió darnos por añadidura, no sea que, al obrar contrariamente a la recomendación del Señor, nos quedemos sin lo uno y sin lo otro. ¿O acaso el Señor espera que nosotros se lo recordemos, y entonces nos otorgará sus dones? ¡Él sabe de qué tenemos necesidad, antes que se lo pidamos nosotros! Así pues, si ve que nosotros nos mostramos solícitos por aquellos bienes, Él nos favorecerá con el disfrute de éstos, y nos proporcionará con abundancia los mismos que prometió otorgar por vía de añadidura.

Busquemos, pues, os lo suplico, preferentemente los bienes espirituales, y pongamos nuestra mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra, para que así logremos éstas y gocemos de aquellas.

17. Como quiera que también estos santos mártires, pues pusieron su mira en las cosas de arriba, despreciaron las cosas de la tierra y buscaron aquellas, por eso mismo

obtuvieron en abundancia las de la tierra y cada día gustan del honor de aquí: aunque ellos no lo necesitan, pues una vez por todas lo despreciaron, sin embargo, por causa de nuestro provecho, aceptan ese honor que les damos y que no necesitan, con el fin de que nosotros podamos cosechar de ellos su bendición.

18. Y para que aprendas cómo desprecian todas las cosas de la presente vida para poder conseguir aquellos bienes inmortales, piensa, querido, y medita: aunque veían con sus ojos corporales al tirano soplar el fuego, aguzar los dientes y mostrar una furia más temible que el león, y aunque le veían poner al fuego las sartenes y las calderas y hacer cuanto podía para vencer y aplastar su resolución, ellos, dejando todas las cosas de la tierra, con los ojos de la fe contemplaban al rey de los cielos y a la muchedumbre de los ángeles que le asistían, y se imaginaban aquellos inefables bienes.

19. Y una vez que trasladaron allá sus mentes, ya nunca las volvieron a nada visible, al contrario, aunque veían las manos de los verdugos que dilaceraban sus carnes, y aunque miraban este fuego sensible ya encendido y saltar las brasas, ellos se iban describiendo a sí mismos el fuego de la gehena, y de esta manera fortalecían su resolución y luego saltaban -por así decirlo- a los tormentos sin tener en cuenta el dolor presente que envolvía sus cuerpos, antes bien, con prisa de alcanzar el descanso que no se interrumpe. Y poniendo la mira en las cosas de arriba, según la exhortación de este bienaventurado Apóstol, vivían allí donde está Cristo sentado a la derecha de Dios³⁵⁷. Y nada de cuanto veían les espantaba, al contrario, todo lo pasaban por alto, por considerarlo como un sueño y una sombra, y es que el deseo de los bienes futuros daba alas a su pensamiento.

El bautismo como muerte a las cosas terrenales

20. Por la misma razón, sin duda, este bienaventurado Apóstol, buen conocedor de la fuerza de tal consejo, decía: Poned la mira en las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios³⁵⁸. Mira la inteligencia del maestro: ¡a qué altura elevó de repente a quienes le obedecieron! Efectivamente, pasando a través de todos: ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, principados, potestades, todas las potencias invisibles, los querubines y los serafines³⁵⁹, detuvo el pensamiento de los fieles junto al trono mismo del rey, y a los que caminan por la tierra, les persuadió con su familiar enseñanza a desprenderse de las ataduras del cuerpo, a emprender el vuelo con la mente y posarse junto al mismo Señor del universo.

21. Y para que quienes oyen esto no piensen otra vez que el consejo les sobrepasa, que los mandatos son imposibles de cumplir y que aceptar semejante pensamiento está por encima de las fuerzas humanas, después de decir: Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra, añadió: Porque moristeis³⁶⁰. ¡Qué alma tan inflamada y tan llena de fuerte deseo de Dios! Porque moristeis, dice, como si dijera: “¿Qué tenéis ya de común con la vida presente? ¿Por qué estáis embobados ante las cosas de la

tierra? Moristeis, es decir, os volvisteis muertos al pecado: una vez por todas renunciasteis a la vida presente”.

22. Luego, para que no se alboroten al oír: Moristeis, inmediatamente añadió: Y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios³⁶¹.

“Vuestra vida -dice- no aparece ahora, pues está escondida. Por consiguiente, no obréis como quienes están vivos en orden a las realidades de la vida presente, sino comportaos como quien murió y es cadáver”. Porque, dime, ¿es posible que quien murió según esta vida siga operando entre las cosas presentes? ¡De ninguna manera! “Así, tampoco vosotros, dice. Puesto que por medio del bautismo moristeis una vez por todas al pecado y fuisteis cadáveres para él, es lógico que no tengáis nada en común con las pasiones de la carne, ni con las realidades de la tierra, pues dice: Nuestro viejo hombre fue crucificado y sepultado juntamente con él por el bautismo³⁶²”. No os procuréis, pues, nada de lo terreno, ni en las realidades presentes os comportéis como vivos, pues ahora vuestra vida está escondida y es invisible para los infieles, pero habrá un tiempo en que se hará patente. No es ahora vuestro tiempo: puesto que moristeis una vez por todas, no pongáis ya vuestra mira en las cosas de la tierra. Por lo demás, la grandeza de vuestra virtud se hará evidente sobre todo cuando, al cabo de vuestro combate contra los deseos de la carne, os comportéis respecto de todo lo de acá abajo como si estuvierais muertos a la vida.

23. Escuchen esto los que han sido recientemente considerados dignos del don del bautismo, y escuchemos también todos nosotros, los que tenemos parte desde hace tiempo en esta gracia, y aceptemos el consejo del maestro del universo, y consideremos cómo quiere él que sean los que una vez por todas se han hecho partícipes de los misterios inefables, cuán ajenos los quiere a la vida presente, no para que estén fuera de este mundo y emigren lejos, sino para que, aun viviendo en el medio, no se diferencien en nada de los que están lejos y, además, luzcan como antorchas y por medio de sus obras demuestren a los infieles que ellos se han trasladado a otra ciudad y nada tienen en común con la tierra y con las cosas de la tierra.

La oración y limosna, indispensables para conservar el bautismo

24. Y lo mismo que ahora, gracias a este esplendoroso vestido, a todos parecéis magníficos, y el resplandor del vestido manifiesta la eminente pureza de vuestras almas, así también de ahora en adelante es justo que, tanto vosotros, los que acabáis de ser considerados dignos de este don, como todos los que ya habíamos gustado la misma generosidad, nos hagamos ver de todos mediante una conducta óptima y, lo mismo que antorchas, iluminemos a todos los que nos ven. Efectivamente, este vestido espiritual, con tal que nosotros queramos conservar su resplandor, a medida que avanza el tiempo, va despidiendo un destello más vivo y una irradiación más intensa de luz, algo que nunca puede ocurrir en los vestidos materiales. Porque a éstos ya podemos aplicarles cuidados sin cuento, que el tiempo los gasta, y desaparecen de

puro viejos; si no se les toca, la polilla se encarga de ellos, y en todo caso, muchos son los accidentes que acaban también con estos vestidos materiales. En cambio, el indumento de la virtud, con sólo que nosotros aportemos nuestra propia contribución, nunca cogerá suciedad ni experimentará envejecimiento, al contrario, a medida que vaya corriendo el tiempo, él irá mostrando una belleza cada vez más lozana y esplendorosa, y un mayor destello de luz.

25. ¿Ves la virtud del vestido? ¿Ves cómo su resplandor no está sujeto al tiempo, ni se marchita por la vejez? ¿Viste belleza igual? Por consiguiente, os lo suplico, esforcémonos por guardar esta belleza en su lozanía, y enterémonos cuidadosamente de cuáles son las cosas que pueden conservar el esplendor de esta belleza.

Así pues, ¿cuáles son éstas? Lo primero de todo, la oración asidua, la acción de gracias por los bienes ya recibidos y la invocación por la seguridad de los dones otorgados. Porque esto es nuestra salvación, esto la medicina de nuestras almas, esto el sanatorio de las pasiones que se engendran en nuestras almas. La oración es la muralla de los fieles; la oración, nuestra armadura invencible; la oración, el sacrificio expiatorio de nuestra alma; la oración, el rescate de nuestros pecados; la oración, la base de bienes sin fin: porque la oración no es otra cosa que un diálogo con Dios y una conversación con el Señor de todas las cosas³⁶³. Así pues, ¿qué podría haber de más dichoso que el ser uno considerado digno de conversar ininterrumpidamente con el Señor?

26. Y para que aprendas qué bien tan grande es éste, considérame a los que andan enloquecidos por las cosas presentes y que vienen a ser poco menos que sombras. Éstos, cuando ven a uno que está continuamente conversando con el rey terrenal, ¡en qué concepto de grandeza lo tienen! Le proclaman dichoso y le honran como a personaje admirable y altísimo, digno de altísimo honor. Pues bien, si este hombre, que no dialoga más que con un congénere, con el que tiene en común la misma naturaleza y que sólo trata de asuntos terrenales y efímeros, a pesar de todo es considerado tan digno de admiración, ¿qué se podría decir del que fue considerado digno de conversar con Dios, y no sobre asuntos de la tierra, sino sobre la remisión de los pecados, sobre el perdón de las culpas, sobre la salvaguardia de los bienes ya otorgados, sobre los bienes que serán concedidos, sobre los bienes eternos? Este hombre podrá ser más dichoso que el mismo que ciñe diadema, con tal que por medio de la oración se gane el apoyo de lo alto.

27. Ella es, antes que nada, la que podrá salvaguardarnos constantemente el resplandor de este vestido espiritual, y con la oración, la limosna generosa, el principal de nuestros bienes y salvación de nuestras almas. Esta pareja de virtudes puede procurarnos los innumerables bienes de lo alto, apagar en nuestras almas la hoguera de nuestros pecados y proporcionarnos una firme confianza. Por servirse de esta pareja de virtudes, Cornelio hizo llegar sus súplicas al cielo, y por eso también escuchó del ángel: Tus oraciones y tus limosnas han subido en memoria a la presencia de Dios³⁶⁴.

El ejemplo del centurión Cornelio

28. ¿Ves qué confianza tan grande se adquirió con ellas un hombre que pasó toda su vida bajo la túnica y el correaje? Escuchen los que están alistados en la milicia, y aprendan que nada es obstáculo para la virtud en quien quiere ser sobrio, al contrario, que es posible también a quien viste túnica y ciñe correaje, a quien tiene mujer, se cuida de los hijos y se preocupa de los esclavos, incluso a quien tiene confiado un cargo público, aplicarse de lleno al cultivo de la virtud. Aquí tienes, efectivamente, a este hombre admirable: vestía túnica, ceñía correaje y mandaba soldados, pues era centurión, y porque lo quiso y porque era sobrio y estaba en vela, ¡de cuánta solicitud de lo alto no se le consideró digno!³⁶⁵. Y para que sepas con exactitud que la gracia de lo alto desciende sobre nosotros precisamente cuando nosotros hemos contribuido primero con nuestra propia aportación, escucha la historia misma. Efectivamente, puesto que él se había anticipado haciendo muchas y generosas limosnas y perseveraba fielmente en la oración asidua, a la hora nona -dice- mientras él estaba orando, un ángel se puso a su lado y dijo: Cornelio, tus oraciones y tus limosnas han subido en memoria a la presencia de Dios³⁶⁶.

29. No pasemos alegremente por alto lo dicho, antes bien, consideremos con rigor la virtud de este hombre, y entonces nos enteraremos de la bondad del Señor, es decir, de cómo Él no desdeña a nadie, sino que, allí donde ve un alma que vive sobriamente, allí prodiga Él su gracia. Un soldado, que no había gozado de instrucción, que estaba enfrascado en las cosas de la vida y que cada día era solicitado y distraído en direcciones opuestas por mil asuntos, no consumía su vida en banquetes, borracheras y comilonas, sino en oraciones y limosnas, y tanta diligencia mostró de su parte, tan asiduo fue en las oraciones y tan abundantes limosnas repartió, que él mismo se mostró digno de semejante visión.

30. ¿Dónde están ahora los que ofrecen mesas suntuosamente abastecidas, hacen correr sin tasa el vino puro y pasan el día entero banqueteando, y que muchas veces prefieren no orar antes del festín, y después del festín no ofrecen la acción de gracias, sino que piensan que a ellos les está permitido hacer todo sin el menor reparo, sólo por el hecho de tener mando, de pertenecer al escalafón militar y de vestir túnica y ceñir correaje? ¡Qué miren la asiduidad de este Cornelio en la oración y su liberalidad en las limosnas: y que se escondan bajo la tierra!

31. Pero quizá, este maestro sea digno de crédito, no solamente para ellos, sino también para todos nosotros, incluso para los que han escogido la vida monástica y para los que están dedicados al ministerio eclesiástico. Porque, ¿quién de nosotros podrá jactarse alguna vez de haber mostrado asiduidad tan grande en la oración o de haber sido tan generoso en las limosnas, como para hacerse digno de una visión así? Por esto, os lo suplico, si antes no lo hicimos, por lo menos ahora imitemos todos a éste, los que estáis alistados en la milicia y los que llevamos vida civil y hemos sido considerados dignos de este don, y no seamos menos que quien, con su túnica y su correaje, tan gran virtud demostró. Por lo demás, podremos también conservar lozana

la belleza de este vestido espiritual sólo cuando exhibamos con toda exactitud esta pareja de virtudes.

32. Pero a estas, si queréis, añadiremos otras, capaces de contribuir también a la salvaguardia de la incorrupción de este vestido, a saber, la templanza y la consagración, pues dice el Apóstol: Perseguid la paz, y también la consagración, sin la cual nadie verá al Señor³⁶⁷. Por consiguiente, busquemos también esa paz con todo rigor, escrutando cada hora nuestros pensamientos y no dejando que nuestra alma reciba mancha ni suciedad alguna proveniente de los malos pensamientos.

33. Por lo demás, si purificamos de esa manera nuestra mente y ponemos toda nuestra diligencia en cuidarla, venceremos también más fácilmente a las demás pasiones, y así en poco tiempo llegaremos a la cumbre misma de la virtud. Y después de reservar ya desde aquí para nosotros abundante viático espiritual, podremos también ser considerados dignos de aquellos inefables dones que Dios tiene guardados en depósito para los que le aman, bienes que ojalá todos nosotros alcancemos, por la gracia y la bondad de nuestro Señor Jesucristo.

CATEQUESIS 12

Elogio del público venido de la campiña

1. En los días pasados, vuestros buenos maestros³⁷⁰ os han regalado bastante los oídos, y habéis gustado constantemente su exhortación espiritual, al tiempo que participabais de la abundante bendición procedente de las reliquias de los santos mártires. Por fin hoy, en vista de que los que han afluido hasta nosotros desde el campo³⁷¹ han dado mayor brillantez a nuestro público, también nosotros vamos a ponerles una copiosísima mesa espiritual, rebosante del amor que ellos nos han demostrado. Por tanto, después de ofrecerles esta recompensa y de aceptar su buena disposición para con nosotros, esforcémonos por demostrarles ancha hospitalidad. Efectivamente, si ellos no vacilaron en recorrer un camino tan largo para proporcionarnos con su presencia esta inmensa alegría, justo es de todo punto que nosotros hoy les ofrezcamos mucho más abundante este manjar espiritual, para que tomen de aquí suficiente viático y puedan así regresar a casa.

2. Son, efectivamente, hermanos nuestros, y son también miembros del cuerpo de la Iglesia. Abracémosles, pues, como miembros nuestros, y démosles así prueba de nuestro sincero amor hacia ellos, y no paremos mientes en que tienen un modo de hablar diferente, sino comprendamos exactamente la sabiduría de sus almas; ni reparemos en que tienen una lengua bárbara, sino reconozcamos sus sentimientos de dentro y el hecho de que ellos con sus obras están demostrando justamente lo mismo que nosotros nos esforzamos por enseñar con nuestros sabios discursos, y así ellos con sus obras cumplen la ley del Apóstol, que manda ganarse el alimento cotidiano con el trabajo de las propias manos.

3. Escucharon, efectivamente, al bienaventurado Pablo, que dice: Y nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos³⁷²; y de nuevo: Sabéis que, para lo que yo y quienes están conmigo hemos necesitado, estas manos me sirvieron³⁷³. Y al esforzarse por cumplir esto con las obras mismas, producen una voz más clara que los discursos, y así, por sus obras, se manifiestan a sí mismos dignos también de la bienaventuranza proclamada por Cristo, pues bien: Bienaventurado el que hace y enseña³⁷⁴. Efectivamente, cuando se escoge la enseñanza por las obras, no hay ya necesidad de instrucción por las palabras. Y a cada uno de éstos podrías verlo, ya de pie junto al altar sagrado leyendo las leyes divinas e instruyendo a los oyentes, ya en plena faena de cultivo de sus tierras, unas veces tirando del arado, abriendo los surcos, arrojando la semilla y confiándola al regazo de la tierra, y otras veces manejando el arado de la enseñanza y depositando en las almas de los discípulos la semilla de las lecciones divinas.

4. Por consiguiente, no pasemos por alto su virtud, por fijarnos simplemente en su aspecto externo y en su peculiar lenguaje, sino tratemos de comprender con exactitud su vida angélica, su sabia conducta³⁷⁵. Entre ellos, efectivamente, están desterradas toda molicie y toda glotonería; y no solamente esto, sino también cualquier otra delicadeza de las que tienen su carta de ciudadanía en las ciudades. Ellos toman solamente la cantidad de alimento que puede bastarles para el sostenimiento de la vida, y todo el resto del tiempo ocupan sus mentes en himnos y en oraciones continuas, en lo cual también imitan la vida de los ángeles.

5. Efectivamente, lo mismo que aquellas potencias incorpóreas tienen como única tarea alabar en todo momento al creador de todas las cosas, así también estos hombres admirables: satisfacen la necesidad del cuerpo, porque están unidos a la carne, y todo el tiempo restante se dedican a los himnos y a las oraciones, tras decir adiós a todas sus aspiraciones terrenales, y por medio de esta su óptima conducta, se esfuerzan por lograr que sus oyentes los imiten. Por tanto, ¿quién podrá felicitar a éstos como se merecen, porque, sin haber tenido participación alguna en la instrucción de fuera ellos han aprendido la verdadera sabiduría, con lo cual han demostrado cumplir con las obras aquello del Apóstol: Porque lo loco de Dios es más sabio que los hombres³⁷⁶?

6. Y es que, cuando ves a este hombre simple, rústico y que no sabe más que las faenas agrícolas y el cultivo de la tierra, que realmente no hace caso alguno de las cosas presentes, pero que en alas de su mente se lanza hasta los bienes que están en

los cielos, que posee el saber³⁷⁷ sobre aquellos bienes inefables y que conoce con exactitud lo que nunca pudieron ni imaginar los filósofos, tan ufanos de su barba y de su bastón, ¿cómo no vas a tener bien clara la demostración del poder de Dios? Porque, dime, ¿de qué otra parte podría venir tan gran sabiduría de la virtud y el no aplicarse a los bienes visibles, sino al contrario, al preferir a las cosas manifiestas y que están a la mano los bienes ocultos, invisibles y objeto de la esperanza?

Esto es, efectivamente, la fe: cuando uno cree que los bienes prometidos por Dios y que no son manifiestos a los ojos del cuerpo son más dignos de crédito que los bienes manifiestos y patentes ante nuestros ojos.

La fe de Abraham en los bienes espirituales

7. Así es como se hicieron célebres todos los hombres justos y fueron considerados dignos de aquellos inefables bienes. Así fue proclamado el patriarca Abraham de parte de Dios, cuando hubo sobrepasado la debilidad de la humana naturaleza y tendió su mente por entero al poder del que le hizo la promesa. Y por eso también le proclama la divina Escritura, pues dice: Y creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia³⁷⁸. Y por esta razón también, cuando ya desde el principio oyó: Sal de tu tierra y de tu parentela y de la casa de tu padre, y ¡hala!, a la tierra que yo te mostraré³⁷⁹, él obedeció con la mejor voluntad y puso por obra lo mandado, y abandonó la tierra familiar donde tenía plantada su tienda, y salió, pero sin saber adónde se detendría. Pues bien, a las cosas manifiestas y bien reconocidas por todos, él prefirió lo mandado de parte del Señor, y no solamente no hizo preguntas curiosas, ni su mente se turbó, sino que, centrando su mirada en la dignidad del que le mandaba, y dejando de lado todo impedimento humano, sólo tuvo una preocupación: no omitir nada de lo mandado.

8. Ahora bien, todo esto sucedió, no solamente por causa del justo, para demostrar la grandeza de su fe, sino también para que nosotros emulemos al patriarca. Efectivamente, así que Dios vio su alma generosa, como astro ignorado y oculto, quiso trasladarlo a la tierra de Canaán, justamente para que condujera a la razón de la piedad a los que allí andaban descarriados y con la mente afectada todavía por la tiniebla de la ignorancia. Esto es lo que realmente sucedió, y por medio de Abraham, no solamente los que habitaban Palestina, sino también los de Egipto, llegaron a conocer la providencia de Dios para con él, y la virtud del justo. Mira, en efecto, su excelsa magnanimidad, y cómo en alas de su deseo de Dios no se paró en la linde de lo visible, ni se aplicaba solamente a lo prometido, sino que lograba figurarse los bienes futuros. Y pues Dios le había prometido una tierra, un lugar de otra tierra diciendo: Sal de tu tierra, y ¡hala!, a la tierra que yo te mostraré, él dejó las realidades sensibles y se prendó de las inteligibles.

9. ¿Acaso os parece un enigma lo que acabo de decir? No os desconcertéis, sin embargo, os daré la explicación, para que os enteréis de cómo este justo, después de recibir la promesa de bienes sensibles, fijó su deseo en los bienes inteligibles. ¿De

dónde, pues, sabremos esto con exactitud? Escuchemos al mismo interesado que dice..., pero no, escuchemos más bien al bienaventurado Pablo, el maestro del universo, el que sabe todo esto con exactitud y que habla de él, y no sólo de él, sino también de todos los justos. Efectivamente, queriendo recordar la lista de hombres justos como Abraham, Isaac y Jacob, dice: Conforme a la fe murieron todos estos, sin haber recibido las promesas, sino mirándolas y saludándolas de lejos, y confesando que eran forasteros y peregrinos sobre la tierra³⁸⁰.

10. ¿Qué estás diciendo, oh bienaventurado Pablo? ¿No recibieron las promesas? ¿No ocuparon toda Palestina? ¿No fueron dueños de la tierra? "Sí -dice-, recibieron Palestina y la posesión de la tierra, pero con los ojos de la fe fijaban su deseo en otras cosas". Por eso añadió: Porque los que dicen esto, claramente dan a entender que buscan una patria, y que si se hubieran acordado de aquella de donde salieron, tiempo tuvieron ciertamente para volverse; sin embargo, deseaban una mejor, esto es, la celestial³⁸¹. ¿Ves su anhelo? ¿Ves su deseo? ¿Ves cómo, mientras el Señor por todas partes les prometía bienes materiales y dialogaba acerca de la tierra, ellos buscaban esta otra patria y tendían hacia la que está en los cielos? Por esto, efectivamente, añadió: De la cual es Dios artífice y hacedor³⁸². ¿Ves cómo ellos deseaban los bienes inteligibles y cómo se figuraban aquellos bienes que no se manifiestan a los ojos corporales, pero son conocidos por la fe?

La vanidad de los bienes materiales

11. Pero aquí mi mente se desconcierta y mi pensamiento se confunde, cuando considero que nosotros caminamos al contrario que ellos. Efectivamente, como estos justos, aunque recibieron una promesa de bienes sensibles, fijaron su deseo en los bienes inteligibles, así también nosotros, pero al revés: aunque hemos recibido una promesa de bienes inteligibles, nos alucinamos con los bienes sensibles, y desoímos al bienaventurado Pablo, que dice: Porque las cosas que se ven son temporales, mas las que no se ven son eternas³⁸³. Y de nuevo en otra parte, para revelar que tales son las cosas preparadas para los que aman a Dios, dice Cosas que ni ojo vio, ni oreja oyó, ni han subido en corazón de hombre³⁸⁴. Pero nosotros, incluso después de todo esto, seguimos boquiabiertos ante los bienes presentes, quiero decir, ante la riqueza, la gloria de la vida presente, la molicie, los honores que vienen de los hombres: todo esto, en efecto, parece ser lo brillante de la presente vida. Dije "parece", porque en nada difiere de una sombra y de un sueño.

12. Efectivamente, la misma riqueza muchas veces ni siquiera dura hasta el anochecer en manos de quienes creían poseerla, sino que, cual esclavo fugitivo e ingrato, va pasando de uno a otro, y deja desnudos y solos a quienes se desvivían por honrarla; y que muchas veces también envuelve en peligros insoportables a los que

tanto la desean, la experiencia misma de los hechos se lo enseña a todos. Y algo así es también la gloria humana, porque quien hoy aparece ante todos ilustre y famoso, de repente cae en la deshonra y en el desprecio de todos.

13. Por consiguiente, ¿qué puede haber de menos valor que estos bienes, quiero decir, los que antes de aparecer ya han volado, los que nunca se quedan quietos, sino que tan rápidamente escapan a los que se dejan fascinar por ellos? Efectivamente, como nunca es posible ver la rueda quieta sobre el mismo punto de la llanta, sino que da vueltas continuamente y sube y baja, así también ocurre con los bienes en cuestión. De fácil vaivén es, en efecto, el cambio de los negocios humanos, y rápida la mudanza, sin nada seguro ni estable; al contrario, todo es voluble y con pronta inclinación a lo opuesto. Por consiguiente, ¿qué podría haber de más ridículo que esas gentes que se quedan boquiabiertas y clavadas ante los bienes presentes, y los consideran preferibles a los que son constantes y permanecen siempre?

14. Por esta razón también el profeta, al lanzar la grave acusación contra los que se dejan alucinar por estas cosas, dice: Como estables las consideraban, y no como fugaces³⁸⁵. ¿Ves cómo con una sola palabra quiso expresar su ser de nonada? Pues no dijo: “como transitorias”, ni dijo: “como cambiantes”, ni dijo: “escurridizas”, sino, ¿qué? “Como fugaces”, queriendo poner de manifiesto su rapidez y su grande y repentina mudanza, y para enseñarnos a no estar nunca sujetos a las cosas que se ven, sino a creer y a tener plena confianza únicamente en las que Dios ha prometido.

15. Efectivamente, aunque medien mil impedimentos, las promesas de parte de Dios nunca fallarán, porque, lo mismo que Él es inmutable e inalterable, y perdura siempre y constantemente, así también sus promesas son indefectibles e inconmovibles, a no ser que se obstaculice su realización por parte nuestra. En las cosas humanas, sin embargo, ocurre lo contrario, porque al ser corruptible y perecedera la naturaleza de los hombres, así también son corruptibles y caducos los bienes que proceden de los hombres. Y es justo, puesto que los hombres somos todos corruptibles, y la naturaleza de los humanos dones imita a nuestra naturaleza. En cambio, nada parecido es posible ni sospechar siquiera en las promesas de Dios, antes al contrario, estas promesas son las únicas en tener seguridad, inmutabilidad, fijeza y constancia.

Los deberes de los nuevos bautizados

16. Por esto, os lo suplico, busquemos las que perduran siempre y no sufren mudanza. Por lo demás, también, si yo he desarrollado mi discurso delante de vosotros, lo hice adrede, para hacer una exhortación común para todos, tanto para los iniciados de antiguo en los misterios, como para los recién considerados dignos del don bautismal. Pues bien, ya que en los días pasados, al reunirnos continuamente junto a los sepulcros de los santos mártires, disfrutábamos de la gran bendición que de ellos brota y gustábamos su abundosa enseñanza, y ya que, en cambio, de ahora en adelante se interrumpirá la continuidad de las reuniones, siento la necesidad de recordar a vuestra caridad que tengáis siempre resonando en vuestra memoria

tan importante enseñanza, y que a todos los bienes de esta vida prefiráis los bienes espirituales.

17. También os recuerdo³⁸⁶ que con la mayor diligencia vengáis aquí al amanecer y rindáis al Dios del universo vuestras oraciones y vuestras confesiones, y le deis gracias por los bienes que ya os ha otorgado, y le supliquéis el poder haceros dignos de su ayuda para guardarlos en lo sucesivo, y así, después de salir de aquí, que cada uno emprenda con toda circunspección los negocios que le atañen. Así, uno se dedicará al trabajo manual, otro se alistará en el ejército y un tercero entrará en la política. Cada uno, sin embargo, acérquese a sus asuntos con temor e inquietud y pase todo el tiempo de la jornada como quien debe presentarse de nuevo aquí al anochecer para dar al Señor cuenta de toda la jornada y pedirle perdón por los fallos. Porque realmente, aunque mil veces tratemos de asegurarnos, es imposible no hacernos responsables de muchas y variadas caídas; por ejemplo, de haber hablado inoportunamente, de haber prestado oído a vanos rumores, de haberse precipitado en el mirar o de haber gastado nuestro tiempo en vano y sin utilidad ni necesidad alguna.

18. Y por esta razón conviene que nosotros, cada día, pidamos al Señor perdón por todos estos fallos y recurramos e imploremos a la bondad de Dios. Y que así, después de pasar con sobriedad el tiempo de la noche, afrontemos de nuevo la confesión del amanecer, todo ello con el fin de que cada uno de nosotros, si organiza su vida de esta manera, pueda también atravesar sin peligro el mar de esta vida y hacerse digno de la bondad que viene del Señor. Y cuando nos convoque el momento oportuno de la asamblea, que a todas las cosas prefiramos los bienes espirituales y esta reunión de aquí, para que también administremos con seguridad lo que tenemos entre manos³⁸⁷.

19. Efectivamente, si nosotros anteponemos estos bienes, los demás no nos causarán trabajo alguno, pues Dios en su bondad nos los proporcionará con gran facilidad. En cambio, si descuidamos los espirituales y únicamente nos preocupamos de los otros, y si continuamente giramos en torno de los bienes de esta vida sin tener para nada en cuenta al alma, sufriremos la pérdida de éstos y ni uno más tendremos de los otros. Por consiguiente, os lo suplico, no invirtamos el orden, sino, ya que conocemos la bondad de nuestro Señor, confiémosle a Él todo, y no nos atormentemos nosotros mismos con las preocupaciones terrenales. Efectivamente, el que del no ser nos sacó al ser, por su propia bondad, con mayor razón nos otorgará en adelante toda su providencia Porque -dice- sabe vuestro Padre del cielo que tenéis necesidad de todo esto, antes que vosotros se lo pidáis³⁸⁸.

20. Y naturalmente, por esta razón quiere que nosotros estemos libres de tal preocupación y que todo nuestro tiempo disponible sea para los bienes espirituales. Viene, efectivamente, a decir: “Tú busca los bienes espirituales y yo te proporcionaré en abundancia todo lo que atañe al cuerpo”. De aquí también les vino a todos los justos su reputación, y ciertamente nosotros tomamos su virtud como punto

de arranque de este nuestro discurso. Efectivamente, decíamos que éstos, a pesar de haber recibido promesas de bienes sensibles, buscaban los inteligibles, mientras que nosotros practicamos justamente lo contrario: aunque tenemos promesa de bienes espirituales, nos quedamos boquiabiertos ante los bienes sensibles.

21. Y por esta razón, os lo suplico, nosotros, los que estamos bajo la gracia, imitemos por lo menos ahora, a aquellos que, por su cuenta y antes de la ley, desde la enseñanza ínsita en su naturaleza, pudieron alcanzar tamaña cima de virtud, y traslademos todo nuestro celo al cuidado del alma, troquemos nuestras preocupaciones y repartamos la inquietud: el cuidado del alma, aceptémoslo nosotros mismos, puesto que es lo más importante en nosotros; la preocupación y la inquietud por el cuerpo, confiémosla por entero al común Señor de todas las cosas.

22. Por otra parte, la mayor prueba de su sabiduría y de su inefable bondad es ésta: que el cuidado de lo más grande que hay en nosotros -del alma, quiero decir- nos lo encargó a nosotros, y así, con los hechos mismos, nos enseñó que nos ha creado libres y que ha dejado en poder nuestro y en nuestra voluntad el elegir la virtud y el fugarnos hacia el mal; en cambio, de todos los bienes corporales prometió que Él mismo proveería. Con esto quería también hacer cambiar a la naturaleza humana, con el fin de que ésta no confíe en su propia fuerza, ni crea que puede contribuir en algo al sostenimiento de la vida presente.

23. Por esta razón, naturalmente, a nosotros, enaltecidos con la razón y juzgados dignos de tan gran preeminencia, nos exhorta a que imitemos a los irracionales, y dice: Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en trojes, y vuestro Padre celestial las alimenta³⁸⁹; como si dijese: “Si me preocupo de los pájaros, aunque son irracionales, y tanto que les procuro todo, sin sembradura ni laboreo, con mucha más razón me preocuparé de vosotros, los racionales, si al elegir preferís los bienes espirituales a los carnales. Efectivamente, si por vosotros produje estas cosas y la creación entera, y yo mismo tengo de todo ello tan gran providencia, ¿cuál no será la amorosa solicitud de que os juzgaré dignos a vosotros, por cuyo bien fue producido todo esto?”.

24. Confiemos, pues, plenamente, os lo suplico, en la promesa de Dios, y tengamos toda nuestra mente desplegada en torno al deseo de los bienes espirituales, y juzguemos todo lo demás secundario en comparación del goce de los bienes futuros, para que así obtengamos también con abundancia los bienes presentes, podamos ser considerados dignos de los bienes que tenemos prometidos y seamos librados del castigo de la gehena. No me derrochéis de nuevo todo el tiempo de vuestra jornada en la dejadez, en pasatiempos inútiles, en reuniones de perdidos, en banqueteo y en la diaria borrachera. No dejemos que, por nuestra posterior incuria, se escurra entre las manos lo que teníamos bien recogido, al contrario, retengamos con seguridad todo cuanto se nos ha dado de parte de la bondad de Dios.

25. Y sobre todo vosotros, los que os revestisteis recientemente de Cristo y recibisteis la visita del Espíritu, os lo suplico, cada día examinad cuidadosamente el resplandor de vuestro vestido, para que por ninguna parte reciba alguna mancha o arruga: ni por palabras inconvenientes, ni por escuchas vanas, ni por pensamientos malvados, ni por ojos que van sin tino saltando sobre cualquiera que se encuentran. Por consiguiente, fortifiquémonos por todos lados, sin excepción, con el

recuerdo continuo de aquel terrible día, y así, por haber perseverado en nuestro resplandor y por haber guardado sin mancha ni arruga el vestido de la inmortalidad, seremos juzgados dignos de aquellos inefables dones que ojalá todos nosotros alcancemos, por la gracia y la bondad de nuestro Señor Jesucristo.

Editado por Manuel Arnaldos, ed. EJC, Molina de Segura 2025

[ver más autores y libros aquí](#)

Act: 01/09/2025 @escritores de iglesia +ENCICLOPEDIA MERCABA, MURCIA